

P Arbona

# Según Don Marcos

**Según Don Marcos**

**© Pascual Arbona Rodríguez**

**Bubok Publishing S.L.**

**Depósito Legal: M-49852-2011**

**ISBN papel: 978-84-686-0032-1**

**ISBN ebook: 978-84-686-0033-8**

**Según Don Marcos**

**Pascual Arbona**



## **A modo de Introducción**

Don Marcos era profesor de Filosofía en mi instituto. Educado católico tuvo la oportunidad de conocer a Krishnamurti, del que hablaba apasionadamente. Esa mezcla de educación de lactancia y reeducación adulta se manifestaba en sus clases de filosofía, especialmente cuando abandonaba el temario oficial y abordaba lo que llamábamos las propinas. Las propinas no eran otra cosa que recomendaciones para un “mejor vivir” - objetivo último de la filosofía, según machaconamente nos recordaba- con las que obsequiaba a su alumnado normalmente al final de la clase, si bien en ocasiones ocupaban la clase entera. Confería gran importancia a estos añadidos fuera del programa, por cuanto, contrariamente a lo que hacía en la exposición de la asignatura propiamente dicha, en donde improvisaba sin reparo alguno; aquí se sometía a un estricto guión que llevaba apuntado en un cuaderno rojo y negro y que consultaba frecuentemente.

Las propinas tenían su técnica: provenían de la impresión -era un devoto admirador de Monet- que la lectura del Evangelio le había producido y que traducía generalmente y en cierto modo, según esquemas absorbidos de su convivencia con Krishnamurti, sin que la raíz cristiana se le borrara tampoco del todo.

No se trataba pues de interpretar el Evangelio sino de reflexionar acerca de las huellas dejadas por algunos párrafos, imágenes o secuencias que a modo de soles nacieros, impresionaban su inteligencia. El Evangelista siempre era el mismo, San Marcos. ¿Por qué San Marcos? Por tocayo, claro.

A mi habilidad para tomar apuntes fié la recopilación de las propinas que Don Marcos nos regaló durante un curso escolar. Son las que presento a continuación, bastante fielmente recogidas según creo.

- Según Don Marcos -

## 1. AUTORIDAD

### EVANGELIO

*El texto refiere cómo Jesús en la sinagoga de Cafarnaún se puso a enseñar. Se dice literalmente: "Todos se maravillaban de su doctrina, porque enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los maestros de la ley".*

### DON MARCOS

Enseñar y aprender son para mí la misma cosa, aprender. Enseñar es mostrar y lo que se muestra no precisa demostrarse. Uno aprende viendo las cosas como son y enseña mostrando las cosas como son. Lo que importa es ver lo que es y eso es la verdad. Ante la verdad, tanto el que la muestra como el que la observa desapasionadamente, están aprendiendo de la propia cosa.

El Evangelista Marcos cuenta que Jesús enseñaba como quien tiene autoridad. Los maestros de la ley no tenían esa autoridad. ¿Cuál podría ser la diferencia? ¿Uno tiene autoridad por sí mismo o la tiene porque los demás se la reconocen?

Un coronel tiene mando porque el ejército se basa en la disciplina; a los soldados se les inculca la obediencia mediante consignas amenazantes de lo que implica la desobediencia: castigo, cárcel y hasta fusilamiento. ¿Es eso autoridad o sólo mando, impuesto, como todo ello, de forma coactiva?

Si mi padre me indica que debo hacer algo, ¿lo hago porque temo que en caso contrario me impondrá un castigo, o lo hago porque él ha sabido mostrarme la conveniencia de hacerlo y yo me he persuadido que debe ser así? Si lo hago por temor a mi padre le estoy reconociendo mando, no autoridad.

A las personas que amamos, que amamos de verdad -y para ello no ha de haber ni pizca de temor en la relación-, les reconocemos autoridad. Estamos nombrando algo mágico, el amor. El amor infunde respetabilidad y autoridad. Es así y podemos apreciarlo claramente. Por eso enseña y por eso de él aprendemos.



¿Qué ocurría con los maestros de la ley? Pues que enseñaban la ley, la ley de los hombres.

¿Preside la ley de los hombres el Amor? Contesten por sí mismos.

No me considero un maestro de nada, pero sí soy profesor. Por ello conviene dejarlo claro desde el principio: como educador me importa más que mis alumnos aprendan a afrontar la vida con dignidad y buen sentido que me aprueben la asignatura.

La vida es la única y gran asignatura que hay que aprobar. Si no la aprobamos, -y no la aprobamos si morimos sin saber que hemos vivido-, ¿de qué nos sirven los títulos o cualquier otra cosa que consigamos?

¿Se han preguntado alguna vez qué es la vida?

¿Es el espacio o tiempo que transcurre desde que nacemos hasta que morimos?

¿Podemos hablar de mi vida, así, excluyendo otras consideraciones?

Cuántas veces, especialmente cuando alguien fallece, oímos decir aquello de que a pesar de todo la vida sigue. ¿Será la Vida eso otro, el sentir, latir y palpitar de millones de seres, personas, animales, árboles, plantas, ríos y arroyos?

Hay una cierta diferencia. ¿Saben lo que creo yo que es la Vida?

Un flujo continuo, no mi flujo o el tuyo, en donde unos nacen y otros mueren mientras el universo sigue latiendo imperturbablemente. De alguna manera unos nos relevamos a otros por lo que es de especial importancia que cada cual sepa correr bien su relevo. Por sí mismo, y por y para los demás. Es vital, pues, que aprendamos lo que es vivir, y la manera más solvente de hacerlo es percatarnos de que estamos viviendo, con todo lo que ello comporta.

La Vida es el árbol, las hojas mueren con los fríos del otoño y rebrotan con los calores de la primavera, pero el árbol sigue viviendo en primavera, verano, otoño e invierno.

Hemos de entender lo que significa la vida, lo que es el árbol y lo que son las hojas. Para entender algo hay que prestarle atención y al entenderlo aprendemos de ello y si aprendemos también enseñamos. ¿Qué se requiere para que una cosa así suceda? Se requiere amor. Hay que amar la vida. Amarla de verdad. Me gustaría que ustedes considerasen seriamente el hecho de si la obsesión por llegar a ser alguien influyente y poderoso es, o no, una ayuda para amar de verdad la vida. Si no amamos la vida, y es posible que ello nada tenga que ver con la ambición personal y el ansia de triunfo social, no podremos comprenderla y aún menos mostrarla a los demás.

## 2. PECADO

### EVANGELIO

*En Cafarnaún Jesús cura a un paralítico indicándole que sus pecados le eran perdonados. Algunos maestros de la ley pensaron que blasfemaba. Él replicó “¿Qué es más fácil decir al paralítico: Tus pecados son perdonados o decirle: Levántate, carga con tu camilla y anda? Pues para que veáis que el hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, dijo al paralítico: Tú, levántate, carga con tu camilla y vete a casa”.*

### DON MARCOS

Un pecador es un paralítico. Está paralizado, no anda, no avanza, no prospera. Pecador no es quien desatiende los ritos religiosos ni quien no pisa la Iglesia. Pecado es desarmonía, conflicto.

¿Qué es más grave en el hombre: el pecado en sí o el sentirse pecador? Uno comete una falta y se siente culpable; ese sentido de culpabilidad paraliza su energía y actitud habitual.

Primero dice que perdona los pecados y los ortodoxos se escandalizaron. Después le ordena levantarse. ¿Puede uno perdonarse los pecados o deberá aguardar que otro, de mayor rango, se los perdone?

En la moral convencional en la que hemos sido educados, pecar significa quebrantar una serie de normas que nos vienen impuestas. En la moral civil es lo mismo, cambiándole el nombre por el de faltas y delitos. Hay unas normas o mandamientos que ocasional, o frecuentemente, vulneramos y entonces, nos dicen, incurrimos en faltas o pecados. Hemos sido educados para que cuando eso sucede tengamos conciencia de culpa, porque asumimos, nos han condicionado para que así sea, que lo hecho está mal, no conforme a la norma, y entonces, por una sencilla razón de expiación, hay que purgarlo. Premio y castigo.

¿No es eso violencia? La búsqueda de la recompensa es tan compulsiva como la huida del castigo. ¿O acaso en el premio y en el castigo no hay efectiva compulsión?

Algo que se hace para algo, ¿no es una acción forzada, violenta, que no nace de un modo natural sino impulsada para lograr algún rendimiento o para evitar alguna fatiga? ¿El amor es algo forzado? ¿Puede ser el amor algo interesado, o cuando hay interés o temor deja de existir el amor?

El código de circulación impone unas normas para regular el tráfico y así prevenir accidentes. Unos conductores se pliegan a las normas por convicción, es decir ven la utilidad de las mismas, y otros sólo por coacción, para evitar sanciones. Quien actúa sólo para evitar la sanción ha sido violentado, se ejerce contra él una coacción para disciplinarlo y someterlo a la normativa vigente. De ese modo este conductor compelido no se siente libre conduciendo a 120 km por hora por no asumir responsablemente que ese deba ser su límite de velocidad. Es evidente que sólo en la convicción se manifiesta la libertad.

¿En lo personal o íntimo hay reglas que acatar? No hace falta hurgar muy profundamente para convencerse que no es aconsejable hacer a los demás lo que a nosotros no nos gustaría que nos hiciesen. Bueno, pues ya tenemos una noción bastante precisa de lo que puede estar mal. ¿Debemos considerarlo como una norma? Yo diría que es una convicción que nace del corazón y no de algún Boletín Oficial o Parroquial. A pesar de esa guía o sentimiento actuamos en multitud de ocasiones torpemente: herimos, humillamos, perjudicamos, difamamos..., todo eso que bien sabemos. Y nos entra el complejo de culpa y con la culpa bien adentro sufrimos. ¿Qué ha sucedido en nosotros? Sencillamente que hemos incurrido en una tan simple como terrible contraposición: hemos contrastado lo que es con lo que debería ser. En ello estriba el conflicto. Deberíamos haber sido amables y hemos sido groseros, deberíamos haber sido educados y hemos sido maleducados. Entonces nos remuerde la conciencia al aparecer la culpa y todas sus consecuencias. ¿Será a través de ese proceso de expiación, por decirlo de alguna manera, cómo habremos de corregirnos; o será menester encontrar otro camino?

Cuando recordamos algo desagradable que nos sucedió sufrimos, en ese momento, con ese recuerdo; cuando nos acordamos de algo agradable asimismo disfrutamos en presente de ese recuerdo. Recordar algo significa que estamos pensando en eso. Recordar es pensar y pensar es sentir. Sentir culpa es sufrir. Sufrir es desperdiciar energía. El hombre es energía, consume y repone energía. El derroche de energía paraliza. Disculparse es librarse de culpas. Así de telegráfico y contundente.

Hemos de perdonarnos y así podremos perdonar. En este mundo hay muy pocas diferencias entre unos y otros y, de fondo, ninguna. Por lo tanto no es que hayamos de ser tolerantes, lo que implicaría que yo soy más que tú, y siéndolo te tolero; sino que hemos de comprender que somos de la misma pasta y formamos parte del mismo proyecto por lo que el error de otro es el mío, y el mío no es distinto del de más allá. Nadie inventa una moda al errar.

El conflicto no aporta nada bueno. Desde el conflicto no puede emerger la correcta solución. El conflicto entorpece, paraliza, invalida. Si comprendemos eso, si vemos con claridad sus consecuencias negativas, evitaremos el conflicto. Y así seremos más felices. El conflicto es pecado. La falta es falta. Sólo cuando seamos capaces de perdonarnos nuestros pecados, podremos levantarnos de la camilla y echar a andar. Y para eso tendremos que poner las cosas en su sitio.

- Según Don Marcos -

### 3. MIEDO

#### EVANGELIO

*Jesús compartió la mesa con los publicanos y los pecadores. Los fariseos no se lo explicaban. Entonces Él dijo:*

*“No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores”.*

#### DON MARCOS

Lo que está bien no hay que tocarlo. Hay que abordar lo que está mal. Jesús está con los pecadores ¿Por qué no nosotros con nuestros pecados? Si no afrontamos el problema, ¿cómo habremos de solucionarlo?

Es una reflexión pueril: si yo estoy limpio no necesito lavarme, el aseo es una exigencia urgente para quien está sucio. ¿No es obvio? ¿Y algo tan obvio resulta así de evidente en la relación con nosotros mismos? Así debería ser ¿no les parece?

Si soy miedoso ¿qué debo hacer: enfrentarme al miedo o imponerme valor?

Ser valiente es lo contrario de ser miedoso. El valor es vencer el miedo, luego el miedo, aún siendo derrotado, sigue subsistiendo. Quien ha vencido al miedo, una vez o las que sean, no puede asegurar que haya desterrado el miedo. En el fondo del valor, como opuesto suyo que es, subyace el miedo. Otra cosa es no tener miedo, ahí sí que no subyace nada más porque no hay opuesto. Los opuestos constituyen las dos caras de la moneda y las dos caras son moneda, forman la moneda.

¿Y qué es lo que podemos hacer para no estar atenazados por el miedo, que no es lo mismo que vencerlo ocasionalmente? ¿Proponernos ser valientes, o tal vez atrevernos a mirarlo a la cara a fin de comprenderlo y de ese modo trascenderlo?

La comprensión libera. Cuando algo perturba mucho y a la postre se comprende, esa perturbación ya no regresa. Entiendo que debemos preguntarnos ¿puede comprenderse alguna cosa huyendo de ella?, ¿se puede apagar un fuego escapando lejos de su círculo?

Si somos miedosos prestemos atención a lo que somos, no huyamos en busca de ilusiones: veamos qué es el miedo, cómo se produce, de qué forma se desarrolla.

Cuando nos inunde el miedo respondamos ante él, averigüemos cuál es su raíz, lleguemos a lo más hondo. ¿Es el miedo un virus como el de la gripe que se reparte más o menos aleatoriamente, o es otra cosa? ¿El miedo es algo en sí mismo o siempre está referido a algo?

El temor que nos suscitan los exámenes surge cuando pensamos que podemos suspender alguna asignatura. ¿Se han percatado bien de lo que acabo de decir? ¿De verdad? ¿Nos preguntamos entonces cuándo se produce el miedo? ¿No es verdad que se produce cuando pensamos en los exámenes? Siendo así deberíamos deducir que el miedo lo originamos nosotros al pensar, lo generamos nosotros, lo produce la mente; no es que esté en el aire y caiga sobre la cabeza de uno como por azar de los vientos.

Tampoco estaría mal preguntarse por qué se produce este fenómeno. Se produce porque sabemos de antemano qué son los exámenes y en qué consisten, conocemos que se trata de una serie de pruebas que comportan un resultado final. Es probable que no hayamos estudiado lo suficiente y, al pensar en ello, el fantasma del suspenso nos asuste. A nadie le gusta suspender, habrá que estudiar durante el verano, nuestros padres se enfadarán y seremos castigados de una u otra forma. Todo eso lo conocemos muy bien por propia experiencia o ajena. Nos sentimos presionados por estas circunstancias, y pensar en ellas nos ocasiona temor. Mientras nos examinamos, sin embargo, ¿sentimos temor? Cuando ya disponemos de los temas y nos centramos en ellos, ¿tememos algo, o nos enfrascamos en la búsqueda de respuestas y dejamos al lado cuanto no sea eso? Parece evidente entonces que el temor surge antes, y surge por una incertidumbre referida a un hecho cuyas consecuencias nos son bien conocidas, y se sustancia exclusivamente al pensar en ello: está en el pensamiento no en la atmósfera; y nos hace sufrir, siendo ese sufrimiento del todo gratuito porque no conduce a nada. Las preguntas serán las que serán al margen de nuestro temor, y las sabremos o no con independencia de lo mucho o poco que suframos. Además, el temor perjudica porque nos pone nerviosos, nos irrita y ello no ayuda al buen fin del ejercicio, todo lo contrario, entorpece y evita la claridad mental que únicamente se manifiesta desde la serenidad y la calma. Y más consecuencias se nos ocurrirían, ninguna favorable, si indagásemos bien. El temor nos mueve a implorar fortuna, hay quienes rezan o recurren a distintas supersticiones para que la suerte les favorezca. ¿No les parece interesante sumergirse en el análisis de este proceso?

El miedo es un gran pecado. Me atrevería a decir que es el pecado original y de él derivan acciones pecaminosas. El temor es una grave enfermedad, posiblemente la más antigua que padeció y padece el hombre. ¿Estamos o no todos afectados por la misma

enfermedad? ¿Y qué debemos hacer: revestirnos de médicos nosotros mismos o simular que somos inmunes? ¿Cómo uno se convierte en médico de sí mismo: ignorando los hechos, o conviviendo intensamente con ellos?

Los sanos no tienen necesidad de médicos, quienes gozan de buena salud sólo deben procurar conservarla. Los enfermos sí han de recuperar la salud y para ello habrán de desterrar la enfermedad. La ayuda del médico será inestimable, pero no deberá olvidarse que no hay mejor médico que uno mismo. Y uno procederá como buen médico cuando ausculte, explore y examine lo que en él esté aconteciendo. Mientras sucede, no después. Sintiendo su pugna por nacer y desarrollarse, viéndolo crecer y prosperar. Obteniendo toda la información que el hecho en sí suministra y examinando esa información de un modo impersonal. El diagnóstico deberá ser contundente y claro. Con un diagnóstico así de rotundo la acción que promueva también lo será. No conozco un método mejor. ¿Por qué no se atreven a recorrerlo por su propio pie?



- Según Don Marcos -

## 4. AYUNO

### EVANGELIO

*La cuestión era el ayuno, la pregunta por qué unos ayunaban y otros no. Jesús les dijo: “¿Es que pueden ayunar los invitados a las bodas mientras el esposo está con ellos?”*

### DON MARCOS

Hemos de ayunar cuando convenga hacerlo y no debemos hacerlo cuando no convenga. Debemos dormir cuando el cuerpo lo requiera formalmente, debemos descansar cuando las piernas comiencen a flaquear. Debemos obedecer a la Naturaleza. ¿En qué consiste eso que llamamos ayuno?

La práctica del ayuno consiste en no comer o en comer menos de lo habitual. Para que el ayuno sea natural habremos de tener una buena razón para observarlo, como podría ser encontrarnos mal, estar empachados o algo por el estilo. Entonces sí convendría ayunar dado que nuestro cuerpo rechaza la comida. ¿Han observado ustedes que el cuerpo siempre avisa? Pues cuando avisa hay que hacerle caso. El ayuno en ese caso sería natural puesto que hay una razón de peso que lo advierte.

¿Es razón de peso practicar el ayuno porque lo ordena alguna norma sin más sustancia?

¿Es recomendable practicar el ayuno por disciplinarse o mortificarse?

No debemos apoyar ninguna teoría que aliente el sufrimiento. Sufrir es un error, cuando sufrimos nos estamos equivocando. Dejo al margen, desde luego, los sufrimientos físicos inevitables. Si uno recibe una pedrada en la cabeza sufre involuntariamente y lo que debe preguntarse es qué hacía allí en plena trayectoria de la piedra. Lo que quiero decir es que esto, nuestro mundo, no ha de ser un valle de lágrimas y testimoniar que en absoluto somos seres concebidos para sufrir. ¿Es lógico imaginar al Creador regodeándose en el sufrimiento humano porque lo estableció como señal de perfección? ¿Acaso es lógico imaginar al Creador enojado? ¿Sería Dios si se enojase con sus criaturas, o el enojo es cosa de hombres para con hombres? Esas plegarias que claman perdón a un Padre enojado ¿no son en sí mismas una ofensa por rebajar la categoría de Dios a la de común mortal?

Me temo que me estoy desviando, vuelvo al carril.

He oído decir alguna vez que el sufrimiento es aconsejable porque temple el espíritu, fortalece la voluntad o disciplina la mente. No encuentro en estas afirmaciones ningún sentido. El sufrimiento como práctica alienta más sufrimiento, y la persona que sufre ni es feliz ni está en paz.

Somos energía, consumimos energía y debemos reponerla. Caminar, pensar, trabajar comportan gastos de energía que se reponen descansando, comiendo, bebiendo, durmiendo. El hombre para hallarse en la mejor disposición de cumplir su misión en la tierra ha de establecer el equilibrio entre la energía que gasta y la que recupera. De este modo encontrará, por así decirlo, su buena forma y rendirá mejor. ¿Es concebible que los futbolistas se alimenten indebidamente antes de un partido de alta competición o los ciclistas antes de una carrera? ¿No producirá esa deficiente alimentación una caída de rendimiento?

Otra cosa es la inadecuada alimentación en la que tan perjudicial puede ser el defecto como el exceso, o la incorrecta elección de los productos que ingerimos. Todo ha de tender al equilibrio, a lo natural y saludable en las dosis justas. Eso es lo que hay que hacer no otra cosa. ¿Estamos de acuerdo?

Disciplinarse por la obligación que nos impone la tradición u otras creencias no es una acción intrínsecamente positiva. Hacer las cosas por convicción sí. Cuando las cosas se hacen por convicción, porque se está persuadido que es la acción correcta, y además nos gusta lo que hacemos: ¿estamos friccionados, compelidos, violentados? Si uno disfruta practicando el atletismo considera que los entrenamientos, el abstenerse de fumar o trasnochar, son acciones que confluyen y desembocan en el acto final de la práctica del deporte, por lo que se realizan sin sensación de sacrificio o esfuerzo desmesurado, ¿no es así? No hay que confundir la obligación con la devoción. Entre una y otra media un abismo de actitud personal.

No hay sacrificio en hacer lo que uno ama, pero tampoco hay pereza. Uno despliega una gran cantidad de energía cuando practica o realiza algo que le gusta. El sacrificio, y con él el rosario de esfuerzo y frustración, compulsión y violencia, sucede cuando lo que se hace ni se estima ni se comprende, y eso es lo que acontece cuando hacemos las cosas por obligación y no por devoción.

No hay autenticidad en la tradición, lo auténtico sólo podemos encontrarlo en la íntima convicción. Ese debe ser el esposo de las bodas.

## 5. PALABRA

### EVANGELIO

*Debatiendo aún la cuestión del ayuno dijo Jesús: "Nadie remienda con paño nuevo un vestido viejo, pues el remiendo nuevo tiraría de lo viejo y el rasgón se haría mayor"...*

### DON MARCOS

Lo viejo y lo nuevo. ¿Es la vida lo nuevo o lo viejo? Lógicamente ha de ser lo nuevo, lo que nace día a día. Mañana es algo nuevo, como todo lo que ha de nacer. Pero nosotros no queremos que sea así ¿verdad? ¿No entienden lo que les digo? Veámoslo con detenimiento.

Para que lo nuevo nazca ha de acabar lo viejo, remendar lo viejo con lo nuevo no es una costura posible porque el rasgón se haría mayor. No hay que mezclar, pues lo viejo contaminará a lo nuevo y así éste dejará de serlo.

¿Qué es lo viejo? Las tradiciones, la cultura impuesta, las representaciones mentales que nos formamos de personas o cosas, la memoria... todo ello es viejo ¿no?

Todo cuanto sabemos es viejo, puesto que ya nos es conocido.

¿Han considerado alguna vez los fundamentos que sostienen las tradiciones y las consecuencias de las mismas?

Por tradición se nos educa de determinada manera y en su virtud somos cristianos o mahometanos, liberales o conservadores, republicanos o monárquicos. Por tradición nos vestimos según unos cánones, guardamos fiestas y explotamos en celebraciones que siempre se festejan del mismo modo. Por tradición somos nacionalistas, tribales, pertenecemos a algún club o asociación. ¡Qué influencia la de la tradición!

¿Y qué es la tradición? La reiteración de ideas o rituales que vienen de antiguo y que, a fuerza de repetirse, arraigan en la sociedad que sigue repitiéndolas y por tanto, sustanciándolas hasta convertirlas en una especie de señas de identidad en donde la población parece sentirse cómoda. Por definición la tradición es algo viejo y cuanto más

viejo más tradicional, más solera tiene el asunto. Decir “se ha hecho así toda la vida” se erige como única razón justificativa de múltiples comportamientos.

Toquemos otro aspecto. Tenemos amigos, parientes, conocidos. ¿Cómo los miramos cada día: como si fuera la primera vez que nos topamos con ellos, o como personajes que no pueden sorprendernos pues sabemos de sobra cómo respiran? Mis padres son de tal manera, tienen tales manías, piensan de esa forma. Lo mismo decimos de los hermanos, amigos, profesores, compañeros. Formamos imágenes, representaciones mentales que vienen a ser una síntesis o conclusión que nuestra mente elabora de las personas con que nos relacionamos. ¿De qué nos sirve eso? Para conocerlos: conozco muy bien a Fulanito, sé perfectamente cómo piensa y cómo actúa.

Esa imagen es vieja, es de ayer o de muchos anteayeres.

¿Es posible con ese filtro mental que tenemos de los otros, entendernos con ellos momento a momento? Al tener una imagen de alguien, lo que este me cuenta pasará por el filtro establecido, lo traducirá inexorablemente según los términos de la imagen, es decir, lo envejecerá; de este modo a lo nuevo no le doy ninguna oportunidad para manifestarse.

Esas imágenes que forjamos de las personas las ampliamos también al terreno de las cosas. Krishnamurti lo explicaba más o menos así: ¿miramos un árbol con atención para descubrir su belleza y señorío, o sencillamente decimos ante el árbol: es una encina o es un alcornoque? Si decimos encina o alcornoque ya no miramos más al árbol. ¿Por qué? Porque la palabra también es vieja, también constituye una imagen que compendia un concepto o representación mental de algo.

Para observar hay que evitar la palabra, la conclusión. Observar directamente, sin filtros ni palabras, es la única manera de percibir en cada momento lo que es. En ello radica la autenticidad de la vida: en observar sin filtros, en escuchar sin condicionamiento, en ver sin obstáculos, en percibir franca y directamente.

La palabra se opone a la franca percepción. Con la palabra rescatamos la imagen y nos desinteresamos del hecho: nos dijeron que ese tipo de árboles se llamaban encinas y nos explicaron sus utilidades. Cuando nos plantamos ante una encina soltamos el nombre y no miramos más porque ya sabemos lo que es y con eso nos basta. Nos empecinamos en lo viejo y no queremos mirar con ojos nuevos.

Eso hubiera dicho Krishnamurti. Y, como tantas cosas que le debo -esto le hubiera repugnado oírlo-, también las veo yo de ese modo, así que las he hecho mías y las sostengo totalmente convencido.

No se repetirá más veces, ya lo saben de sobra, la fuente de la que bebí y sigo bebiendo permanentemente. Tampoco que estoy bautizado y que fui sometido a una estricta educación católica.

Sigamos, aunque me da la impresión por las caras que estaban poniendo que no vendría mal otra vuelta de tuerca acerca de la palabra y su importancia. ¿Conformes?

Si el hombre es el ser más evolucionado de la Creación lo es porque, a diferencia de otros, usa la palabra. Porque usa la palabra es capaz de pensar, o dicho de otra manera, no es posible pensar sin articular palabras. Río es una palabra. Cuando un niño llega por primera vez al río su padre le indica cómo se denomina aquello que tiene ante sus ojos. El niño lo guarda en su memoria y a partir de entonces utilizará la palabra adecuadamente. Pan, sueño, pájaro, juego... todo son palabras que se corresponden con una cosa, imagen o sensación que el cerebro almacena y que a partir de ahí, articulándose, produce el acto de pensar.

La palabra es memoria, la palabra es recuerdo, de una imagen, de una sensación, de una cosa. El pensamiento, pues, nace de la memoria. La memoria es lo viejo, vieja es la palabra, viejo el pensamiento. ¿Suficiente?

Otro tanto nos ocurre con las ideas. Tenemos una idea de la amistad, de la religión, de las relaciones humanas y con esos conceptos aprendidos, traducimos. Lo que se traduce desde lo conocido -y es conocido cuanto hemos aprendido-, lo convertimos en conocido. Lo nuevo es una incógnita, no tiene solución previa.

En la memoria no hay novedad alguna. Todo el caudal de conocimientos, lo que aprendemos en la escuela y en la Universidad, en los libros, de las personas mayores, de nosotros mismos, todo cuanto acumulamos o almacenamos en esa despensa llamada memoria,..., todo es viejo porque es pasado. Naturalmente que no estoy atacando a la memoria hasta el punto de impulsar la amnesia absoluta. Lo que pretendo transmitir es que hay que tener memoria para lo que es menester, y no tenerla para lo que no proceda. Procede aprender y guardar, técnicas de ingeniería, cálculos y todo eso, si queremos ser ingenieros. Debemos guardar memoria de lo que nos es necesario para desempeñar un oficio, para reconocer amigos y parientes, para hablar y conducir, en fin, para ser individuos en sociedad. Pero no debemos guardar memoria de otras cosas.

¿Qué sentido tiene crear imágenes, establecer conceptos definitorios que almacenamos celosamente en la memoria para recurrir a ellos y despachar el asunto rápidamente sin mayores complicaciones? ¿Qué bien puede reportarnos no olvidar las humillaciones que nos infringieron o los desaires que soportamos? Desde esas viejas conclusiones reaccionamos y lo nuevo no puede emerger. Algo que sucede hoy es nuevo, si lo archivamos lo convertimos en viejo y cuando procedemos conforme a ello seguimos con lo viejo que anula o contamina lo nuevo que pugna por brotar. En nosotros y en los demás.

Hemos de aprender a apreciar lo nuevo porque lo nuevo es vida. En ese aprender no ha de haber sentido de acopio. Uno no aprende en lo psicológico, que no en lo técnico, para saber en todo momento qué hacer, para sentirse seguro; sino que aprende sin acumulación, se limita a conocer lo que sucede en cada instante. Ese conocimiento es un fluir constante, no aguas estancadas y muertas en el ayer. Uno no dice me apropiaré de eso, me empeñaré en retenerlo. Uno está sencillamente atento a todo y desde esa vigía el mundo cambiante, lo nuevo, pasa ante uno, y uno lo entiende, y por eso sabe qué hacer.

## 6. SABADO

### EVANGELIO

*Los discípulos en sábado cortan unas espigas al pasar por un sembrado. Los fariseos se lo reprochan. Jesús responde al reproche:*

*“El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”.*

### DON MARCOS

El hombre designó el sábado como día del Señor. De tan ocupado que andaba en sus asuntos mundanos cayó en la cuenta que olvidaba al Creador y se dijo: esto hay que arreglarlo. Un día a la semana honraremos al Padre, alabaremos su nombre, rezaremos y quemaremos incienso para su gloria.

Imaginemos que uno tiene la fortuna de gozar de un padre justo, bondadoso, ecuánime. ¿Necesita fijar un día para acordarse de él o cualquier día de la semana, cualquier ocasión, es buena para tener presente su consejo y ejemplo? Cuando se hace un esfuerzo para no olvidarse de algo estamos poco interesados en ello. Cuando hay que hacer un nudo en el pañuelo o cambiarse el reloj de muñeca, lo que hay que recordar no ocupa un lugar preferente en sus atenciones. Por ello hay que realizar un esfuerzo. Cuando la obligación sustituye a la emoción, el interés ha ocupado el lugar del afecto, y ese es un mal trueque. El amor no es una obligación, si se imponen obligaciones el amor no existe. Uno ama y ya está.

El hombre está atareado. El trabajo, la familia, la terrible lucha diaria por la supervivencia. Esa tensión le absorbe por completo y así se olvida del resto. Su mente y su corazón están llenos de ocupaciones y asuntos cotidianos que tienen como fin el supervivir, el crear un futuro, el asegurarse una posición para sí y para los suyos. En todo ese esfuerzo hay mucho dolor, por lo que el hombre, huyendo del mismo, se aboca en el placer: el sexo, la comida, la bebida, las drogas,...



La búsqueda nerviosa del placer tiene su origen en el dolor, por lo que hay dolor en ese placer. Contemplando el panorama podemos llegar a pensar ¿y qué es lo que pintamos aquí? ¿Quién me ha creado y para qué?

Normalmente no vamos más allá de esta pregunta, ¿verdad? Sospechamos que si alguien nos creó, algún propósito buscaría por más que a nosotros nos resulte complejo determinarlo. Y como no sabemos -y a la vez tememos - nos decimos: más cuenta me trae contentar al Creador no vaya a ser que efectivamente exista y encima se enfade conmigo por no hacerle caso.

Puede que otros sostengan que creen firmemente en la existencia de Dios y creyéndolo consideren que estamos aquí por su divina voluntad. Siendo sus criaturas debemos complacerle porque de bien nacidos es ser agradecidos.

¿Y cómo honran a Dios muchos de los que creen firmemente, y no menos de los que tienen dudas pero optan por creer por si acaso Dios o los hombres? Le encumbran en los altares, discurren oraciones que rezarle, repiten esas oraciones, cantan canciones, ofician ritos... ¿no es esto infantil?

No se asusten que no estoy blasfemando. Blasfemar es ofender a Dios, ¿y creen ustedes que lo estoy ofendiendo o, mejor aún, creen que puedo yo ofenderle?

Vayamos a casos prácticos para entendernos mejor. ¿Qué es lo que hace un joven, como ustedes, cuando quiere que su padre le compre una moto? Procura complacerle, desde luego: se esfuerza en sacar buenas notas, promete que será obediente y prudente de por vida, se muestra educado y cortés, adula y, sobre todo, ruega mucho, continuamente rogando e implorando para conseguir el objetivo. ¿No es ese, en el fondo y en la forma, la relación que el hombre establece con Dios?

El hombre “humaniza” a Dios, es decir, establece unas bases de relación con El semejantes a la que establece con los demás hombres. Claro, es así porque no tiene más remedio que serlo: el hombre no puede entender a Dios, puede entender -y le cuesta mucho trabajo- a los hombres, por ello aplica lo que sabe o puede saber a lo que no sabe ni puede saber. Y con esa sencilla ecuación trata de resolver el problema sin considerar siquiera si el problema tiene o no solución. ¿No es absurdo? ¿La idea que el hombre forja de Dios puede ser Dios en absoluto? ¿La idea de la belleza es la belleza, o la idea son palabras y la belleza otra cosa que no tiene que ver con las palabras? ¿Hay amor o temor en la relación, hay egoísmo en nuestra relación con Dios? ¿Puede encontrarse en el egoísmo alguna molécula de amor?

El sábado dedicado a Dios es una obligación amasada en el egoísmo, o en el temor, sin que quepa distinguir entre uno u otro. Se trata de hacer algo para obtener algo, para no ser castigado, para ser favorecido,... para que nos compren una moto. Nada de ello tiene que ver con el amor, que es dar sin motivo y sin expectativa de ninguna clase de recompensa.

De otra parte, y para complicarlo más, la obligación termina volviéndose contra quien la impuso, es decir el hombre, en el sentido que pasa a ocupar el primer plano de sus voluntades relegando a un segundo término lo demás. En el ámbito profesional el trabajador goza de descanso no por consideración al trabajador sino para que mejore su rendimiento. Como los caballos. Un caballo de carreras entrena y descansa lo suficiente para que en la competición alcance su máxima potencia y rendimiento. Al caballo se le impone el descanso para alcanzar ciertos fines; el hombre hace lo propio con el sábado y entonces antepone el sábado a él mismo. ¿Es así como se honra a Dios?

Uno ha de establecer sus pausas, sus reflexiones, ha de meditar e investigar, no ha de dejarse arrastrar por la torrentera enloquecida de la vida, ha de evitar la distracción y la borrachera, y eso ha de hacerlo permanentemente y en libertad, no un día prefijado y según una técnica o rito estudiado.

¿Alguien dice del borracho que ha dejado de serlo porque un día a la semana permanece abstemio y eso porque dicho día consiente en encerrarse en un lugar en donde no tenga posibilidad de acceder a una gota de alcohol?

El sábado ha sido hecho para el hombre, y el domingo, y el lunes...

- Según Don Marcos -

## 7. FAMILIA

### EVANGELIO

*Los parientes de Jesús se avergüenzan de él. Se dice "Los suyos, al enterarse, salieron para llevárselo con ellos, pues decían que estaba loco".*

### DON MARCOS

Personas vinculadas entre si por razón de sangre o genes o por contrato matrimonial o de pareja decimos que constituyen una familia. ¿Es sólo eso la familia, un grupo de gentes afines por mor del apellido o ancestros comunes? Desde luego que no, hay más, bastante más que eso.

Para muchos la familia representa una unidad de defensa, una especie de fortín dentro del cual uno se siente seguro. A favor de la familia con razón o sin ella, llega a decirse. Y eso no facilita precisamente la convivencia porque no hay una sola familia sino muchas, y si quiera por razón de número están condenadas a colisionar ya que todas piensan lo mismo de sí mismas y todas se han fortificado para protegerse. Sin embargo, si queremos que la familia nos proteja, hemos de actuar así. Hemos de ser solidarios con ella para que esa solidaridad nos llegue a nosotros cuando la precisemos.

El hombre es temeroso. El hombre teme al hombre, teme la muerte, la soledad, la vejez, la enfermedad... Desde esa realidad el hombre se procura defensa, seguridad. Y la familia es uno de los fundamentos que más a mano tiene. No es el único: el sindicato, el país, el partido político, la asociación de antiguos alumnos... cualquier clavo en el que engancharse para no sentirse perdido o desamparado; cualquier clavo, aún pintoresco, que aparente procurar engrandecimiento a la flaca sensación de individuo en sociedad. El diminuto yo necesita expandirse, hacerse más fuerte.

Una pareja de águilas anida en el risco más elevado de la montaña desde donde se divisa el impresionante espectáculo del bosque al fondo. Tienen crías y se despellejan por alimentarlas y así los aguiluchos crecen sanos y capaces. El fuerte hace por el débil. Cuando el débil deja de serlo, cuando el ciclo natural de la crianza termina, el aguilucho se encaramará en lo más sobresaliente del pico y se atreverá a volar. Es su hora. Sobrevivirá

o no, pero es su ciclo. Si lo supera, si sobrevive, habrá reiniciado otra secuencia de la vida que será, más o menos, como la que le antecedió, no de otro modo.

No es, desde luego, la actitud del hombre. El hombre busca protección indefinidamente por lo que apenas rompe a volar en libertad. Tanto le horroriza la muerte que busca perdurar a través de los hijos -sangre de su sangre-, de su apellido, de sus obras, de sus posesiones. Y nuclea en torno suyo una familia. Para que la familia funcione, se haga poderosa y ese poder constituya el manto protector en el que se abriguen todos sus miembros, tiene que haber una cierta afinidad que les caracterice. Esa afinidad se establece a través de la educación y se solidifica merced a unas pautas de comportamiento repetidas. Es decir, se crea un esquema al que ajustarse. Quien no se ajusta deserta de la familia, ya no pertenece a ella, se ha vuelto loco. Y se ha vuelto loco porque fue educado de una manera, lo que implica comportarse conforme a ella, y se manifiesta de otra bien distinta. Romper el molde es sinónimo de locura pues la educación consiste exactamente en lo contrario, en condicionar al individuo para que se ajuste al molde. Faltaría más.

A los padres, generalmente por puro egoísmo, les complace ser superados por los hijos. Consideran que así ellos se hacen más importantes y, de ese modo, dado que los hijos son su prolongación, se sienten psicológicamente más seguros. Lo que les cuesta admitir a los padres es que los hijos se descarríen, y se descarría quien no sigue el camino dibujado por ellos. Al margen de ese sendero reina la locura y el desatino. Determinante razonamiento del que, al parecer, no se libraron ni los parientes de Cristo, según San Marcos.

## 8. YO

### EVANGELIO

*Jesús es calumniado por los maestros de la ley que llegan a acusarle de tener a Belcebú. Él les dice: "¿Cómo puede ser que Satanás eche a Satanás? Si mi reino está dividido contra sí mismo no puede subsistir...Por otra parte, nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y arrebatarle sus cosas si antes no lo ata".*

### DON MARCOS

Días atrás hablábamos de la familia, de cómo ésta se unía buscando protección mutua. Socialmente está muy bien vista la articulación a través de la familia, por ello se estimula la unión familiar. Ahora bien ¿la unión familiar comporta una efectiva unión social? De ser así la sociedad, el colectivo general, debería ser más importante que lo particular, que un concreto apellido. ¿Es realmente así?

La trágica historia de Romeo y Julieta es la consecuencia natural de la prepotencia insultante de los Montesco y los Capulleto. De su intransigencia. De la cerrazón en sí mismos, de su orgullo ciego. ¿Que Romeo y Julieta son personajes de ficción? La realidad supera la ficción, la realidad está plagada de ejemplos como ese y aún más trágicos, y en absoluto románticos. Si se produce un enclaustramiento en uno mismo so pretexto de un apellido, si nos encerramos en cotos vedados, los enfrentamientos están servidos en cuanto alguien, voluntaria o involuntariamente, invada el territorio marcado. Somos codiciosos y codicia es apetencia por otros territorios. El mundo está minado por infinidad de cotos privativos y por ello resulta tan difícil caminar por él sin que alguna bomba estalle en nuestros pies. Exclusivizar es dividir y dividido el todo nada puede subsistir con un sentido solidario.

La vida en comunidad ha de ser permeable. En cuanto se impermeabilicen sus distintas capas se está alentando el conflicto entre ellas. Las capas adoptan distintas etiquetas: etnias, religiones, credos, ideas, banderas, familias...Cruelmente las etiquetas importan más que lo que más importa: el ser humano. Primero se es hombre o mujer, o mujer u hombre tanto me da, y después otra cosa; solo que lo otro no importa, es tan solo un adorno sin valor de cambio. Sin embargo, por etiquetas matamos y estamos dispuestos a

morir. ¡Qué espanto! ¿Y al cabo, qué son las etiquetas? Palabras, ilusiones. Naturalmente que también intereses económicos, ambiciones personales, odios y resquemores. Si consideramos que el mundo provee suficientemente para todos ¿tiene algún sentido la ambición?

Nuestro afán se consume en ponernos etiquetas y con ello diferenciarnos de otros. La afirmación de lo nuestro constituye división respecto a los demás y en la división nada sustancial puede imperar.

¿Qué es lo sustancial, qué es lo que en verdad nos hermana?

Que somos seres humanos, todos, que compartimos un mismo planeta en las mismas condiciones de vida esenciales, oxígeno, agua, sol, día y noche; que genéticamente somos lo mismo; que nos iguala la facultad de pensar, reír, temer, soñar...; que nacemos y morimos, y todo eso son procesos y sensaciones comunes al ser humano, lo que en realidad iguala a unos con otros. Las diferencias, las etiquetas, son artificiales y, sin embargo y muy lamentablemente, hemos elevado las etiquetas al único móvil de la vida hasta el punto que matamos y nos dejamos matar por ellas. ¿No es esta una tragedia descomunal?

Dicen que un hormiguero es un ejemplo de orden comunitario. Bastaría con inyectar el virus de la ambición, o de la codicia, o la importancia del ego -que todo se refunde en esto último-, para que el orden fuera desorden en un santiamén. Y de esos virus nadie escapa. Ni en las organizaciones religiosas donde las pugnas por alcanzar el estrellato son épicas. Es el poder, es la vanidad, es... sabe Dios qué. Da lo mismo hablar de monjes o seculares, la raíz es idéntica. Importa conseguir el cargo, el oropel, aún a costa de la gran desarmonía que acarree la pugna. Una vez conseguido volverá a predicarse la armonía universal. ¿Valdrá de algo?, y es que la disensión, la disputa, está adherida al concepto de religión orquestada. Como en todo sistema la primera tensión se produce de puertas adentro y la segunda de puertas afuera, porque el mando es el mando y no conoce límites. Distintas religiones erigidas como familias, independientes, crean un impulso de separación que desemboca inevitablemente en un mar de disputas. Lo que divide no une, es consustancialmente contrario al sentido universalista. Lo que divide distancia, separa y abona el germen del conflicto.

El terreno político nos es más conocido. Unos partidos frente a otros por definición. Lo que dice uno lo enmienda otro, por principio. Y la casa por barrer. Los sindicatos contra la patronal, naturalmente. La lucha de clases como argumento, y la lucha contra quien no comulgue en lo propio como estrategia electoral. ¿No podemos percatarnos que la lucha

es lucha y en la lucha todos perdemos? La sociedad, a la vista está, no lo entiende así y sigue propiciando un proceso divisional que nos está agotando irremisiblemente.

Lo externo y lo interno son la misma cosa, como la ola que rompe en la arena y vuelve a su ámbito. Uno proyecta lo que es y recibe de lo que proyecta. Lo externo afecta a lo interno y lo interno termina exteriorizándose. De ese modo si apreciamos una gran división externa debemos deducir que internamente también estamos divididos. ¿Y quién divide?

¿Hemos inquirido alguna vez acerca de eso que llamamos yo? ¿Si somos todo, cómo ponemos tanto empeño en subrayar la parte, en distanciarnos de la casa común montando la nuestra propia? ¿Es el yo un lazo de unión o de desunión?

Si me preguntan quién soy yo seguramente ustedes esperarán que diga más o menos que soy un profesor medianamente culto e interesado en la educación desde hace mucho tiempo, que tengo una buena biblioteca, un perro y una casita en el campo, que me divierte montar en bicicleta, que ni estoy casado ni tengo hijos, que me gusta conversar y que amo la libertad. Todo eso es lo que soy dirán ustedes: un título, una afición, unas posesiones, unos deseos, unos años, unas experiencias... Sin embargo ¿qué es realmente el yo, existe o es una ficción? Las personas, cada uno de nosotros, constituimos una unidad física individualizada, ocupamos un lugar bajo el sol, pero el yo ¿ocupa algún espacio, es algo concreto? El yo es algo psicológico, desde luego. Ocupa un espacio grande, muy grande, en la mente; porque es mente. Si digo soy agresivo o soy un luchador de los que nunca dan nada por perdido, o digo soy muy religioso, o apacible hasta que me sacan de mis casillas, o respetuoso con los ancianos, o amante de la familia... ¿qué es lo que en realidad estoy expresando? Estoy expresando el concepto que tengo de mí mismo, estoy contando cuál es la imagen que me merezco. Si ustedes, refiriéndose a mí, dicen que soy un buen profesor, y espero que lo digan, están proyectando otra imagen. El yo es la imagen que tenemos de nosotros mismos y a la que nos apegamos y con la que nos identificamos. La identificación y el apego son exigentes. Si un médico tiene un gran concepto profesional de su valía se las ingeniará para traducir a éxitos cuanto hace. Sólo así podrá preservar el concepto en el que se halla cómodamente instalado. De ese modo la imparcialidad y la objetividad brillan por su ausencia. Distorsionar la realidad es un ejercicio común para no romper la imagen que nos agrada. Y así nos luce el pelo del entendimiento.



¿Cómo es posible entenderse si la relación se establece entre la imagen que me he forjado para mí y la imagen que he forjado del otro? Ese tupido -y estúpido- velo, ciega los entendimientos, la relación personal próxima y directa.

El yo, al exclusivizarse se separa del todo, es un elemento claramente divisionario y, por tanto, perturbador. ¿Quién crea el yo? Obviamente el pensamiento ¿Qué es lo que no crea el pensamiento, qué intención, deseo o acto escapan a él?, ¿y con qué propósito crea el pensamiento el yo, para integrar o para diferenciar?

Seguro que todos los presentes hemos pasado por el trance de recriminarnos algo, seguro que en multitud de ocasiones nos hemos sorprendido diciéndonos “que idiota has sido, nunca debiste hacer tal cosa, parece mentira que seas tan tonto...”. Es muy común ¿verdad? ¿Y qué es lo que reprocha? ¿Me explico con claridad? Aparentemente algo distinto de uno nos reprueba una determinada acción. Ahora bien ¿existe ese algo distinto o por el contrario quien recrimina es uno mismo, quien cometió la falta o incurrió en error? Es importante ese matiz ¿no creen? Porque si hay otra cosa distinta de mí hay división y donde hay división se suscita el conflicto, aparecen los Montesco y los Capullete enfrentados en sus castillos. ¿Qué enfrentamos nosotros al lamentar algún suceso ocurrido? Enfrentamos lo que es contra lo que debió ser: fuimos tontos debimos ser listos; fuimos débiles debimos ser fuertes;... Esa es la raíz del conflicto, confrontar algo con su contrario, lo que es, versus lo que debería ser.

Si llegamos a la conclusión que no hay nada al margen del pensamiento, que no hay cosa alguna con autoridad para reprobar, que lo que reprueba la acción no es distinto que quién la inspiró y llevó a efecto ¿qué queda entonces? Queda lo que es. En lo que es no hay conflicto. Quedarse con lo que somos sin tratar de manipularlo ni enfrentarlo con otro es liberador porque evita a uno el conflicto de la contraposición. Si en determinada ocasión soy cobarde, yo soy eso: cobardía. Percatarme y asumir el hecho es una actitud responsable y liberadora. Tratar de manipularlo al confrontarlo con su contrario es un derroche de energía que no aporta solución alguna, pues en lugar de encarar la realidad - único modo de entenderla y así trascenderla- encaramos una quimera y es entonces cuando nos perdemos en el laberinto de los sueños.

Experimenten en ustedes sin ir más lejos. Con detenimiento y curiosidad. El pensamiento- de donde parte la acción- se divide, se desdobra en dos figuras: el que juzga y el que es juzgado. Esa es una división artificial y por tanto falsa, dado que sólo existe una cosa: el pensamiento. Absténganse de pensar y comprobarán que no hay lugar que valga para ningún juez en particular. El pensamiento crea división en lo interior y la proyecta hacia fuera. Eso es lo que hace, y al hacerlo provoca el conflicto.

Hemos de poner orden en nuestra casa, sino el desorden lo trasladaremos al exterior. Seguramente el primer paso es acabar con esa división tan absurda. La mente es fuerte, muy fuerte y amontona multitud de objetos inútiles que guarda celosamente. Para que la luz penetre hay que abrir las ventanas, para que la casa pueda amueblarse con lo necesario hay que desechar lo innecesario. El hombre fuerte debe ser atado para que no arremeta enloquecido en defensa de lo que cree suyo. ¿Quién lo habrá de atar? ¿Esperaremos que venga algún ángel de la guarda y nos alivie de esa misión? El hombre fuerte habrá de contenerse por sí mismo, habrá de someterse él solo, tendrá que comprender. Eso podrá hacerlo únicamente cuando asuma lo que es, cuando deje de perseguir quimeras, cuando se percate de su error, cuando disuelva la división.

- Según Don Marcos -

## 9. BLASFEMIA

### EVANGELIO

Los maestros de la ley decían que Jesús tenía un espíritu inmundo. Él dijo:  
*“A los hombres se les perdonan todos los pecados y blasfemias que digan, pero quien blasfema contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás”.*

### DON MARCOS

El hombre en lo que percibe y siente es materia, en lo que le es dado a conocer es materia. Es material el cerebro y lo es también su criatura: el pensamiento. Las sensaciones provienen de los sentidos, que son materia. Ahora bien, la inmensidad del espacio, esa bóveda celeste que deslumbró especialmente a algún filósofo, ¿se dispuso tan solo para disfrute de los humanos las claras noches de verano? Mucho lujo parece para tan pequeños y mezquinos seres. Por ello, y por más, no pocos presumen que algo grandioso, que una fuerza suprema o foco de toda energía, es origen y causa de esa inmensidad perfecta que nos es permitida disfrutar.

En el Universo hay orden, armonía; el Universo es grandioso, inabarcable. Esa grandiosidad que está fuera de nuestras medidas o esquemas la relacionamos con algo también grandioso y sin medidas que hemos convenido en llamar Dios. Lo intemporal - que así definimos a Dios- no puede ser alcanzado por el cerebro, por lo material, por lo temporal, por lo que nace y muere. Es un contrasentido. ¿Acaso el águila puede anidar en el fondo del océano o la ballena reposar en la cresta de la montaña? Imposible. Tan imposible como que la parte pueda comprender al todo. Lo que sí puede hacer la parte, lo que podemos hacer nosotros, es ser sensible a la grandeza del todo, a la armonía de la obra universal, al amor que de ella emana; y así evitar la blasfemia, que no es otra cosa, a mi entender, que atentar contra el orden establecido, quebrantar la armonía. ¿No es una blasfemia quemar un bosque, no es un atentado contra la naturaleza corromper los ríos con vertidos tóxicos? Procediendo así, insensatamente, atentamos contra el orden establecido, rompemos su equilibrio y afeamos su belleza.

Asimismo es una blasfemia, no se si perdonable, incurrir personalmente en desarmonía. Desarmonizarse en lo interno equivale a quemar un bosque en lo externo. Porque somos

armonía. El estado natural del hombre, para estar sincronizado con el todo, es la armonía, porque armonía es el todo. ¿Es esta la máxima blasfemia en la que el hombre puede incurrir? No me gusta calificar, ni siquiera los exámenes, no me gusta decir que estoy un poco enfadado o bastante contento pero puestos a señalar algo imperdonable, algo que sí vislumbro atentaría contra el Espíritu, señalaría aquellas acciones que se producen cuando el hombre, que es materia, que está sujeto al tiempo por cuanto tiene principio y fin; desborda su cauce natural e inunda el contra natura.

¿Por qué no hablo más claro? Lo intentaré. Trato de referirme al hombre desubicado que en lugar de ocuparse de sus cosas, que sería lo suyo y bastante tiene para entretenerse, aborda las cosas de Dios. ¿Les suena raro?

En el paraíso, nos han contado, a Adán y Eva sólo se les impuso una condición en su absoluta libertad: no comer la fruta prohibida. ¿Nos da esto alguna pista respecto de lo que estamos hablando? La mente es un instrumento muy poderoso. La mente es muy capaz de desarrollar grandes inventos que redundan en el mayor confort del hombre - aviones, extraordinarios rascacielos, fenomenales autopistas, enormes progresos en cirugía, etc...-, y también es capaz de urdir las mayores crueldades que ocasionan el máximo dolor como pueden ser las guerras. Todo eso es la mente. De ella depende decantarse por una u otra opción, es su iniciativa, su albedrío.

Lo que no queda a su libre albedrío es moverse fuera de los límites de lo que en realidad es: materia, que como tal, nace, se desarrolla y muere. Dentro de esos extremos que definen su condición de instrumento de aquí para aquí, la mente decide su camino: o facilita la convivencia entre los hombres o la dificulta hasta topes inverosímiles. La fruta prohibida pudieran ser también los dominios del Creador. ¿Respetar la mente esos dominios?

El hombre está dotado de un instinto para sobrevivir. Merced a él evita, o trata de evitar, situaciones que ponen en peligro su vida. Eso es normal, lo que debe ser; el hombre disfruta de vida y tiene la obligación de preservar ese don. Pero claro, una cosa es preservar la vida y otra querer eternizarla; una cosa es la mera supervivencia y otra bien distinta pugnar por ser objeto principal. El hombre es instrumento, forma parte de la Creación, pero no es el Creador. ¿Lo entiende así el hombre?, ¿se deja, pues, guiar en consecuencia?, ¿se subordina a otros planes o se ensimisma y desarrolla solo los suyos?

Si uno bucea en lo más hondo de las actitudes y comportamientos del hombre, en lo más profundo, se encontrará siempre con el miedo. El hombre, por ejemplo, teme morir. ¿Por qué? Porque teme lo desconocido.

Oí decir el otro día a alguien que somos lo que hemos vivido. Bueno, en realidad somos lo conocido, lo que hemos vivido, sentido, experimentado, anhelado, sufrido y gozado. Todo ello lo guardamos en la memoria y a ese cajón de sastre recurre el pensamiento para poder pensar. No perdamos nunca de vista ese mecanismo natural. La mente ha sido configurada así, sólo puede actuar desde lo conocido. Teme, en consecuencia, lo que no conoce y se inventa cosas para conjurar ese temor. Cualquier cosa que se invente la mente sigue estando en el campo de lo conocido que es el único campo en el que se le permite jugar. Lo otro le ha sido vedado, es la fruta prohibida.

No se si se habrán percatado de un hecho singular: la felicidad no es aprehensible. Cuando uno exclama ¡qué feliz soy! el estado que experimenta desaparece, se escapa. ¿Por qué? ¿Acaso porque habrá que mostrar permanentemente al pensamiento sus limitaciones?

El hombre no puede conquistar a Dios. Es Dios quien llega al hombre y no al revés. El hombre ha de ocuparse de sus cosas y dejar a Dios las suyas. El hombre no puede decir a Dios ven a mí. ¡Con qué autoridad podría hacerlo!

El hombre lo que debe hacer es disponerse para ser visitado, pero ni la fecha ni la forma, ni la decisión le compete. Otra cosa es insolencia, locura, o la peor de las blasfemias: la soberbia. La peor de las blasfemias, en mi entender, es la soberbia, creerse Dios, jugar a Dios. Mientras la mente juega a ser lo que no es, lo auténtico no puede manifestarse. Uno no puede escuchar mientras no deje de hablar. Si la mente está todo el día ocupada en sus propias mezquindades -y es mezquino lo que sólo es para sí mismo-, no ha lugar, ni espacio, ni condiciones, para poder ser ilustrada por aquello que no es de su cosecha.

La mente ha de estar callada para poder escuchar, ha de estar en silencio para captar las insinuaciones que le puedan llegar. Uno ha de saber y sentir que es parte de un todo y que su misión consiste en colaborar en el progreso o evolución del todo. Entonces se esmerará en hacerlo del modo más efectivo posible. Por supuesto estamos privados de facultades para determinar por nosotros mismos dónde producimos esa mayor efectividad, por lo que deberemos esperar que providencialmente se nos conduzca al lugar y circunstancia apropiado. El lugar y circunstancia podrá tener apariencia casual, nada lo es, y adoptar la forma de encuentro inesperado: viaje, asunto de trabajo, etcétera.

Estando en disposición receptiva seremos conducidos a donde nos conviene a nosotros y, por tanto, a otros.

Es así como contemplo el desarrollo personal, que también es social puesto que la vida es relación.

¿Realmente es así como actuamos? ¿Estamos en onda receptiva para nuestra voz interior, o por más que esta se desgañite jamás la podremos escuchar ya que siempre nos sorprenderá extraordinariamente ocupados en nuestros propios asuntos?

Nos falta el silencio.

¿Puede el silencio practicarse, hay alguna técnica que lo favorezca y debamos aprender? El silencio debe llegar de un modo natural, no provocado.

Si estoy hablando y quiero imponerme silencio, estoy engendrando un conflicto entre dos fuerzas de distinto signo en la que una quiere imperar sobre la otra. Si estoy distraído y me doy cuenta de mi distracción, ya estoy atento.

Los pensamientos siempre quieren expresar algo; si les prestamos oídos hasta el final dejan el recado y se van. Si los ahogamos incesantemente no pueden expresarse y volverán hasta confiarnos su mensaje. Seguir los pensamientos mientras se producen y crecen es atención. A medida que ganemos en atención las percepciones e imprecisiones que se cuelan desapercibidamente y se reproducen tercamente, serán cada vez menos.

La atención, la alerta, la escucha activa, el estar despiertos; facilita la comprensión de lo que es, de lo auténtico.

La comprensión deviene en silencio y ese silencio es natural. La mente se aquieta por comprensión de su naturaleza y ésta se representa y da a conocer merced a la alerta, la observación, la atención, el autoconocimiento.

Eso es trabajar en nuestros asuntos sin inundar otros. Eso es, estoy convencido, progresar y asear nuestra casa. Si nuestra casa está sucia o desordenada, deberemos limpiarla y ordenarla para recibir dignamente a nuestros visitantes. La suciedad en nuestra casa es cuanto somos y siéndolo nos afea, es decir, nuestros miedos, nuestra violencia, nuestra ambición, nuestra desconfianza... todo eso. Y en lugar de ocuparnos de ello ¿qué hacemos? nos desplazamos a otras y las pintamos de colores de ilusión.

Ilusión porque nada de lo que piensa la mente acerca de Dios es real, porque a Dios la mente no lo puede alcanzar. Lo que ella esboza es ilusorio, es una nube de humo en la que trata de alcanzar alguna suerte de tranquilidad. No nos confundamos. Las cosas de Dios nunca pueden ser cosas de los hombres. Lo que se espera de los hombres es que afrontemos, y así resolvamos, nuestros asuntos. Trabajando sobre lo que somos podemos trascenderlo. Si trabajamos para nosotros, para nuestra evolución personal, trabajamos para los demás. Formamos un todo y, entre todos, hemos de salvar el todo. La vida se vive en colectividad, pero es una travesía individual.

Si coméis del árbol prohibido seréis como dioses. Y nos lo creímos. Y en ese error aún estamos. Y eso es una blasfemia imperdonable.

Pensar sólo en uno mismo; estar permanentemente abstraído en los propios asuntos; forjar dinastías que son la prolongación de uno para perpetuarse a través de la sangre y el apellido, las herencias y los recuerdos; no echar cuenta a los de los demás excepto como algo que entorpece los planes de uno para sí y los suyos; creerse el rey de la creación; ser insensible a lo que nos rodea; estar obcecados con lo nuestro; vivir al margen de la comunidad universal; no sentirse integrante de la misma; no subordinarse al plan general; no considerar que al margen de lo nuestro está lo de los otros; no percibir que somos instrumentos y que debemos estar a la orden de una instancia superior que nos señala el camino; creer que no hay más camino que el que nosotros abrimos a mayor gloria propia y de lo que nos es propio; perdernos en ilusiones y quimeras; vivir en permanente desorden; hacer de la confusión norma de vida;... Digo yo que todo eso podrán ser blasfemias imperdonables.



- Según Don Marcos -

## 10. AUTOCONOCIMIENTO

### EVANGELIO

Jesús dijo a los Apóstoles:

*“¿Acaso se trae una lámpara para ocultarla en una vasija o ponerla debajo de una cama? ¿No es para colocarla en el candelero? Porque nada hay oculto que no sea descubierto y nada secreto que no sea puesto en claro”.*

### DON MARCOS

Uno tiene rasgos físicos de su padre o de su madre y algunas similitudes también en rasgos de carácter. Los genes marcan esa característica hereditaria de padres e hijos. ¿Hay en los hombres algún gen divino? Si nos auto-nominamos hijos de Dios desde luego que estamos reivindicando la herencia que nos corresponde, como cualquier hijo de vecino. La naturaleza nos muestra que alguna suerte de factor común existe entre progenitores y descendientes. ¿Por qué no, en último término, de Creador a criaturas? Quienes así lo entienden o sienten vindican que el factor divino habita entre los hombres y tiene un nombre: alma o espíritu.

¿Y qué pinta aquí, entre los mortales, esa alma o espíritu? Puestos a asignarles un papel, ese no podría ser otro que el de iluminar el camino. No seré yo quien sostenga que esto carece de sentido.

Me parece que ya he dicho que nosotros debemos disponernos para cumplir los planes de la Creación, debemos dejarnos llevar por una iniciativa superior. Lo que nace de la mente es egocéntrico, y egocéntrico es el proyecto de uno que redundará en mayor beneficio de uno. Si nosotros, materia o energía finita, no podemos definir por nuestra cuenta el papel que debemos representar en la gran obra universal, algo o alguien deberá conocerlo y contárnoslo. ¿Es eso el alma? ¿Es el hombre un cuerpo en el que se cobija un alma, o por el contrario el hombre es alma que se vale de una mente y un cuerpo?

Si el alma es chispa de Dios, el alma sabe y el alma guía. Por ello no entiendo muy bien algunas manifestaciones que insisten en la evolución del alma o el espíritu. Todas esas cosas que se dicen: cómo fortalezcó mi espíritu, es de una gran enseñanza espiritual, mi espíritu aprende de todo ello, siento un gran progreso espiritual, etcétera. Mi razón me

indica que no puede ser así, Mi razón me indica que al espíritu nada habría que enseñarle. ¿Quién le va a enseñar?, ¿la mente?

¿No es eso subvertir los papeles, no huele eso a maniobra de la mente para cobrar importancia?

Si partimos de la base que el alma es chispa de Dios, ya es sabia, ya no hay que enseñarle nada, y mucho menos la mente humana. ¿Qué hacer respecto a ella, entonces? Ese es el problema nuestro, que siempre queremos hacer algo. Y sin embargo con respecto al alma el hombre no debería hacer nada, y no haciendo, hace. No trato de jugar con las palabras. No haciendo no entorpecemos, dejamos hacer. Estar quieto es estar activo.

El jinete guía al caballo. ¿Les suena esa figura? Naturalmente. Preguntémos: ¿sería el alma el jinete?, ¿es la mente el caballo?, ¿guía de verdad el jinete, o tal vez la mente humana no es más que un caballo sin riendas?

Para que la mente pueda ser guiada ha de detenerse a escuchar la voz del que sabe, ha de dejarse conducir y seguir las indicaciones de quien debe dirigirle, ha de aquietarse.

El caballo no conoce el camino, lo sensato entonces sería detenerse y esperar la insinuación orientadora, en lugar de emprender una carrera a tontas y locas. Eso no parece posible habida cuenta la tensión que permanentemente parece agobiarnos; la extraordinaria dificultad que tenemos para sosegarlos y estar tranquilos. Lo nuestro es una marcha incesante, aunque no sepamos a dónde vamos. La hiperactividad sin rumbo, lo sabemos bien, nos produce un continuo entrechocar.

Si es el alma una chispa de Dios desde luego que ha de tener permanente conexión con la brasa divina de la que emana. El alma sí sabría, pues en otro caso no sería alma con los atributos que le presumimos. Y alma deberíamos tener todos: la chispa de Dios no puede hacer distingos, ha de habitar en todos los humanos. Otra cosa sería una notable injusticia.

Los hombres en compañía de animales, árboles, plantas, ríos, mares y montañas, constituimos nuestro mundo. El hombre nace, se desarrolla y muere. Para todos es igual. Los hombres, entiéndase hombres y mujeres, no hace falta repetirlo, respiramos, pensamos, soñamos, tememos, anhelamos. Para todos es igual. Los hombres somos energía, consumimos y hemos de reponer energía. Para todos es igual. Los hombres somos, en lo esencial, lo mismo.

Si somos en lo esencial lo mismo y constituimos entre todos el mundo, lo esencial del mundo está en uno mismo. De este modo si uno llega a conocerse está conociendo el mundo, porque nada de lo esencial del mundo está fuera de él. Todos tenemos los mismos ancestros aunque nos cueste admitirlo.

Nada hay que buscar, pues, afuera, dado que todo está dentro. Muy probablemente hemos ocultado la lámpara debajo de la cama, pero la lámpara existe, habita entre nosotros. Para que la lámpara luzca hemos de situarla en el candelero para que de verdad nos ilumine, e iluminados seguir resueltamente el camino de la luz. Para ello uno tiene que aprender a saber qué es, qué hace y por qué lo hace; es lo más que puede alcanzar en su favor, y es lo menos a lo que seriamente está obligado.

El hecho de conocerse aquieta la mente porque el autoconocimiento se basa en la mera y atenta observación de lo que es, de la realidad. Mientras que uno observa atentamente, y de ese modo aprende de sí -que es lo mismo que decir que aprende del mundo-, el pensamiento está quieto, y así la luz ilumina desde el candelero. Cuando el pensamiento está quieto se hace la claridad.

Mente y cuerpo son instrumentos, meros instrumentos habilitados para funcionar en este mundo material. El alma no es material -o es de otro tipo de materia más sencilla, no vamos a entrar en disensiones sobre átomos-, luego ha de servirse de la "pasta" de este mundo. En el proceso de conocerse se suscita la comprensión hacia uno y por tanto hacia los demás. En esa comprensión el instrumento asume su papel, se reconduce hacia su carril natural y es entonces cuando la docilidad del caballo permite al jinete guiar con efectividad y sabiduría. En ese caso operamos como es debido y sólo así ejercemos influencia positiva sobre el entorno, porque, ya que uno es mundo, cuando progresamos aportamos progreso al mundo.

Cualquier otra acción que no sea ésta es una acción confusa, porque la mente está sumida en una profunda confusión. De ésta sólo se libra merced al autoconocimiento. Para conocerse sólo hace falta observar, observarse a sí mismo, observar a los demás y observarse uno en relación con los demás. Sin juzgar, sin distanciarse. Si queremos saber cómo es el pueblo que visitamos por primera vez ¿qué hacemos? Lo observamos con mucha atención, con mucho detalle, desde todos los ángulos posibles; y después decimos lo que hemos apreciado: que sus casas son blancas y las puertas verdes, que en los balcones hay flores y en la plaza mayor una fuente con cuatro caños.

Conviene evitar los juicios de valor, decir por ejemplo que es bonito o feo pues con ello se crea una corriente de simpatía o antipatía que nubla la correcta visión de lo que es. No hay que establecer filtros, todo lo contrario, la luz ha de lucir con toda su intensidad. Sin interpuestos. Así conocemos la realidad, así nos conoceremos.

Todo está en uno, también la luz, la llama, la chispa del Creador.

## 11. MEDIDA

### EVANGELIO

Dijo también Jesús a los Apóstoles:

*“Con la misma medida que midáis seréis medidos y se os dará con creces. Porque al que tiene se le dará y al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará”*

### DON MARCOS

Toda medición implica comparación. Tú eres más alto que aquél, yo saco las mejores notas de la clase, uno corre más que otro. La mente siempre ha de apoyarse en alguna referencia para situarse, no puede evitar comparar. La mente es lo relativo, por ello lo absoluto le resulta inalcanzable. Lo físico, físico es. Si uno mide uno ochenta es evidente que mide menos que alguien que está en el uno noventa, pero ¿cómo se mide la bondad?, ¿en base a qué podemos decir que somos mejores que otro? e incluso ¿es razonable comparar bondad de uno con bondad de otro?

El pensamiento, por naturaleza, llega a lo relativo; por eso ha de comparar. La bondad, el afecto, el amor no puede ser lo relativo. Uno ama o no ama, uno es bueno o no lo es. Relativamente bueno nada significa. Quien discrimina está en lo relativo y discrimina quien da a unos y niega eso mismo a otros. Si uno es bueno lo es para todos y en toda circunstancia, no es que sea bueno con los amigos y malo con los enemigos. Eso no es bondad, el amor o la bondad no distinguen, son. Y son en todo momento y en todo lugar.

La envidia nace de la comparación. Si no comparásemos no envidiaríamos. Envidio a tal prohombre que goza de tal posición, o popularidad, o riquezas, o éxito. Queremos ser como él porque hemos comparado nuestra posición con la suya, y la comparación no ha resistido el contraste. Así llegamos a envidiar y nos decimos que es sano hacerlo pues de ese modo nos esforzaremos hasta llegar al lugar anhelado. ¿De verdad que llegamos a asumir la envidia como algo recomendable?

La competitividad nace de la comparación. Competitivo es aquél que pretende ser más que otro, superarle, desbordarle, mejorar sus conquistas. Así pues la envidia y la

competitividad -que también es envidia-, nacen de la comparación. ¿Puede nacer la bondad del mismo sitio?

Conforme nos comportemos con los demás así los demás se comportarán con nosotros, y se nos dará con creces. Es un mensaje explícito, con pocas interpretaciones: uno da lo que tiene, y recibe -ampliado-, lo que ha dado. ¿Es justo, no?

En el plano físico la cosa es común, el magnetismo, los polos de atracción y rechazo que todos conocemos, la ley de la sincronía. Todo ello lo encuadramos en la física más elemental. A todos nos son familiares esos fenómenos. Física y Química es lo que somos nosotros. ¿Y algo más?

Es una pregunta muy interesante, pero debemos empezar desde abajo si queremos llegar hasta arriba. En lo que conocemos somos materia, energía, física y química. Por tanto a nadie debe de extrañar estar sometido a unas leyes que funcionan de un modo, digamos, mecánico. Somos lo que pensamos, lo que sentimos, lo que hacemos. ¿Correcto? Proyectamos lo que somos ¿correcto? y recibimos, amplificado por la retroalimentación que en todas las esferas se produce, lo que proyectamos. Quien a hierro mata a hierro muere, aunque tal vez sea más preciso decir que quien siembra vientos recoge tempestades. Pues es así.

Consideremos que el Universo es un solo bloque y que, por tanto, en él nada se pierde, que todo queda intramuros. ¿Qué ocurre conmigo si soy violento?

Pues que proyecto violencia, sintonizo con la violencia acumulada en el ambiente y recibo esa violencia -que partió de mí-, engordada en su viaje de ida y vuelta. A mí todo esto me parece muy justo.

Si favorezco a otro seré favorecido, si lo perjudico se me perjudicará. En la medida que sea exigente con los demás se me exigirá, conforme yo sea benevolente obtendré benevolencia. Es un lenguaje muy claro ¿no es así? Hecho a la medida de nuestras entendederas. Para que no haya dudas.

## 12. FE

### EVANGELIO

*Cristo alude en varios pasajes a la fe. Cuando calma la tempestad que atemorizaba a sus discípulos les dice: “¿Por qué sois tan miedosos? ¿Por qué no tenéis fe?”. Cuando la mujer que sufría hemorragias le toca el vestido para curarse le dice: “Hija, tu fe te ha curado, vete en paz libre ya de la enfermedad”. Y cuando le comunican al jefe de la sinagoga que su hija había muerto Jesús le dice: “No tengas miedo; tú ten fe y basta”.*

### DON MARCOS

Insistentemente el Evangelio pone en boca de Cristo la fe, una fe que cura y que, en sí misma, obra milagros.

Si no tengo confianza en aprobar una asignatura mejor la descarto pues me resultará muy difícil conseguirlo. Sin confianza en que algo puede ser, ese algo no sucede. Si tengo fe en que obtener algo es posible, encontraré la energía, la dedicación y atención suficiente para lograrlo.

La vida es un presente continuo. Me explicaré. El pasado ya ha pasado, ha muerto y en su virtud conviene enterrarlo. Es una cuestión de higiene. Mirar atrás es peligroso ¡no vayamos a convertirnos en estatuas de sal! Hipotecarse en el pasado significa no vivir el presente sino estar encadenado a algo viejo. El futuro no se puede predecir. Cualquier proyección del futuro que imaginemos no deja de ser una manipulación del pasado. La mente es pasado, así que lo único que puede proyectar es pasado. Proyectarse al futuro, a lo que está por nacer, implica descuidar el presente que es lo único que existe, lo que está latiendo, lo que en verdad es auténtico.

Lo real es el presente y es real al contemplarlo como un todo continuo.

Ver lo que hay que hacer y hacerlo, sin abrir ningún espacio entre la percepción y la acción, es engarzar los acontecimientos según su secuencia y ritmo natural.

Ver lo que hay que hacer y en lugar de hacerlo pensar en lo que conviene, no es una acción correcta. Uno piensa cuando no sabe qué hacer, si lo sabe no hay nada que pensar: se hace y ya está. Si el soldado siente que no debe matar-y es algo que, desde luego,



deberíamos sentir todos sin vacilación- no mata, desobedece la orden sin considerar las consecuencias personales que le acarrearán tal acción.

Ver lo que hay que hacer y hacerlo, es una acción continua, integral, completa. El pensamiento con sus dudas, temores y egoísmos no aparece. Hay inteligencia plena.

Disfruto jugando al billar. Durante el juego afronto una carambola. Según la situación de las bolas veo cómo hacerla, aprecio lo que he de hacer. Adopto la postura correcta, doy al taco el impulso y el efecto adecuado a la posición de las bolas y, si todo lo he hecho bien, la jugada se produce conforme se concibió. Para mí ese puede ser un ejemplo de lo que entiendo por todo continuo, algo que concluye en la carambola pero que se inicia en la observación de la jugada y en el diseño de su ejecución. Secuencia tras secuencia, enlazadas de principio a fin. ¿Ocurre lo mismo en la vida?

Uno ve porque está atento, extremadamente atento, y en esa atención no existen filtros ni engaños. Ver la realidad tal cual es, determina una acción que es correcta. Y es -no puede ser de otra forma-, decidida y resuelta.

Esa acción puede no producirse si establecemos una pausa. ¿Qué ocurre en esa pausa? Que se le brinda al pensamiento oportunidad de intervenir. Uno ve que el tabaco le sienta mal, que le hace toser y produce fatiga; la acción continua sería fulminante: no fumar más, dejar el vicio en aquel mismo instante. ¿Suele ocurrir así o generalmente se le da tiempo al pensamiento a decir mañana lo dejo, a partir de mañana reduzco la dosis,... y así poco a poco? Parece como si nos diera miedo hacer las cosas radicalmente, de una vez. Parece como que debiéramos tomarnos tiempo para digerirlas, hacerlas poco a poco.

El pensamiento es tiempo. Desde el pasado se proyecta al futuro pasando por el presente. Ése es el devenir del pensamiento. El propio devenir es también tiempo. Y tiempo se precisa para acumular cosas, adquirir conocimientos, experiencias, que es la virtualidad de la memoria a la que recurre la mente para poder pensar. El pensamiento actúa conforme a lo que es, ahora bien ¿es necesario que todo pase por el pensamiento o habrá algunas cosas en las que su concurso no es necesario y tendremos que actuar sin ser interferidos por el mismo? Porque si el pensamiento actúa, actúa conforme a lo que es, y de ese modo se producirá una acción condicionada, confusa, engañosa o temerosa.

El miedo es un virus exclusivo del pensamiento. Quien tiene miedo no puede tener fe: fe es la ausencia de miedo. El miedo es criatura del pensamiento, y el pensamiento es egocéntrico: piensa desde un centro que es el yo, y piensa para sí.

Quien tiene fe hace, y hace sin calibrar lo que esa acción pueda reportarle; no se toma tiempo para pensar cómo puede favorecerle o perjudicarlo, sencillamente hace. Y hace con confianza porque ha visto lo que hay que hacer.

Un niño, cogido de la mano de su padre no teme. Y se deja guiar sin temor, convencido de que nada le puede pasar. Si tuviésemos fe, si nos creyésemos de verdad criaturas de la Creación, no tendríamos miedo, aceptaríamos lo que nos viniera, haríamos de inmediato lo que nos naciera del corazón y todo ello con la confianza, de que aún sin entenderlo del todo, algo lo estaba disponiendo para nosotros sabia y justamente.

- Según Don Marcos -

### 13. ALIMENTO

#### EVANGELIO

*Previo al milagro de la multiplicación de los panes y los peces, los discípulos sugieren a Jesús que despida a la multitud que le sigue para que puedan comprar por los caseríos algo de comer.*

*Jesús dijo a sus discípulos: "Dadles vosotros de comer".*

#### DON MARCOS

Si no entendemos lo más inmediato no podemos pretender entender lo más alejado. El alfabeto empieza en la a y termina en la zeta. Empecemos por la a.

Empezando por donde debemos, no creo que debamos -no es el lugar ni el momento- debatir si milagro sí, o milagro no. Además, del Cristo me interesa más lo que dice que lo que hace. O dicen que hizo. Me resisto a analizar atropellos a las leyes naturales, por lo que prodigios como éste los suelo traducir en clave simbólica, que es a la que racionalmente puedo llegar. La multiplicación de los panes y los peces puede tener el valor simbólico de multiplicar el alimento espiritual de los fieles. Los panes y los peces "espirituales" llegan a los congregados en torno a Jesús de una sola vez, por valor de la palabra pronunciada en aquel instante. Los presentes, haciendo uso de la palabra, relatan lo sucedido a otros ausentes del acto que se benefician del mensaje dictado. La palabra multiplica sus efectos. Eso es algo natural que mi mente entiende y acepta. Por sucesivas oleadas en las que se propaga la palabra los beneficiados pueden pasar de siete a mil. Y no hay mayor misterio.

Lo que nos cuenta el Evangelista es que en aquella cita se había congregado una multitud para oír hablar a Cristo. Según entiendo Cristo debió querer que sus discípulos también predicaran y satisficieran el hambre espiritual de aquellas gentes ansiosas de buenas nuevas. Sin embargo no lo hicieron, y es Cristo quien habla y los demás escuchan. Escuchando con atención, sin distracción y sin prejuicios, la palabra llega al fondo de la conciencia y enraíza sólidamente. ¿Qué quiere decir escuchar con atención? Que uno no traduce a su particular condicionamiento lo que va oyendo; uno solo oye; uno es todo oídos; escucha absorto porque está muy interesado en lo que se está diciendo.

¿Cuál es el efecto que entonces se produce? Que las palabras atraviesan la parte superficial de la conciencia, como si rompieran una lámina de hielo, y llegan, asentándose, a la capa más profunda. Desde allí surten el mayor y más reiterativo efecto.

Somos el resultado de muchas cosas, de la educación, de experiencias propias y ajenas, de lecturas y charlas,... y todo eso configura lo que denominamos conciencia. Esa conciencia, mezcla de influencias dispares y heterogéneas, necesita un orden, una prelación, un sentido, algún esquema para orientarse. Estimo que Cristo no trataba de despertar a las almas porque las almas, en mi opinión, están siempre bien despiertas, pues de otro modo no entiendo su función; sino que procuraba sacudir las telarañas de la mente. Hay que enseñar a quien no sabe y la ignorancia del hombre radica en la mente, no en otro sitio. Alumbrando a la mente ésta podrá ver con claridad el papel que le toca desempeñar, apreciará sus limitaciones y servidumbres, y sólo así asumirá la necesidad de un guía. De ese modo cada cual estará en su lugar, el alma y la mente, el guía y el instrumento.

Cristo enseñaba, mostraba, y la fuerza de sus palabras debía llegar a quien tuviese predisposición de escuchar. Sólo eso se requiere. ¿Podemos hablar entonces de alimentar, de compartir alimentos, de conseguir que el mismo alimento llegue a múltiples bocas? ¿Y quien resultase alimentado no se vería a su vez en la obligación de multiplicar el pan y los peces con otros hambrientos? Y aún sobrarían cestos de comida pues no todos pondrían el mismo celo y entusiasmo en difundir el mensaje.

No es de extrañar entonces que Cristo dijese a sus discípulos “alimentadles vosotros”. Ellos ya deberían saber, la semilla ya tenía que haber echado raíces y los frutos deberían ser recolectados y distribuidos gratuitamente. Tenían que dar el paso adelante.

La reflexión que provoca en mí este párrafo es la de una incitación muy concreta a la acción. Nadie debe guardar en su despensa algo en su propio y exclusivo provecho. Quien tiene algo de valor debe compartirlo y así el valor se multiplica en beneficio del todo, que es también el beneficio de uno. De no ser así el bien celosamente guardado se pudre e infecta las entrañas de uno, por lo que infecta también las entrañas del todo. Porque multiplica lo positivo y también lo negativo. Esa es la responsabilidad de uno. A través de uno se llega a los demás. Para lo bueno y para lo malo.

La vida rectamente entendida consiste en darse a los demás. Quien reciba un don, que sepa que no es suyo, que es de los demás; que él es instrumento, caño, y no fuente. Los aficionados a la música admiran las grandes voces de los barítonos, tenores, sopranos...,

sin embargo ¿se han percatado de que esas voces admirables están destinadas al disfrute de quien la oye aún más de quien la posee? El tenor más afamado del mundo mientras canta no se oye a sí mismo como lo oímos los demás. El doble juego del oído interno y del externo produce esas jugarretas. Su don es, fundamentalmente, para el auditorio. Él cumple como instrumento y no reclama para sí más que el buen gusto por cantar. ¡Y qué decir de la danza! Quien baila no ve lo que baila. Se le ha confiado un don que él ha cuidado y desarrollado con dedicación y afecto, pero ese don es para los demás. A través suyo, sí, disfrutando si se quiere de él, pero vertido a los demás. Por eso todos, en la medida de nuestros dones, adquirimos la sagrada obligación de compartirlos. Alimentémonos mutuamente.

- Según Don Marcos -

## 14. HIPOCRESIA

### EVANGELIO

*Los fariseos y los maestros de la ley preguntaron a Jesús: ¿Por qué tus discípulos no observan la tradición de los mayores, sino que comen con las manos impuras? Él les contestó: “Hipócritas, Isaías profetizó muy bien acerca de vosotros, según está escrito.*

*Este pueblo me honra con los labios  
Pero su corazón está lejos de mí.  
En vano me rinden culto  
enseñando doctrinas  
que son preceptos humanos.*

*Dejáis el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres”.  
Vosotros, para guardar vuestras tradiciones, quebrantáis el mandamiento de Dios.  
Porque Moisés dijo “Honra a tu padre y a tu madre, y el que maldiga a su padre o a su madre será condenado a muerte”. Vosotros en cambio, decís: Al que diga a su padre o a su madre: lo que tenía para ayudarte lo he ofrecido al templo, ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre. Así habéis anulado el mandamiento de Dios por una tradición que vosotros mismos os habéis transmitido.*

### DON MARCOS

Tradicción, hipocresía, culto de los hombres y olvido de Dios. Duras sentencias las que pronuncia el Cristo.

¡Qué fuerza la de la tradición! Nos aferramos a ella como a la brújula los navegantes. ¿Para navegar seguros, para no perder el rumbo?

Algo se convierte en tradición a fuerza de repetirse. Una romería llega a ser tradición al repetirse todos los años la misma fecha, también es tradicional recibir regalos al cumplir años, asistir a oficios religiosos los domingos y rezar oraciones al acostarse. Y la Navidad también es algo muy tradicional, uno ha de sentirse entonces más afectivo, más fraternal. Algo así como la manifestación de la bondad oculta a plazo fijo.



¿Qué valor tienen las tradiciones? Las tradiciones se sustentan exclusivamente por reiteración; algo que deja de hacerse según se ha hecho siempre deja de ser tradicional porque ha roto el hábito. Conviene pues ser escrupuloso con los detalles, para que el hábito se repita sistemáticamente y así alcance la categoría de tradición.

Lo reiterativo es mecánico. ¿Puede lo creativo ser mecánico, o desde lo mecánico es imposible alcanzar la creatividad?

La mente se encuentra a sus anchas entre lo mecánico por la simple razón de que ella es eso, reiteración, hábito. La mente es lo conocido luego no puede más que actuar en esos términos: incidir en lo conocido es crear hábitos.

¿Puede ser creativo el pensamiento o la creatividad, lo nuevo, sólo puede surgir cuando el pensamiento cesa? ¿Tienen algún valor particular las manifestaciones de afecto navideñas o, precisamente por ser a plazo fijo, según marca la tradición, no tienen ninguno? ¿Concebimos una ofensa mayor a la sensibilidad humana que esas pausas que se producen en los conflictos bélicos por Navidad? ¿Cabe una mayor hipocresía? La crueldad de la guerra se detiene por unos días y esa pausa es aprovechada por los contendientes para felicitarse entre sí (no se sabe muy bien por qué) y puede que incluso para asistir alguna misa. Concluida la pausa hay que engrasar bien el fusil y apuntar con tino al enemigo por ver de reventarle la cabeza de un solo disparo. Es la guerra.

La tradición es un invento de los hombres, nada sagrado hay en ello. Y el hombre se complace en respetarlo porque le proporciona cierta satisfacción y seguridad. Cuando el hombre sabe lo que hacer está seguro, y en la tradición sabe de antemano lo que hacer porque siempre es lo mismo. De ahí que alimente con interés las tradiciones. Pero las tradiciones sofocan al hombre, le privan de libertad y le impiden, por tanto, descubrir la verdad. La repetición monocorde de una serie de oraciones -igual letra, igual ritmo, igual cadencia- se conoce como rezo. ¿Cómo encontrar algo de espiritual en ello? Es obvio que la repetición impersonal de una frase produce una cierta quietud en la mente, máxime si eso se adorna en el marco espléndido de una catedral y se adereza con humo de incienso. Pero ¿hay algo de corazón, sensibilidad, afecto, autenticidad en ello, o en absoluto algo mecánico puede trascender el plano mental, ese plano en donde la mente se autocomplace y gratifica?

Labios y corazón son dos cosas distintas, como muy distintas son la ley de los hombres y la ley de Dios. ¿El templo es más importante que el padre o la madre? El templo es de los hombres y para los hombres. ¡Qué templo va a necesitar Dios! ¿Hay algún templo más grandioso que la propia creación? Y para que el templo funcione el hombre se olvida del

hombre y se somete al sistema. Preso en el sistema el hombre ya no tiene perspectiva, ya está alienado, ya pierde de vista la realidad de tan absorto que se queda contemplando una ilusión. Y se auto engaña y se auto hipnotiza tratando de aferrarse a esa banal seguridad. El hombre establece unas reglas -las suyas, de nadie más- según las cuales se accede a Dios. La tradición fortalece las reglas y así resulta que el cumplimiento de las reglas viene a ser más importante que el descubrimiento de Dios. En ese error perseveramos. ¿Obra conforme a la voluntad de Dios quien desatiende al prójimo por atender al templo? ¿No es eso una ofensa? ¿Ofensa a quién, a Dios? El hombre no puede ofender a Dios, ¡hasta ahí podía llegar! De ser así Dios sería como los hombres, sometido a la misma vanidad y engreimiento, esclavizado por ese mezquino centro que denominamos yo. El hombre se ofende así mismo y ofende a los demás, ofende a esa cualidad humana llamada sensibilidad. ¿Saben lo que es sensibilidad? Sensibilidad es afecto. Uno sufre si observa que se está maltratando a un perro porque siente afecto hacia el perro y siente el dolor del animal como propio. Si uno no siente afecto hacia los demás ¿qué sensibilidad podrá tener? La tradición, los sistemas nublan la vista, nos convierten en seres insensibles.

- Según Don Marcos -

## 15. INTERIOR

### EVANGELIO

Jesús dijo:

*“Nada que entre de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro es lo que puede manchar al hombre”.*

### DON MARCOS

El yo es la imagen que nos hemos creado de nosotros mismos, con la que nos identificamos. Y ¿qué es en realidad uno?

Uno es el resultado de multitud de influencias. Esas influencias están anilladas en forma de recuerdos. Y esos recuerdos están a su vez más o menos ocultos. Todo ello subyace en nuestro interior, forma parte de nosotros. Lo que subyace se manifiesta de alguna forma en algún momento de la vida, y cuando se manifiesta somos exactamente esa manifestación. Cuando uno está furioso es esa furia, y si está atento es atención, y si celoso celos, y si violento violencia. No hay imágenes que valgan, no hay ideas sino hechos. Uno no es lo que dice hacer si no lo que hace. No todos, sin embargo, admitimos los hechos tal cual son. La identificación con la imagen y el yo pesa en nuestra actitud más que el discernimiento de la realidad.

¿Qué encontramos en el interior de una persona?

En el interior habitan los instintos, las herencias genéticas, las influencias de todo tipo. Y desde ese interior, normalmente, actuamos. Hay acciones instintivas, algunas, si bien pocas. Lo natural es que todo pase por el inmenso tamiz del pensamiento. Los sentidos activan el cerebro, vemos una cosa y eso nos sugiere algo. Oímos una frase y el tono de la voz o el sentido de las palabras se enredan con recuerdos propios. La conciencia superficial, y la más profunda o subconsciente, remiten reflejos de hechos que nos amedrentan, de difíciles decisiones a adoptar, de placeres que perseguir y temores que evitar. Todo eso forma parte del juego de pensamiento. También en las redes del pensamiento quedan atrapadas las reacciones, cuanto está viciado por una acción anterior y determina una respuesta de la misma calaña. Me insultan e insulto. Acción - reacción.

¿Qué es lo que sucede cuando somos insultados o vejados o ridiculizados? Alguien tiene intención de dañarnos por envidia, por rencor, porque quiere alardear y sentirse más fuerte, por practicar una crueldad que le satisface. Eso que sale de dentro de esa persona es lo que le hace impuro: su voluntad es dañar a un semejante, herirle. ¿Y el otro? El otro en tanto en cuanto solo es objeto de daño no tiene intención de nada. Todo se desencadena en lo que a continuación, una vez agraviado, sucede. Si reacciona en el mismo tenor - me insultan luego insulto, me agreden luego agredo - cae también en la impureza, está dañando, está hiriendo, y es pueril indicar que no se siente responsable pues no inició la disputa. Quien cae en violencia, aún por reacción de violencia, es violento, de su interior está mandando violencia. Puede suceder que no reaccione de inmediato, si bien toma buena nota de la afrenta. Ello quiere decir que la ha grabado en su memoria con la intención de devolverla acrecentada en ocasión más favorable a sus intereses. También es impura esa actitud: uno está alimentando la ponzoña del odio, del rencor.

Sin embargo puede darse otra situación absolutamente distinta: uno no reacciona ni tampoco almacena en la memoria, uno deja pasar esa andanada desde la boca al vientre y de allí al retrete. Un sencillo tránsito que no deja huella. Eso requiere mucha atención, absoluta alerta para que la mente no registre y pase la acción por ella como el rayo de sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo. Ello requiere también diluir las imágenes que uno haya podido crear acerca de sí mismo y de los demás, puesto que es la imagen, el concepto, el dibujo lo que se "siente" ofendido. Si uno no tiene imagen preconcebida, si uno no se identifica con nada en particular- que es la única manera de interesarse por todo en general -, si uno asume lo que es cuando lo es ... ¿qué se ofende entonces? Me temo que nada. De la boca al vientre y del vientre al retrete.

Vivir es avanzar. Las aguas de la vida no retroceden jamás. Quien cumplió 20 años nunca más los cumplirá. Lo que hicimos hecho queda, y lo que se dejó de hacer ya no se hará igual. Cada momento es único e irrepetible.

## 16. PAN

### EVANGELIO

*La mujer pagana suplicaba a Jesús que echase de su hija al demonio. Él le respondió:*

*“Deja que se hartan antes los hijos, que no está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los perros”.*

*Ella dijo: “Cierto, Señor; pero también los perros comen debajo de la mesa las migajas de los hijos”.*

### DON MARCOS

En este planeta Tierra, en este nuestro mundo conocido, convivimos una serie de seres vivos: personas, animales, árboles, plantas... entre aire, agua, sol, montañas, piedras, viento, tinieblas, flores y frutos... Todo ello constituye un bloque, por ello animales y plantas, minerales y hombres, agua y atmósfera, frío y calor... todo, es interdependiente. Esto significa que lo que ocurra a la parte ocurre en el todo.

Ni qué decir tiene que a imagen y semejanza del cosmos, acaece en el hombre, en el microcosmos. No tiene ningún sentido indicar que doliéndome una pierna, la totalidad que constituye mi individualidad física no está dolida. El *asunto* de mi pierna es mi *asunto*, de mi cuerpo y también de mi mente, de la totalidad.

Los seres vivos en la Tierra experimentamos distinto grado de evolución. Esto es un hecho y no debe convertirse en signo de distinción de unos respecto de otros. Lo que debe sugerirnos es que quien de mayor evolución goce tienda la mano a quienes disfrutan de menos, y así todos estaremos comprometidos en la ley del progreso universal. Porque constituimos un bloque, el progreso es del bloque, si bien éste para expandirse ha de producirse necesariamente en los componentes individuales. La atrofia de un brazo perjudica, retrasa, el progreso del cuerpo entero. El progreso de un cuerpo es el progreso de sus miembros. Y esos miembros actúan, para lo positivo y lo negativo, como vasos comunicantes, pues se complementan entre sí. El riego sanguíneo llega a todas partes; lo que no es regado en el cuerpo no forma parte del cuerpo vivo.

Han de comer los hijos para que coman los perros. Es la ley de la interdependencia.

El buen cuidado de la Naturaleza, el respeto a esa obra irreplicable, le corresponde al hombre; pero el hombre también es dependiente del monte y del río, del mar y de la atmósfera. La degradación del medio ambiente degrada las condiciones de vida del hombre. Todo tiene un requerimiento inexorable de ida y vuelta. Así mismo es un claro ejemplo de pasaje de ida y vuelta la frase “dad y recibiréis”. Nada más justo ¿no es así? Lo comento con frecuencia y no me aburre el hacerlo. Mas para dar primero hay que tener, pues según lo que tengamos daremos, y según lo que demos recibiremos.

Examinando todo eso no tenemos más remedio que conferirle un gran valor al discernimiento. Debemos saber de lo que proveernos para así proveer a los demás; debemos procurarnos sabiduría para trasladar sabiduría a otros.

Conocemos multitud de casos de padres muy pagados de lo que regalan a los hijos y de los grandes sacrificios que por ellos asumen. ¿Y qué es lo que algunos hacen por sus hijos? Les envían a prestigiosos colegios, por los que pagan verdaderas fortunas, y con ello ya tienen la sensación de haber dado mucho. En esos colegios los muchachos son educados en la más feroz competitividad pues el prestigio de esos centros estriba en el hecho de que son estructuras diseñadas para moldear números uno, triunfadores de pura cepa, empresarios arrolladores, líderes. Los padres exigen resultados que compensen sus sacrificios. Los profesores también, para preservar el prestigio que tan buenos dividendos les reporta. El muchacho en cuestión es el centro de una olla a presión. Hasta en los deportes lo que importa es el triunfo, la medalla. Y así se van conformando los perfiles competitivos que exige el patrón de la sociedad imperante y se van educando los jóvenes para amoldarse a él. Lo que produce el sistema está a la vista: violencia, ambición, brutalidad, especulación, guerras... Y los padres menos acomodados también educan a sus hijos para que prosperen y medren y se inserten en el sistema, que es donde se está bien. Y también dan mucho.

Los padres educan a sus hijos, algunos a costa de grandes sacrificios, en el temor y en el egoísmo; en la ambición de llegar a ser poderosos, influyentes. Es la formación de uno para uno, del medro personal arrollando lo que se interponga. ¿Quién se plantea de verdad que la mayor aspiración del ser humano debería ser descubrir la verdad o la felicidad? ¿Dónde hallar algún centro ocupado en la investigación de la infelicidad, en el examen de sus causas / efectos y en el modo de cómo abordarla para así evitarla? Si evitamos la infelicidad ¿con qué irremediabilmente habremos de topar?

Uno da lo que tiene, manifiesta lo que es. Y uno es -mientras no se haya depurado- la educación recibida, los esquemas imperantes, los moldes sociales, las tradiciones. Hay que ver con claridad lo que es uno, pues eso proyectará, y eso recibirá. Ver con claridad lo que es, la realidad de las cosas, es el único proceso depurativo que diluye las arenas y residuos del condicionamiento. Por ello hemos de emprender la ardua tarea del autoconocimiento. Por nosotros mismos y por los demás. Entonces uno sabrá discernir y absorberá y reflejará lo que conviene al todo, que es lo que conviene a uno. El bloque, que es lo que importa, se beneficiará de eso.



- Según Don Marcos -

## 17. VER Y OIR

### EVANGELIO

*Los discípulos se habían olvidado de llevar pan y sólo tenían uno en la barca. Jesús les hizo esta amonestación "Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de la de Herodes". Ellos comentaban "Es que no hemos traído pan". Jesús, dándose cuenta les dijo: "¿Por qué comentáis que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis encallecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís?".*

### DON MARCOS

Corazón encallecido, ojos que no ven, oídos que no oyen. Parece que a algo tan simple se reduce el problema.

Estamos dormidos y nuestro sueño es una perenne pesadilla. Hay que despertar como despierta Saulo, en un instante, fulminados por el rayo. ¿De qué rayo se trata? El rayo de la comprensión, que no requiere más que ojos que vean lo que sucede, oídos que escuchen lo que se dice, y corazón para prestar suma atención a lo que acontece.

Así la comprensión es fulminante: uno no ha de amasar ninguna levadura para elaborar el pan. La realidad, lo que es, se ve o no se ve; no vale el decir me prepararé a fondo para aprender cómo ver la realidad. Eso es tan tonto como decir: poco a poco dejaré de ser celoso o mentiroso o envidioso. Uno es o no es. Si me establezco la meta de dejar de mentir para un futuro, continuo siendo un mentiroso cuanto menos hasta ese futuro, caso de conseguirlo. Si veo que miento y que en eso no debo incurrir, debo dejar de mentir ahora mismo, no mañana ni la semana que viene regulando a la baja el nivel de mentiras.

¿Qué puede significar tener el corazón encallecido? A los labradores les salen callos en las manos de trabajar duramente la tierra. ¿Nos ocurre a nosotros lo mismo? ¿Hemos trabajado muy duramente nuestro corazón hasta el punto de encallecerlo? ¿Y qué significa trabajar el corazón? El labrador trabaja la tierra para obtener fruto de ella; ese duro trabajo encallece sus manos, es decir llega a privarles de su sensibilidad natural. Encallecer el corazón podría significar privarle de su sensibilidad natural.

Atribuimos al corazón los más nobles sentimientos, es el foco de amor, de la bondad, de lo más hermoso de la vida. ¿Eso es algo que se aprende, algo que haya que estudiar y practicar o, por el contrario, es algo que brota espontáneamente? Si brota espontáneamente, ¿qué sentido tiene empeñarse en trabajar el corazón?, ¿se trata de encauzar esa espontaneidad conforme a determinados fines? ¿Y una espontaneidad encauzada es acaso espontánea?

Somos seres pensantes, decimos muy ufanos. Esa facultad de pensar nos distingue de los animales, nos convierte en seres superiores. Y tan a pecho nos hemos tragado lo de seres pensantes que parece que sólo somos eso, pensamiento. Todo el santo día nos lo pasamos pensando, hablando externa o internamente con otros o con nosotros mismos. Todo eso es pensar, pues las palabras son herramientas del pensamiento; sin palabras o signos no es posible pensar. ¿Y en qué piensa uno? En infinidad de cosas, aunque todas están enlazadas por un mismo denominador común: uno piensa para sí mismo. El centro del pensar es uno mismo: mi familia, mis proyectos, mis ambiciones, mis ideas, mis temores. Es un hecho que debemos comprobar, conviene ser empírico en todo, es decir, hemos de observar, examinar y experimentar. Pensamos en nosotros mismos y para nosotros mismos. Cuanto sucede en el mundo lo traducimos a cómo afectará a nuestro mundo privativo, al mío en particular, al de mis hijos, al de mis padres, a mi mujer o a mi marido, etcétera. Así es el acto del pensar.

Pensamos y actuamos. Del pensamiento surge la acción que no tiene por qué ser simultánea, sino que frecuentemente se dilata en el tiempo. Mañana seré mejor, he de corregir tal defecto, deberé poner más atención en lo que hago. De un modo u otro los actos derivan del pensamiento y el pensamiento es para uno, es egocéntrico. ¿Pueden entonces compaginarse los nobles y espontáneos sentimientos del corazón con la función del pensar? Lo que es, es; no es lo que me conviene que sea.

¿No es verdad que hemos ahogado tantas veces el franco latido del corazón que hemos terminado por acallararlo; que hemos taponado demasiadas veces el grifo, porque no nos interesaba; que es imposible que su fluir sea incesante?

Pensar es necesario. El pensamiento tiene su campo. Pero ¿ha de ser omnipotente? ¿Qué puede significar que teniendo ojos, no vemos; y oídos, no oímos?

Desde luego significa que ponemos vendas en los ojos y tapones en los oídos, y así no podemos encarar la realidad tal cual es, sino a través de filtros. Esos filtros son condicionamientos derivados de la educación y de la tradición, y de ellos -depositados en la memoria- se abastece la función del pensar.

Por qué no preguntarnos: ¿hemos de estar pensando incesantemente?, ¿hay alguna ley que así lo especifique? ¿Y si probamos la observación, solo eso?

Observar es prestar total atención a una cosa: con la plena observación uno dedica todos los sentidos a la cosa que se observa, y en ese estado se aprende de la misma. La cosa informa y uno aprecia lo auténtico, lo que es.

Lo que es, es lo único que existe; lo demás es ilusión, y la ilusión no es real. Todos estamos capacitados para ver la realidad, para encararla directamente y así entenderla. Lo mismo puede decirse del escuchar, escuchar con atención. Cuando escuchamos atentamente entendemos lo que se nos dice, se produce la comunicación real. Por todo ello es imperativo que el pensamiento no actúe incesantemente, que se tome un respiro y evite abarcarlo todo. En ese respiro, durante esa pausa, nos liberamos de palabras, filtros, y condicionamientos; y la realidad nos llega en la sintonía que se emite, tal cual es.

Cuando el Evangelista Marcos refiere que Cristo hacía oír a los sordos y ver a los ciegos a mi me complace pensar que en un auditorio cargado de prejuicios -como estamos todos- se producía el milagro de la atención sin filtros, inmaculada; y así era posible escuchar la verdad, la realidad de las cosas; y ver la realidad, la verdad de las cosas.

Lo que no es poco milagro.

- Según Don Marcos -

## 18. NEGAR

### EVANGELIO

Jesús llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo:

*“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá”.*

### DON MARCOS

La vida suele ser una permanente afirmación del sí mismo. Observemos nuestra mente y su movimiento constante, apreciamos cómo -ahora y siempre- gira en torno a sí misma: mis proyectos, mis preocupaciones, mis deseos, mis temores.

El sí mismo es el yo. El sí mismo es un mundo minúsculo e insolidario que se cierra ante los demás. Cada vez que la mente dice lo mío, mi, yo... está afirmando su condición de mundo aparte, de minúscula partícula desgajada del bloque unitario; está reforzando su actividad egocéntrica, el ego o yo como centro de todo. ¿Y puede ser uno el ombligo del mundo? ¿Acaso no es eso un temerario endiosamiento? ¿Empieza y termina la vida en uno mismo?

La vida es anterior a uno y la vida seguirá después de uno, así que somos eslabón fugaz de una inmensa cadena eterna. Lo que procede es integrarnos en la cadena para que ésta, lo que importa, fluya más fácil, sin resistencias. El sí mismo quiere ser cadena, él solo, al margen de los demás. ¿Cabe más necia pretensión?

Uno no es punto y aparte. Uno ocupa físicamente un lugar bajo el sol, pero uno se calienta con el mismo sol que calienta a todos. Por eso somos uno y somos todo. El yo conjuga solo el uno. Negar el yo, negar el sí mismo, implica ser también los demás, es decir, sentir el todo. Negar el sí mismo es alcanzar la mayor cota de coraje, disfrutar de la más pura expresión de libertad, y del mayor acopio de energía. Claro que negarse a sí mismo no es un propósito, entonces se estaría en el yo y sus triquiñuelas; sino una atención constante, una disposición permanente de alerta para así evitar que florezca el ego cuando empieza a gestarse. No floreciendo el ego, el sí mismo, el punto y aparte, se está en el todo. Para ello hay que contemplar la vida como algo factual, como una sucesión de hechos que hay que abordar cuando se producen, no como una sucesión de planes, metas e ideales. En lo material uno diseña una casa, se prepara para ejercer un

trabajo, todo eso es normal; pero en lo interior, en lo psicológico ¿qué necesidad hay de formar esquemas e ideales, qué sentido tiene el debería ser más que el de confortarse que en el futuro será mejor?

¿Existe el futuro en lo psicológico? ¿Si en el futuro será bueno no quiere decir que hoy consiento y admito que soy malo? ¿No hay que ser más radicales, dejar de ser violentos ahora, dejar de ser ambiciosos ahora?

Cualquier plan que aborde el pensamiento será para uno mismo, puesto que el pensamiento es egocéntrico, el yo es un centro y sólo piensa para él. ¿Cómo el pensamiento puede saber lo que es más conveniente a la totalidad?

Cuando el pensamiento se establece una meta “espiritual”, así entre comillas, está pensando solo en su alma, en su propia salvación. ¿Y es serio plantearse la salvación de uno al margen de los demás? ¿Un buen padre se preocupa de su comida desentendiéndose de la comida del resto de la familia?

Por muy manida que resulte la frase, constituimos todos una gran familia, o mejor aún, un solo cuerpo; y todo miembro del mismo que se desentienda de los demás para ocuparse exclusivamente de sí mismo está condenado a la marginación, y por tanto, al dolor.

Negarse a sí mismo implica ser receptivo y sensible a cuanto nos rodea. De esas condiciones surge la acción correcta, la que no nace del ego, del mí mismo. Negar lo que separa es afirmar lo que une. Negar la mezquindad del yo es afirmar la solidaridad del todo.

## 19. GANAR

### EVANGELIO

*¿De que le sirve al hombre ganar el mundo entero, si echa a perder su vida?*

### DON MARCOS

Para imponer un plan de paz se desencadena una guerra. ¿Es posible llegar a la paz recorriendo el camino de la guerra? ¿Desde la fealdad se llega a la belleza, por la maldad a la bondad, de la codicia a la generosidad,... se va por mar a Madrid?

La guerra ocasiona dolor, destrucción, odio, miedo, desolación y muerte. ¿Son estas semillas de paz?

¿Es la vida la pertenencia más sagrada del hombre?

¿Es el hombre la criatura predilecta de la creación?

¿Es el planeta Tierra el planeta de los hombres?

¿Importan mucho, poco o nada un puñado de vidas segadas?

¿Quién decide, y por qué, y en base a qué, que cien o mil personas han de morir?

¿Pueden darse argumentos suficientes para justificar la muerte, no ya de mil personas, sino tan solo de una?

El hombre contra el hombre, no el hombre con el hombre ¿Por qué?

El egoísmo ambiciona, el miedo agrede, el nacionalismo coloniza.

Miedo y egoísmo son la misma cosa, el nacionalismo tiene que ver con las dos, que son la misma causa-efecto, y con la ignorancia, la desinformación, la propaganda.

El miedo determina alguna suerte de protección.

Si temo al hombre acumularé víveres, me proveeré de posesiones, fincas, acciones,... y me apegaré a ellos para garantizarme no pasar necesidad. Si temo alguna agresión física o moral me blindaré con guardaespaldas, amigos, familia, influencias. Si temo a mi ignorancia me rodearé de libros, educadores, tutores y maestros. Si temo al vacío espiritual me integraré en una secta, o en una religión, o me dejaré conducir por algún gurú que me confortará con bellas esperanzas.



Así es como el hombre propende hacia la panacea de la seguridad física, intelectual o moral.

Como me siento inseguro me afano en lograr la seguridad absoluta. ¿Es esto posible, no estaremos persiguiendo una ilusión y en esa persecución desencadenamos un terrible dolor? ¿No será que en la persecución de la seguridad personal, que puede que sea utópica, ocasionamos una gran inseguridad social?

No hay duda alguna que en el proceso frenético de acumulación (egoísmo por cuanto me ocupo de mi, que deriva en ambición, puesto que acumulo para mi) producimos convulsiones sociales dado que retiramos del acervo común algo en beneficio particular. Desequilibramos, pues, el reparto. Mi temor a no tener ha agredido al fondo común que podría inspirar un reparto equitativo. Pero además mi miedo ha fomentado la tribu, un conjunto de personas, bienes y voluntades amalgamadas en función de unos intereses o idearios que formen una sola causa.

El hombre es un ser universal y lo es porque comparte un mismo proyecto: vivir en la tierra en unas condiciones de ser esencialmente idénticas al resto de los humanos. Lo que hermana a los hombres, en el sentido más noble y estricto de la palabra hermanar, lo que nos hace esencialmente iguales, es que somos hombres y como tales pensamos, soñamos, amamos, tememos, dormimos, gozamos, comemos, bebemos, respiramos,... esencialmente de la misma manera y según el mismo proceso. Siendo esto así el hombre es universal, aquí y en el otro cabo del mundo, pues no hay diferencia sustancial entre los hombres que nos discrimine. Uno podrá pensar de una manera y otro de otra, pero el proceso del pensar, la "técnica" mediante la cual el pensamiento se produce, es la misma. Uno será blanco, otro negro, pero el esqueleto, los órganos y sus funciones son las mismas en ambos.

Siendo lo mismo, estando en el mismo tiempo y el mismo planeta, significa que somos partícipes de un solo proyecto que por definición ha de ser universal, de todos y para todos.

Las tribus dinamitan ese proyecto. Llamémosle como queramos a esas tribus: naciones, religiones, familias... Ellas dinamitan la universalidad del hombre y su proyecto.

Si somos universales, ¿por qué tememos? Si formamos parte de un plan universal, ¿por qué creamos nuestro plan particular?, ¿qué de universal puede haber en mi plan, el tuyo y el de más allá?

Quién siente su universalidad no teme, confía en la vida, sabe que ella velará por él; pues solo así puede entenderse la contribución de uno al Gran y Único Proyecto. Uno ha de estar dispuesto y alerta, solo así contribuye, solo así está en el lugar preciso cuando es preciso. Los que tienen esta percepción y este sentimiento no buscan seguridad alguna, saben que buscarla es quebrantar las leyes universales y que solo dentro de estas leyes - que implican el carácter subordinado de la vida de uno en pos de la evolución de la vida de todos-, solo en esa actitud, uno está seguro y conforme.

La vida es sagrada. Nadie puede atentar contra ella. Las tribus, por diseño y concepción, son instrumentos de agresión porque nacen de la cobardía, y la cobardía es cruel. Nadie tiene el monopolio de la verdad así que nadie puede imponerla y mucho menos por la fuerza más cruel: la fuerza de las armas.

Las tribus que se auto nominan naciones son sistemas de protección de los ciudadanos acogidos a su nacionalidad. El sistema impone sus reglas: o dentro o fuera. Lo de fuera perturba, no es del sistema, atenta contra la tranquilidad establecida; por ello a la menor oportunidad hay que fagocitar o destruir lo que es extraño, aunque se sieguen mil vidas, o un millón. Importa el sistema, no las personas, y el coste de vidas humanas no deja de ser una desgracia inevitable. Esa es la lógica del sistema en el que estamos.

La realidad es bien otra: la vida es sagrada y ningún sistema conduce a la Verdad. Nadie es guardián exclusivo de la misma y, en consecuencia nadie puede imponerla.

- Según Don Marcos -

## 20. DESPERTAR

### EVANGELIO

*Jesús dijo: "Gente incrédula ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que soportaros?"*

### DON MARCOS

Como profesor lo puedo decir: nada más desalentador que la indiferencia de los alumnos. Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo, frío o caliente, pero nunca tibio. La conformidad o disconformidad respecto de lo que se ha tratado de comunicar o participar, implica un grado de interés, de escucha activa. A favor o en contra, pero nunca al margen.

Cristo debió de desesperarse y habla de soportar. ¿Qué ha pasado? Seguramente que se desgañitó y con poco éxito, que con palabras y obras debió explicar hasta la saciedad su magisterio y sus más próximos seguían sin vibrar. Probablemente le hubiese disgustado menos que renegasen de Él y lo abandonasen antes de que le siguieran en un estado tibio o poco resuelto.

Nos cuesta mucho aprender ¿Por qué? Una parte importante deberá ser atribuida a la pereza. Para esforzarnos parece que requerimos de algún estímulo. Lo que nos interesa, lo que nos gusta, lo hacemos sin pereza alguna, con entusiasmo. Si me gusta cocinar disfruto cocinando para los amigos, si me gusta andar en bicicleta cuando lo hago no siento que me estoy sacrificando sino, bien al contrario, disfruto al realizar el ejercicio. Cuando algo no me gusta, y por alguna razón me veo obligado a hacerlo, es cuando lo paso mal.

Así pues, parece que la pereza va y viene por barrios según el interés y gusto que uno sienta o no por ellos. ¿Será entonces que lo que Cristo decía no gustaba o no tenía interés?

La curiosidad es esa facultad que permite interesarse por todo. Los niños son muy curiosos: todo lo quieren saber, respecto de todo preguntan, no hay cosa que no les apetezca llevárselo a la boca por ver a qué sabe, o tocarlo con las manos por sentir cómo

late. Los viejos sienten menos, mucha menos, curiosidad. Lo normal es que exceptuando las cuatro cosas cotidianas que les afectan muy directamente renuncien a saber, o descubrir. ¿Qué es lo que pasa desde la infancia a la vejez para cambiar tanto? Pasa que la persona se ha llenado de conocimientos, que ha llegado a saber mucho, que los interrogantes que se planteaban ya han sido respondidos o están sencillamente arrumbados en el monte del olvido y de ese modo la curiosidad se ha secado.

El niño pregunta y se le responde. Lo hacen los padres, los maestros, lo hacen los libros, lo oye por la radio, se lo repiten los periódicos, se lo muestra la televisión. El sistema impulsa su propaganda contaminante y sus secuelas llegan prácticamente a todos los confines. El niño va obteniendo respuestas y con ellas va sofocando sus ansias de conocer. ¿No reconocen este proceso? A los niños se les confieren pocas posibilidades para descubrir; todo les es dado machaconamente para que se integren en la estructura y formen parte disciplinada de la misma. El sistema piensa en si mismo, en su fortalecimiento, y para eso requiere ciudadanos sumisos. Sofocada -que no saciada- la curiosidad, dado que la educación imperante no propicia el descubrimiento individual sino que favorece el dogma, las reglas de conducta que uno ha de obtener se introducen entre la piel del individuo para condicionarlo debidamente. A partir de entonces descondicionarse resultará muy difícil. La semilla ha calado hondo a base de plantarla muy profundamente y abonarla asiduamente. El fin está cumplido.

La educación es intoxicante, los sistemas contaminan.

Cristo habla y habla; opera -certifican los Evangelios- hechos asombrosos; no se cansa de predicar y muchos, la mayoría, están tibios. Y Cristo debió desesperarse al apreciar tanta resistencia.

El auditorio tiene sus esquemas, sus principios, ya sabe. Y le aterra descartar todo eso y abordar una nueva aventura que no sabe a dónde habrá de conducirlos. Tienen miedo, por eso son incrédulos.

Fe es no temer. Y ellos temen. ¿Temen qué? Temen, fundamentalmente, quedarse sin respuestas, sin referentes culturales. Temen descartar lo que les han dicho, la sabiduría de los mayores. Temen emprender quién sabe qué aventura insensata sin ningún asidero.

Los conocimientos, la educación, la propaganda,... embotan la mente. Una mente embotada pierde frescura, pues está privada de curiosidad. De ahí su pereza, su falta de interés hacia lo nuevo. El aferrarse a algo, a un credo, a unas pautas; genera su propio

temor a perder eso que se cree poseer, a que se escurra la fingida confortabilidad que produce saber algo.

Pereza, falta de curiosidad, miedo. ¡Hasta cuándo habremos de soportarlo! ¿Cuándo se producirá el despertar? Únicamente cuando nos atrevamos a ver las cosas conforme son. Cuando uno descubre los mecanismos de su condicionamiento inicia el proceso de descondicionarse.

- Según Don Marcos -

## 21. VIDA

### EVANGELIO

*Los discípulos habían discutido acerca de cuál de ellos era el mayor.*

*Jesús les dijo “el que quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos”.*

### DON MARCOS

Halaga mi vanidad quien alaba alguna cualidad personal mía. Si alguien me dice “eres muy elegante” mi reacción natural será de agrado por ese concepto que de mi se tiene. Si otro me dice “eres un brillante orador” me ocurrirá lo mismo.

A ese agrado que uno siente le llamamos vanidad. ¿En qué consiste la vanidad? Mediante la vanidad uno se distingue de los demás en el sentido que se auto considera mejor, más elegante, más inteligente, más preparado. Está por encima.

La ambición es la intención o propósito de ser más, de alcanzar grandes cotas, de figurar o destacar. El reconocimiento y ostentación de haber alcanzado esas metas distinguidas la conocemos como vanidad, y el indisimulado orgullo de destacar en algo hace al hombre vanidoso. Yo añadiría que insoportable.

Los apóstoles pugnan por ser el primero, como cualquier hijo de vecino. El figurar, el destacar, está muy enraizado en la naturaleza humana. Todos queremos ser más, todos queremos relumbrar. En todos hallamos ambición. Y esa ambición, lícita se dice, es alentada por la sociedad. Se supone que esforzándose en ser más se rinde el mejor servicio social. ¿Es esto así? Los hechos permiten contrastes, mientras que las palabras se las lleva el viento.

Hechos: ¿es el mundo laboral permisivo, condescendiente, o es cruel, despiadado?

¿Es la política amable y transparente, o no entiende otro lenguaje que el de la conveniencia y el poder?

¿Es la vida social apacible, o recelosa?

¿La relación familiar es confiada y subsidiaria, o incluso en ella se establece una especie de pugna particular?

¿Las religiones son auténticamente universales, o locales y partidistas?



¿El reparto de riqueza es justo, la justicia es ecuánime, la educación inteligente, las prestaciones sociales amplias, la convivencia pacífica, el respeto a la vida sagrada, la libertad un valor indiscutible,...?

Si por el fruto habremos de conocer el árbol, no parece que de la simiente de la ambición se desarrolle el mejor escenario para la vida en común. Porque una cosa es querer ser más -uno destacando frente a los demás-, y otra bien distinta es servir a los demás -uno con los demás, a través mío para otros-.

Esforzarse no es lo mismo que dedicarse: el esfuerzo es un sacrificio, la dedicación no; el esfuerzo surge con fricción, la dedicación fluye con facilidad, aunque no por ello tenga menos intensidad.

El que quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos.

Querer ser el primero es un producto de la mente, pura ambición. Hay que vaciarse de esa ambición, negarla. Ser el último es no participar en la carrera para ser el primero, es quedarse al margen. Quedarse al margen no quiere decir estar quieto e indolente, sino no mirar por el rabillo del ojo a los demás para derrotarlos. Ser el último es no optar a ser el primero. Si uno no es vanidoso, es humilde. Si uno quiere ser humilde, no es humilde. Si yo quiero ser fuerte es porque soy débil. En el querer ser hay ambición, no humildad. Negar la vanidad cuando se produce es impedir que florezca, y si en uno no florece la vanidad, ¿con qué se queda?

El que sirve da, y da a todos; luego es el más grande. Quien sirve a los demás está dando; quien es servido disfruta del regalo de otros. ¿Quién es pues, el más grande? Siempre el que regala: la generosidad es dar sin que jamás haya que rendir cuentas por ese acto.

*Llegado a este punto Don Marcos no se resistió a leernos un inocente cuento, según nos dijo escrito por él siendo muy joven. Se disculpaba por los defectos de narración, pero aun a pesar de eso insistía en leerlo por coherencia consigo mismo. El cuento en cuestión se titulaba: "El más apasionante de los juegos". Decía así:*

*Arabanás era hijo del emperador. En su lengua el nombre significaba, hijo del más grande.*

*El más grande era Banás, su padre, el más poderoso guerrero. Recalcitrante conquistador aumentaba cada año sus vastos dominios.*

*No podía Banás, de ningún modo, atender la educación de su único hijo puesto que las incesantes batallas y sus complicados asuntos de gobierno le absorbían por completo. Es por ello que Arabanás, cuya madre murió en el parto, fue confiado para su educación a un selecto grupo de preceptores.*

*Los juegos fueron un factor decisivo en su educación. En palacio todo era un juego, incluso cuando fue iniciado en las armas. Puede decirse, sin temor a exagerar, que la larga infancia o adolescencia de Arabanás fue un juego que disfrutó con deleite. Amaba los juegos y nada en la vida le parecía más importante que jugar.*

*Hubo un momento en que el joven sucesor debía ser adiestrado en asuntos de gobierno. El consejo de preceptores resolvió que la toma de contacto con la pura realidad sería la mejor manera de aprender el duro oficio que desempeñaría algún día. Por ello decidieron que Arabanás acometiera un largo viaje por los confines del imperio acompañado de dos preceptores y cinco asistentes.*

*La cruda realidad desfiló entonces ante sus ojos. Pudo conocer la miseria y la desolación, la enfermedad y la muerte, la pobreza y la ambición, la violencia y la ternura, el desprendimiento y el egoísmo, la pasión y los celos, el frío y el calor, el hambre y la sed, la belleza y la abnegación, la humildad y la soberbia.*

*Sería difícil describir el impacto que aquellas experiencias produjeron en el hijo del Emperador, que absorbía todo con ojos muy atentos.*

*Tras largos años de periplo viajero regresó a palacio. Quiso la fatalidad que su regreso coincidiera con la muerte de su padre, herido de gravedad en una cruel batalla.*

*Tuvo, pues, que asumir de inmediato las responsabilidades de gobierno sin tiempo siquiera a digerir tanta impresión.*

*Reunido consigo mismo, como acertó a decir, meditó profundamente la primera decisión a adoptar. Al fin reunió a los sabios del reino para comunicarles su decisión, que les sonó estrambótica: debían inventar un juego. He visto mucha infelicidad entre el pueblo, argumentó, y deberéis inventar un juego que, al jugarlo, evite esa infelicidad.*

*El encargo se propagó por todos los rincones a velocidad de vértigo, y poco después, en un gota a gota persistente, cientos de fórmulas ingeniosas le fueron*

presentadas. Ninguna de ellas complacía a Arabanás puesto que todas incurrían en el mismo defecto: alguien ganaba y por tanto otro u otros perdían. El había jugado mucho y se había percatado, claro está, que le dejaban siempre vencer. Por ello quería que la pasión del juego se retomara sin la tensión del resultado que indefectiblemente eleva a uno como triunfador y, por consiguiente, a otro lo degrada como perdedor. Evitaba incluso el argumento que al menos el triunfante era feliz pues, decía, al ser éste estimulado por la victoria sufría por si no la conseguía, y habiéndola conseguido, sufría también por si no la podía repetir en el futuro. El tránsito hasta ganar, la tensión del encuentro, tampoco era un tránsito feliz. Debía ser un juego sin veredicto, sin premio, para alejar la tentación de la disputa, dado que en la disputa hay conflicto y del conflicto no puede nacer la felicidad.

Llegó un sabio y le dijo, el juego que pretendéis, Emperador, es un juego interminable. Sólo en la conclusión uno gana y otro pierde: si nunca termina nadie resulta triunfante ni nadie derrotado.

El emperador preguntó

- ¿Y si uno tiene conciencia de ir ganando o perdiendo, le producirá eso felicidad o infelicidad?
- Mientras no concluya no hay veredicto sino sólo impresiones y las impresiones son pasajeras y mudables, contestó el sabio.

No muy convencido Arabanás preguntó:

- ¿Y qué juego es ese?
- No lo se aún. Seguiré investigando, prometió el sabio.

Otro sabio irritado le espetó

- La felicidad no existe Emperador. Estáis persiguiendo un imposible. Arabanás.

A lo que replicó Arabanás:

- ¿Es real la infelicidad?

Respondió el sabio

- Sí

Pues me conformo con encontrar el juego que evite la infelicidad, dijo el Emperador. La infelicidad es real como son reales las guerras. Yo he terminado con éstas, ayudadme vosotros a desterrar de una vez la infelicidad.

*Un tercer sabio le preguntó:*

- *Majestad, para mejor discurrir en vuestro encargo convendría que me dieseis alguna pista. ¿Qué es lo que tratas de eludir aboliendo el premio que siempre ha sido consustancial al juego?*
- *La ambición, respondió el Emperador.*
- *¿Por qué? preguntó el tercer sabio.*
- *Porque es la semilla más desestabilizadora de la sociedad. Y añadió: en los campos de batalla hay muerte y desolación, ¿y que hay detrás de una batalla más que la ambición de gobernantes ebrios de poder como le ocurría a mi padre? Los celos ocasionan disputas y acaso muerte, ¿qué hay detrás de los celos más que ambición por poseer?*  
*Por herencias hay muertes, y por las lindes de las huertas, y si no acaban segando vidas -que es lo más que puede perder al ser humano- ocasionan heridas físicas o psicológicas terribles como la peste ¿Y qué hay detrás de eso más que ambición? La ambición es la peor semilla que uno puede sembrar en el corazón de los hombres. En la política hay cadáveres y en el trabajo deslealtad, porque hay ambición.*  
*Por ello en modo alguno quiero alentar la ambición por ganar: cuando en un juego uno juega para ganar el disfrute desaparece para emerger la ambición con todas sus dañinas consecuencias.*

*No daban los sesudos varones con la fórmula que complaciera a Arabanás y ya corría entre el pueblo el rumor de que el Emperador estaba solicitando un imposible, cuando de forma ciertamente inesperada el curso de los acontecimientos siguió un rumbo bien distinto... Tijerecillo era el peluquero real. Resultaba muy diestro en ordenar los cabellos y rasurar las barbas, por lo que desempeñaba ese cargo desde hacía bastante tiempo. Hombre prudente no se distinguía por su locuacidad, y mucho menos se hubiese atrevido ante el poderoso Banás, si bien aquél día, viendo tan afligido a Arabanás se atrevió a preguntarle:*

- *Dicen, joven Emperador, que andáis muy triste porque nadie encuentra la receta del juego que deseáis.*
- *Así es - contestó con desgana Arabanás.*
- *Si me permitís os diré que lo que estáis buscando es algo que de muy antiguo está ya inventado - dijo el barbero con tono tranquilo.*
- *¿Qué dices Tijerecillo?-repuso el Emperador-. ¿Sabes bien lo que estás diciendo? -añadió muy sorprendido.*

- *Creo que sí, señor -respondió humildemente el barbero-. Hace mucho, mucho, que fue inventado.*
- *¿Y cómo siendo así yo no lo conozco?, dijo el Emperador.*
- *Porque se está jugando mal, señor, por eso no lo reconocéis. Las reglas se han alterado -siguió diciendo el barbero mientras proseguía su labor-.*
- *Estoy refiriéndome a un juego en el que no se produzcan vencedores ni vencidos -recalcó Arabanás.*
- *Es decir que todos jueguen a favor y ninguno en contra -puntualizó el barbero.*
- *¿Es eso posible? inquiría interesado el Emperador.*
- *¡Cómo no va serlo! -replicó el barbero-. Uno es los demás y los demás son uno.*
- *Me temo que no te entiendo muy bien Tijerecillo.*
- *¿Tiene algún sentido que en el cuerpo humano una pierna disfrute egoístamente de su salud y manifieste que le trae sin cuidado el dolor de un brazo de ese mismo cuerpo? ¿No está todo interconectado? ¿Brazos y piernas no son cuerpo, y habiendo algún miembro en deficiente funcionamiento no es el cuerpo el que sufre, provenga el dolor de donde provenga? ¿Y si el cuerpo está mal no se sienten mal sus miembros? ¿No habrán de procurar todos los miembros del cuerpo, todas sus células, proveerse de salud para que el cuerpo entero esté sano? ¿Y no será esa salud total, la salud particular de todos? ¿No puede entenderse entonces, que uno es los demás y los demás son uno, y que lo que afecta a uno afecta a todos, y así crear esa corriente de simpatía que sin distinguos beneficia? ¿No es eso jugar a favor y ninguno en contra?*

*El Emperador, sorprendido, se atrevió a decir:*

- *Me temo Tijerecillo que me estoy ya imaginando el nombre del juego en que estás pensando.*
- *Estoy seguro, señor -aseveró el barbero.*
- *¿Acaso piensas que el juego que busco es la vida misma, Tijerecillo? dijo el Emperador un poco asombrado.*
- *¡Qué otra cosa podría ser, señor! -confirmó un sonriente barbero.*
- *Pero la vida no es así, Tijerecillo -protestó el Emperador.*
- *Si me permite, Señor, sostendré que la vida es así -dijo resueltamente el barbero-. Somos nosotros, los hombres, los que no queremos interpretarla así. Pero es conforme la imaginó en su juego.*

- *Por de pronto la vida no es un juego -cortó Arabanás-.*
- *¿Qué idea tenéis del juego, señor? preguntó hábilmente el barbero.*
- *El juego es pasión, respondió sin dudar el Emperador.*
- *Pues entonces la vida es el juego más apasionante que podáis concebir - adujo el barbero.*
- *Continúa hablando, por favor -rogó el Emperador.*
- *Según entiendo Señor, -continuó Tijerecillo-, el cuerpo humano constituye un universo cuyo funcionamiento está inspirado y sincronizado con el funcionamiento de otro Universo superior y aún éste es muy posible que esté concebido a imagen y semejanza de otro u otros superiores y más distantes. Estimo que el Creador hizo de nuestra Tierra una esfera que a su vez está integrada en otra mayor que conocemos como Universo. El caso es que las esferas no tienen rendijas ni fisuras, es decir, no hay vías de escape en su seno; por lo que todo lo que suceda dentro de ella ahí se queda: cuanto hace el hombre revierte al hombre, a la humanidad, sin que quepa diferenciar -pues sería pueril- que uno es pierna y otro brazo. Entre todos formamos el todo y lo que se vierte al todo rebota a favor o en contra del todo. Así lo veo yo.*
- *Pero la vida empieza y termina -apuntó el Emperador-. Uno de mis sabios dijo que el juego que yo quería no podía tener final.*
- *Mi vida empezó y terminará y la suya, pero la vida continuará -matizó el barbero-. La vida es el fluir incesante del arroyo de aguas permanentemente renovadas.*
- *¿No hay premio ni castigo?, insistió el Emperador.*
- *Cuando uno alcanza a sentirse todo actúa para el todo a cambio de nada. Sencillamente hace lo que tiene que hacer porque tiene que hacerlo. Así de simple.*
- *¿Tampoco ambición? -pregunto el Emperador-.*
- *Ninguna señor: ¿hay ambición en las flores por dar su mejor perfume, o en los árboles por ofrecer una más serena majestuosidad? Apuntó bondadosamente el anciano barbero.*
- *¿Tal vez infelicidad? -expuso tercamente Arabanás-.*
- *¿Por qué, Señor? En hacer convencidamente lo que hay que hacer no cabe el conflicto, no hay contraposición, no hay contraste de intereses o deseos; no hay ni deseos, sólo acción correcta -afirmó muy serio el barbero-.*
- *¿Sabes, Tijerecillo, qué hay detrás de la ambición? -preguntó el Emperador-. Hay miedo ¿verdad?*

- *Sí, Señor -asintió el barbero.*
- *Y en la vida, ¿no hay miedo?*
- *En la vida correctamente interpretada, no -dijo el barbero-. Uno no se aferra al pasado ni se proyecta al futuro; uno no almacena ni acumula, por tanto no teme. Se deja al todo la iluminación de los actos y también la provisión de las necesidades. No hay miedo en ello porque uno no busca seguridad para sí o para los suyos.*
- *¿Qué me recomendarías tú, sabio Tijerecillo? -solicitó el Emperador tras una pausa-.*
- *Pues, Señor, que desde vuestro poder e influencia expliquéis claramente al pueblo la verdad de la vida, la realidad de las reglas de juego.*
- *¿Para educarlo? -preguntó el Emperador-.*
- *Para despertarlo -corrigió el barbero-.*

*Arabanás, estupefacto, apresuró una última pregunta viendo que el anciano barbero concluía su trabajo.*

- *Tijerecillo dime cómo es que no has pasado de barbero.*
- *Señor, soy barbero porque es lo que mejor se hacer, y lo que hago con más gusto, -dijo mientras guardaba cuidadosamente sus utensilios.*

## 22. CUERPO

### EVANGELIO

*Los discípulos quisieron impedir que otro que no iba con ellos realizase prodigios. Jesús les dijo: "El que no está en contra de nosotros está a nuestro favor".*

### DON MARCOS

La ley es una y ante ella solo se puede estar a favor o en contra. No hay término medio.

Imaginemos una familia que vive en la orilla de un gran río. La vida es dura en ese sitio, la tierra árida, la pesca escasa, azotan las lluvias que todo lo inundan. Viajeros vienen contando alabanzas de la otra orilla, de cómo la tierra es agradecida, el tiempo amable, la pesca abundante. La familia, alentada por esas noticias, decide al unísono emprender la aventura que les llevará a un mundo mejor, a la otra orilla. Tras la decisión, la acción. Todos tienen una tarea asignada: habrá quienes procurarán madera para construir la balsa; otros recogerán los avíos con los que se instalarán en la nueva casa; o cuidarán de los animales domésticos, o se ocuparán de recolectar semillas con las que sembrar; ordenar el ajuar y empaquetarlo; entretener y cuidar de los pequeños; procurarse víveres para la travesía, etcétera.

A continuación vendrá la travesía en sí. Los más jóvenes deberán hacer el mayor esfuerzo, todos colaborarán como lo harán cuando lleguen al otro lado del ancho río. Montarán un nuevo hogar, roturarán la tierra y sembrarán, explorarán el terreno. En esta familia todos tienen asignada una tarea para el proyecto común.

Quien esté en contra, quien desentienda su función, está perjudicando el proyecto de todos. Así de fácil.

La vida es un proyecto en común. Quien no esté a favor del mismo, está en su contra. En la familia del ejemplo quien estaba mejor dotado para la cocina cocinaba, y el más fuerte hacía los mayores esfuerzos; al que mejor se le daban los niños cuidaba de los niños, y era agricultor quien más inclinación sentía hacia la agricultura, y pescador el que con más afición pescaba; y todos lo hacían a favor de todos.



La vida en común debería ser algo parecido a esa familia. Todos estamos dotados de alguna cualidad o habilidad particular que hemos de poner al servicio de los demás, de la familia, para el engrandecimiento de la misma, para su evolución. ¿Cuál es el problema? Que no constituimos una sola familia sino millones de familias. El concepto comunitario lo hemos hecho añico y cada añico, que aspira a ser autónomo y suficiente por sí mismo, colisiona gravemente con los demás, que también aspiran a lo mismo.

Esa familia modélica pongamos que a punto de partir para cruzar el río, se tropieza con otra familia que tiene la misma intención. Esta última familia es más pobre y limosnea alguna ayuda. Se barrunta el conflicto de intereses porque la familia, en primer término, es un interés compartido. Es muy probable que el patriarca de la familia modelo se diga, tenemos víveres, sí, pero quién sabe si serán suficientes, quién sabe lo que nos encontraremos en la otra orilla y el tiempo que necesitaríamos para establecernos, y por tanto para vivir sólo de nuestras reservas. Sería lamentable privarnos de algo que una vez allá echásemos en falta.

Decía que la familia es un interés compartido, un círculo de intereses, y hay más círculos de esos en la tierra que estrellas en el cielo. Mi interés es distinto a tu interés; mi familia no es la tuya. Al crear lo mío como distinto de lo tuyo ya hemos creado la confrontación. ¿Qué sentido tienen las familias como unidad orgánica poderosa? Comparten el castillo, se protegen y ayudan. Es una comunión de intereses que se enrolla en sí misma como una rosquilla.

Tras los grupúsculos familiares, religiosos, sindicales, políticos, sectarios,... campea el miedo, porque con ellos se procura autoprotección. Y en la cultura del miedo el amor no puede florecer, en la cultura del miedo sólo prospera el propio interés, el egoísmo. Bueno es lo que es bueno para mí, reza el egoísta. Si tengo víveres ¿por qué compartirlos para después echarlos en falta?

Quien no está a favor está en contra del proyecto universal. Siendo como es universal el proyecto, quien antepone la parte al todo no colabora con la ley. La ley es una y si no se colabora con ella se entorpece su funcionamiento.

Personalmente estoy convencido de que el ser humano habita en el mundo con la única instrucción de colaborar en la obra de la Creación. Así es como uno puede encontrar sentido a su vida.

La obra de la Creación, la gran obra, está bien a la vista. Todo lo que existe, lo que vemos, percibimos, incluso lo que ni vemos ni percibimos sino que intuimos, es la Creación. El sol y la luna, los océanos, las plantas, los animales, los hombres, el aire, la luz y la sombra, y el firmamento infinito, es la Creación. De ese firmamento infinito conocemos muy poco, prácticamente nada, pero está ahí, sobre nuestras cabezas.

¿Hay orden en la Creación, existen leyes que regulan su buen funcionamiento; o por el contrario estamos ante el caos?

Hay orden, desde luego. El Universo es un todo armonioso en el que no cabe el caos ni el desorden. En el Universo se da alguna suerte de Ley, de Inteligencia, que provee el sincronizado movimiento de millones de piezas del gigantesco puzzle. ¿No es así?

Siendo así, al hombre debe exigírsele respeto a la Ley Universal, y ese respeto, que a la postre se traduce en un no quebranto de los principios inmutables, se manifiesta en lo que pudiéramos denominar armonía.

Una pieza musical es armónica cuando las distintas voces y los distintos instrumentos confluyen sin desentonar o desafinar en la mayor gloria y esmero de la composición.

Armonía en las personas es lo mismo: no desentonar en la gran obra de la Creación, integrarse naturalmente en ella. Al fin y al cabo integrar es hacer todo uno, fundirnos con ello y sentirnos eso.

Desarmonía es el caos, es perder el norte, es procurar cada uno para su mesa y provecho. Eso no ocurre en la Ley Universal. Lo que no está dentro de la Ley está fuera de la Ley. Lo que dentro colabora en la gran Obra de la Creación, lo que fuera la entorpece. Desarmonía es conflicto, y uno incurre en conflicto cuando se reafirma en el uno y da la espalda al todo. El Universo es un todo, un bloque y funciona como bloque no como parte.

¿Tiene el hombre conciencia plena del todo y funciona, por tanto, como todo; o por el contrario lo individual y egoísta es guía de comportamientos que por fuerza han de ser insolidarios y quebrantadores de la Ley?

¿Es el hombre fuente de conflicto o espejo de armonía?

¿Por qué en el hombre se da tan reiteradamente la situación de conflicto?

Incurrimos en conflicto, en frustración, cuando algo no nos sale conforme queríamos; cuando nuestros deseos no se cumplen, cuando nos insultan o recriminan, cuando nos contradicen. Está de un lado lo que uno mismo piensa o cree o desea, y lo otro; y cuando lo otro no complace a lo que uno quiere adviene el conflicto, la irritación, ese mal humor por donde se nos escapa el sosiego y la armonía.

¿Quién establece la imagen de uno, quién alienta el deseo, quién fija las metas, quién nutre la ambición? El pensamiento. Y el pensamiento, lo sabemos bien, es pasado, es egocéntrico, es material y es limitado. ¿Y con esos atributos que son -no que tal vez sean-, es posible abarcar una panorámica universal? ¿Es el pensamiento el instrumento diseñado para integrar al hombre en la magna obra de la Creación?

En el pensamiento, por definición, no se halla la solución. Es más, el pensamiento es el problema. Y lo es porque ha inundado campos que no le son propios, convirtiéndose en guía errada de los actos de los hombres.

Los seres humanos nos diferenciamos por las circunstancias que concurren en cada cual, y esas circunstancias tienen que ver con el lugar en el que se nació y la época, con cuanto circundó nuestra educación y desarrollo como personas: padres, amigos, hábitos, clima y alimentación. La propaganda contaminante de la época y circunstancias condiciona el comportamiento que, viciado por el miedo, siempre resulta ser egoísta. El miedo emerge de la condición de parte -el hombre se siente parte y no todo-, así que debe por sí mismo proveer para su parte y teme, es inevitable, no proveer nunca lo suficiente. Si nos desprendiéramos del miedo y le diésemos a la circunstancia su carácter accidental ¿qué es lo que constituiría nuestra esencia? La esencia sería, es, el todo. Entonces no tendría más remedio el todo que proveer a la parte. Fantástico ¿no? Personalmente creo que es así, como también creo que es solo debido a nuestra necedad que no se produce así. Somos nosotros los que rompemos el Orden. Si nos sometiésemos al Orden universal, y para eso siendo uno deberíamos sentirnos todo, cesarían los problemas por completo.

No tiene sentido alguno hablar de Creación por un lado y del hombre por otro, como si no tuvieran que ver. Un solo cuerpo. Si formamos todos parte de un solo cuerpo ¿tiene sentido hablar de mi pensamiento y el tuyo, o sólo tiene sentido el pensar?

Un solo cuerpo, un solo pensar, un solo latir, una sola voluntad.

## 23. REALIDAD

### EVANGELIO

Dijo Jesús a sus discípulos:

*“Si tu mano es para ti ocasión de pecado, córtatela”.*

### DON MARCOS

La Creación es orden, concierto, armonía. No sintoniza con la Creación el desorden, el desconcierto, la desarmonía. Pecar es desafinar en el concierto universal.

¿Qué es lo que preocupa profundamente al hombre de la calle, al hombre común?, ¿qué es lo que le acarrea un profundo desasosiego?

Nos preocupa el dinero, las propiedades, el porvenir de los hijos, el futuro, el reconocimiento social, las relaciones de pareja, el trabajo, la salud, la muerte,... Todas esas preocupaciones giran en torno a un centro, y mientras que uno esté absorto en su propio centro carece de posibilidades reales de apreciar y entender nada más. Uno se ha puesto las orejeras y no percibe otra cosa que el sí mismo y así, obviamente, es imposible ir más lejos.

¿Qué hemos de hacer entonces? ¿Renunciar al dinero, al trabajo, a la familia,... y hacernos ermitaños?

El ermitaño no es, probablemente, el mejor ejemplo. Por nacer vivimos y la vida es relación. Y en esa vida en relación nos creamos muchos problemas. Uno de ellos, y me temo que no es el menor, consiste en que no nos enfrentamos a la vida tal cual es, sino que lo hacemos a través de fórmulas y moldes que configuran lo que nos gustaría que la vida fuese. Pero la vida es lo que ella quiere, no lo que nosotros queremos. Discernir este aspecto es diferenciar la realidad de la ilusión, y haciendo esto uno puede ocuparse de algo, en vez de preocuparse por infinidad de menudencias.

Si nos duele una muela nos la arrancamos y de ese modo hemos zanjado el problema. Pero ese no es el caso que nos ocupa. La mano no peca, el instrumento no es responsable, solo es ejecutor de una instrucción. Las órdenes que cumplimentan los mensajeros provienen de la mente, y la mente es un complejo cuerpo con muchas caras, muchos ojos, y muchas manos. Es sobre ese cuerpo tentacular donde hay que operar

extirpando o podando lo que contamina o perturba. Esa es la mano que hay que cortar para sanar el cuerpo.

La vida es factual. En la vida suceden cosas. Y las cosas son lo que son, no lo que quisiéramos que fueran. Que el dinero desarmoniza es evidente, esa lucha compulsiva por tener más y más es uno de los graves orígenes de la desarmonía; pero con dinero uno accede a una vivienda digna, a una educación pertinente, se procura ropas y alimentos,... Un destacado estoico advertía que una vez cubiertas las necesidades primarias lo demás era vanidad y exceso. La vanidad es un revolucionado motor de desarmonía, y el exceso también; y la búsqueda de placer entraña dolor, y en la acumulación hay temor.

Uno ha de averiguar lo que le desarmoniza y, percatándose de ello, evitar que nazca.

En la vida suceden cosas y las cosas en sí tienen menos importancia que lo que se piensa acerca de ellas. Uno puede atormentarse porque es bajo de estatura, y ese tormento será inútil puesto que por más que sufra no podrá evitar el hecho. El hecho es que uno no es alto y lo inteligente será asumir esa condición en lugar de amargarse por ella. ¿Qué de particular tiene que le digan a uno que es bajo si en realidad es así? Tendría de particular si uno quisiera ser más alto. Ese quisiera ser, que es la ilusión, es lo que hace sufrir. La ilusión se enfrenta a la realidad, y es la ilusión -lo que no existe-, lo que nos atormenta. Hay que afrontar la realidad para así llegar a la verdad de las cosas, a lo que son. Los celos son una realidad, pero la verdad es que somos celosos porque somos posesivos, no porque sentimos amor.

La vida es la realidad, lo que existe. Y si nos percatamos bien veremos que la perturbación proviene de la quimera. ¿Tiene esto algún sentido? ¿Entendería un padre que su hijo pequeño estuviese permanentemente triste porque es incapaz de volar? ¿Qué haría el padre ante esa quimera? Por supuesto que reconducir la fantasía del hijo a la estricta realidad haciéndole ver lo posible y desalentándole sueños imposibles.

Si observamos pacientemente apreciaremos cómo el sufrimiento -naturalmente que no me estoy refiriendo al dolor físico- obedece siempre a unos cauces, tiene unos orígenes; es decir, nunca aflora como producto de casualidad. Si evitamos que esos cauces se sustancien, el sufrimiento no tendrá lugar. Prestar atención a todo ello es practicar el autoconocimiento, proceso fundamental y previo para conocer y descubrir otras cosas. Si ni siquiera me conozco a mí mismo cómo puedo aspirar a conocer algo más allá de mí. Pues bien, a poco que uno se conozca se percatará que las causas del sufrimiento se ubican en la mente.

Uno está pensando en su padre fallecido recientemente, piensa en el gran vacío que ha dejado en su vida, piensa en el apoyo que le prestaba y en los gratos momentos que disfrutó en su compañía. Nada de eso volverá. Y pensando en ello sufre. Ese pensar es sufrimiento. ¿Si no pensara en esos términos sufriría? ¿Y qué sentido tiene recrearse en algo irremediable? ¿Por qué no aceptamos la realidad de la vida?

Se me podrá decir: pensemos en términos de placer y sentiremos placer, dado que pensar es sentir. Muy epicúreo. Pensemos en algo que sucedió en el pasado y nos deleitó y así volveremos a sentir ese deleite. Eso es otra ficción porque el pasado pasado está, y no vuelve. Pensando así se genera el deseo, el deseo de repetir algo que ya obtuvimos y nos hizo disfrutar. En el deseo hay ansiedad, fricción, tensión para conseguirlo, temor por si no lo conseguimos, y temor también -caso de conseguirlo- por si lo perdemos.

Uno de los brazos de la mente que habría que extirpar de raíz es la obsesión del pensamiento por estar pensando continuamente, sin pausa, sin discernimiento, abarcándolo todo. El pensamiento vale para lo que vale y lo demás ha de ser descartado. Porque no suele actuar así es por lo que no enfrentamos la vida como algo factual, y eso sí constituye un grave problema. Como algo factual entiendo los hechos sometidos al ritmo natural de nacer, desarrollarse, y morir. Si la mente actúa sobre el hecho este ritmo no se produce, pues el pensamiento evita que el hecho muera.

Si me insultan y dejo que por un oído me entre y por el otro me salga, el hecho ha pasado por la mente como una ráfaga de viento. No ha arraigado. Ahora bien, si el pensamiento interviene y dice ¿cómo va a ser que deje sin réplica un insulto a mi persona?, el hecho arraiga en la mente y se producen las reacciones y conflictos que todos experimentamos. La mente hace valer la imagen que se ha creado de sí misma y quiere preservarla de manchas. La imagen de uno no es uno: la imagen tampoco es real. Evitar formar imágenes es otro tentáculo a extirpar para que la mente tenga el cuerpo y forma que debe tener, un cuerpo único integrado con los demás de los que forma parte, constituyendo entre todos el todo, la totalidad.

En la mente se ocasionan los problemas. La mente debe resolverlos. La mente de uno, no de otro. La mejor manera de solventar un problema es evitar que se produzca. Si no se produce el quiste no hay nada que extirpar. Es lo más higiénico.

- Según Don Marcos -

## 24. NIÑO

### EVANGELIO

*A Jesús le presentaban niños para que los tocara, pero los discípulos les regañaban. Él irritándose les dijo:*

*“Os aseguro que el que no recibe el Reino de Dios como un niño no entrará en él”.*

### DON MARCOS

El niño es inocente y virgen. Su mente es limpia porque su memoria está por hacer. Está dispuesto a aprender porque nada sabe de antemano. Se trata de recibir el reino de Dios como un niño.

¿Qué es el reino de Dios? El reino de cualquier rey de la tierra lo marcan los confines de sus dominios. Entre esas fronteras ¿qué encontramos? Hombres que para el rey serán súbditos, casas, pueblos, montañas, ríos, animales, plantas... Todo eso comprende el reino de un rey.

¿Y el reino de Dios? El reino de Dios es el Universo entero, todo lo que hay en él; lo veamos o no lo veamos, lo más próximo y lo más alejado, lo que nos es posible percibir y lo que no. Y la invitación es a entrar en ese mundo, en ese reino.

¿Qué quiere decir entrar? Incorporarse a algo, formar parte de ello. Si yo no entro en una fiesta no puedo participar en ella, no formo parte de la misma. Y hemos de recibir al reino de Dios, es decir que el reino viene a nosotros. Y hemos de hacerlo como si fuésemos niños. Esos son los parámetros a manejar.

¿En qué se puede diferenciar el reino de Dios del reino de los hombres?

En su perfección: en el Universo está establecido el Orden, entre los hombres el caos. Digamos entonces que incorporándonos al reino de Dios se nos asegura amor, orden, armonía, perfección. Esa es la Ley. Y todo ello podemos recibirlo porque está ahí, a nuestra disposición; es para nosotros, criaturas de la Creación, para nosotros que formamos parte, y por tanto somos, Creación.

No parece tener demasiado sentido que en el Orden Universal impere la inteligencia y entre los hombres la necesidad. Es absolutamente ilógico pensar que la Inteligencia nos está vedada, que somos unos malditos y hemos sido condenados a penar



incesantemente. Debe ser más fácil... algo así como alcanzar el fruto de un árbol. ¿Fruta prohibida? No hay fruta prohibida. Lo que sí hay es imposibilidad manifiesta de ser lo que no se es: el hombre no es Dios, la mente no es espíritu, lo temporal no es intemporal, lo material no es inmaterial, lo pasado no es el futuro.

El hombre si es criatura de la Creación, y siendo toda la Creación inteligencia suprema, ha de saber hallar la fórmula para conectar con ella con el convencimiento de que la tal fórmula no ha de ser complicada. Es inimaginable la Creación como un laberinto inextricable y confuso. La solución está en ser como niños, es decir, inocentes. Una mente inocente es capaz de aprender. Un niño tiene curiosidad y pregunta, un niño lo palpa todo y se lleva a la boca cuanto puede, un niño siempre tiene los ojos bien abiertos. Los viejos no preguntan porque ya saben mucho, la curiosidad se les ha agotado y entornan los ojos porque ya han visto demasiado. Entre uno y otro hay mucho condicionamiento, mucha mecánica, hábito, reiteración, desencanto y aburrimiento.

Hemos hecho una sociedad basada en el esfuerzo. Algo es meritorio cuando para conseguirlo se ha consumido mucho esfuerzo. Esfuerzo significa hacer algo contra voluntad natural. Sacrificarse es renunciar a muchas cosas, con esfuerzo desde luego, para conseguir otras. Todo ha de costar mucho y cuanto más cueste, más mérito le atribuimos. ¿Ha de ser así? ¿Aprender ha de ser necesariamente costoso? ¿Le cuesta mucho al niño aprender, o lo que realmente le cuesta es acumular conocimientos?

Para aprender hay que estar atento, hay que observar, luego examinar, y por fin experimentar. ¿Se le puede llamar a esto denodado esfuerzo?

Uno aprende de sí mismo y de su relación con los demás ¿es eso muy sacrificado, o el sacrificio es retener lo que se ha aprendido para después actuar conforme a eso?, ¿procediendo así no somos imitadores de otros, o de uno mismo?

Si nuestro afán es actuar conforme lo que ya aprendimos, ¿no estamos mutilando la inocencia de la mente, no estamos envejeciéndola al cargarla de experiencias y conocimientos? Uno tiene que aprender momento a momento, entendiendo por aprender el darse cuenta de lo que sucede, no el registrarlo para no olvidarlo. Dándose cuenta, viéndolo, uno actúa convenientemente, y cuando se enfrenta a cualquier circunstancia, ésta será nueva, por lo que requerirá una solución fresca que sólo pueda provenir de una mente inocente.

Si la respuesta parte del poso acumulado, la acción será conforme a esa experiencia y entonces ya no se estará abordando el hecho como algo nuevo sino como viejo, es decir con la mente que ha perdido la inocencia.

Una mente inocente es una mente en blanco, es una mente que no rebusca en el almacén de la memoria fórmulas viejas para resolver hechos que son nuevos. Una mente inocente abre bien los ojos para ver lo que es, y aguza los oídos para escuchar lo que hacen. Ninguna insinuación puede ser escuchada desde el alboroto; el silencio es imperativo. Sólo desde el silencio y desde la ausencia de temor puede producirse la conexión con la Inteligencia Universal.

Entrar en el Reino de Dios sería como conectar con la Verdad, lo que se traduce en saber en cada momento lo que hacer, sin necesidad de recurrir a recetario alguno. No estamos hablando de pensar lo que hacer. Cuando pensamos recurrimos a la memoria, y la vida, lo nuevo, no puede ser abordada con lo viejo. Dejemos cada cosa para lo suyo. Demos a Dios lo que es de Dios, y a los hombres lo que es de los hombres.

- Según Don Marcos -

## 25. RIQUEZA

### EVANGELIO

*Un hombre rico se marcha entristecido cuando oye a Jesús decir que regale sus bienes y le siga para así alcanzar la vida eterna. Jesús exclama: "Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas".*

### DON MARCOS

Se es rico cuando se dispone de mucho dinero, de muchas propiedades. También uno es rico si tiene poder, influencias, conocimientos, una gran cultura. Para acumular tantas riquezas, del signo que sean, la mente ha de estar muy llena de eso que se tiene y persigue: uno ha de estar ocupado todo el día y toda la noche discurriendo cómo ganar más, o en evitar perder lo que atesora. Ha de considerar qué negocio hace y con quién, qué le producirá más rendimientos, a quién conviene aproximarse y a quién rechazar, qué libros leer y en qué foros prodigarse.

Los ricos son personas extraordinariamente ocupadas en acrecentar sus riquezas, son seres envueltos en una espiral sumatoria que no parece tener fin. Así que no disponen de tiempo más que para sus asuntos mundanos. Su mente y su corazón están presos en el negocio, en la cultura, en la vanidad,... todas sus energías se consumen en ese fin: ser rico, muy rico, poderoso, influyente, distinguido. ¿Cómo así puede recibirse el reino de Dios? Dijimos que para optar al reino de Dios la mente debía ser inocente, debíamos de ser como niños. ¿Puede ser inocente la mente que se ocupa exclusivamente en almacenar dinero, prestigio, influencias, poder? ¿Puede así de alguna manera florecer la inocencia?

Los ricos viven para ser ricos, y eso no es vivir. Vivir es percatarse de que se está viviendo. Vivir es un estado de alerta permanente que abarca todo: la belleza de la flor, la miseria de la chabola, la opulencia de las grandes mansiones, la tristeza del indigente, la desigualdad social, la brisa de la mañana. Hay que verlo, sentirlo, percibirlo todo. Los hombres en general, y tal vez más los ricos, focalizamos los asuntos, fragmentamos la vida. Nos dejamos absorber sólo por lo que hemos decidido que nos incumbe. Y así la vida se nos va de las manos como arena por el cedazo. Los ricos en particular están envenenados por el virus de la ambición. Este virus -que no tiene fin pues se alimenta de cada vez más-, infecta la percepción hasta mutilarla; absorbe al cien por cien todas las

facultades que se nos confirieron para aprender a vivir. Si la mente fuera una vasija, el rico la tendría exclusivamente repleta de intenciones, voluntades y afanes hacia la riqueza. La grandeza de una vasija, como la de cualquier recipiente, reside en la capacidad de albergar algo. Si está llena a rebosar ¿qué utilidad tiene ya?

Uno tiene que vaciarse y sólo así será sensible. Ser sensible es ser receptivo a todo, siendo sensible uno está en disposición de vivir. Sólo si dejamos de ocuparnos exclusivamente de nosotros mismos podremos ocuparnos de lo demás; sólo si nos quitamos las orejeras podremos acceder a una panorámica más amplia; sólo si abandonamos nuestro castillo fortificado conoceremos la realidad. Entonces puede que comencemos a vivir una vida plena.

## 26. RENUNCIA

### EVANGELIO

*Los discípulos recuerdan a Jesús que lo han dejado todo por seguirle. Él les dice:  
“Os aseguro que nadie deja casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o  
tierras por mí o por el evangelio, que no reciba ya el ciento por uno en este  
mundo”.*

### DON MARCOS

Uno está apegado a su casa, a su familia y a sus posesiones, a sus libros, a sus amigos y a sus aficiones. Casa, familia y tierra confieren sensación de seguridad. Buscamos seguridad porque tenemos miedo: nos apegamos a lo nuestro porque tememos.

El mundo es uno y uno es el mundo. El problema se desencadena cuando uno se aparta del mundo y se instituye por su cuenta de espaldas a los demás. Entonces uno ambiciona para sí y provoca el conflicto.

Dejar familia y tierras significa desapegarse, supone negar lo mío, implica sentir el todo. El todo no busca seguridad porque en el todo no hay temor, y no lo hay porque en él no se manifiestan aspectos diferenciales que quieran sobresalir sobre los demás. Por ello tampoco en el todo florece la ambición personal, que significa que uno quiera destacar más que los otros.

Si uno no siente miedo, ni se aferra a la ambición, ni acumula privativamente, ni siente el impulso de competir, ni siente violencia hacia los demás, ¿no estará ya recibiendo el ciento por uno en esta vida?

La mente traduce ciento por uno como lo opuesto de uno por ciento. Y se frota las manos por el gran negocio realizado. ¿Ha de ser la vida un negocio?, ¿se mide en números? ¿Nos sugiere la imagen clásica del avaro, contando y recontando sus monedas, una aproximación a la felicidad?

Los apegos son avaricia. Las monedas del avaro son lo mismo que el apego enfermizo a la familia, al apellido, a la tradición, al solar familiar y las posesiones. Monedas que se cuentan y recuentan, y cuyo extravío causan un gran desgarramiento personal.

Uno no incurriría en desgarramiento cruel de no ser por el apego. Uno está apegado a su familia, a sus propiedades, a sus riquezas,... Ese apego, que significa posesión, es en sí mismo temor, temor de perder lo que se considera propio. Si esa pérdida -cualquiera de ellas- se produce, uno siente que algo se ha desprendido de sí mismo. Si lo siente así es porque su individualidad estaba revestida de los ropajes que constituyen los apegos y esos ropajes se fundían en su propia piel, eran uno mismo.

Podemos disfrutar de un paseo por el campo, de sus olores, sonidos y colores, y eso representará una experiencia gratificante. Ahora bien, si ambicionamos la propiedad, la de ese campo, el paseo ya tiene otro sentido. Uno ya no ve la campiña como tal sino como posesión. Si porque somos ricos lo adquiriésemos al fin, surgiría el apego. De hecho el apego surge con el deseo, ya que uno desea algo para poseerlo, bien sea de forma permanente o esporádica. Si posteriormente alguna especie de revolución nos expropiara la propiedad sufriríamos una gran decepción.

En el paseo por el campo no hay conflicto, sino, bien al contrario, disfrute. En la posesión sí. Tememos el vacío, sentirnos nada y es por ello que nos recubrimos de abalorios: familia, tierras, riquezas, libros, muebles,... Para que ese recubrimiento sea efectivo uno ha de sentir que posee eso, y para ello es necesario que sienta apego a las personas o cosas de las que se ha recubierto. Ese apego es, a su vez, una esclavitud, una dependencia.

Cuando uno no es dependiente, es libre; y en libertad uno puede pasear por el campo y disfrutar plenamente de ese paseo.

El mundo es de todos, es nuestro, por eso somos mundo. En lugar de sentirlo así nos dedicamos a repartirnos personas, árboles, tierras, animales, y muebles; formando mundillos aparte que están llamados a colisionar entre sí.

Si uno se desapega -que es distinto a convertirse en un mendigo carente de todo-, comienza a disfrutar ya del ciento por uno prometido. Porque con el desapego surge la libertad y ese camino lleva a la Verdad. La Verdad no se maquilla, ni se recubre de falsos velos. La Verdad es la Verdad, ni más ni menos.

## 27. CAMBIO

### EVANGELIO

*Los hijos del Zebedeo quieren sentarse al lado de Jesús en la Gloria. Jesús les dice: "El que quiere hacerse grande entre vosotros, sea servidor vuestro, y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos, pues el hijo del hombre tampoco ha venido a que le sirvieran, sino a servir, y a dar su vida en rescate por muchos"*

### DON MARCOS

El eterno combate por destacar, por ser los primeros. Parece un estigma del que no se libran ni los Apóstoles. Cristo, perseverante, les indica que siguen equivocando la partitura. ¿Dónde estamos, pues? ¿Necesitamos ser rescatados?, ¿somos náufragos?, ¿vamos a la deriva? ¿Y quiénes vamos a la deriva: sólo unos cuantos o todos?

La vida es una gran cadena en la que todos los eslabones están unidos al formar parte indisoluble de ella. En el universo todo está relacionado. Todo influye y es influido, nada se pierde. Como nada se pierde, por decencia, cada cual ha de hacer lo que debe de hacer con toda la intensidad que le es permitido.

¿Actuamos así? ¿Consideramos que la frase anterior es una norma de conducta? Sería espléndido, ¿no? Todos aportaríamos nuestra mejor disposición para el éxito de la aventura en común. Lo malo es que la frase anterior nosotros no la cerramos, sino que la abrimos. ¿Cómo? A través de la comparación. Hacer lo que debemos -y sabemos- hacer parece carecer de significado para nosotros, a no ser que lo comparemos con algo: sacan mejores notas que nosotros, corren más deprisa,...

La comparación es la que nos limita, la que nos empequeñece y, si se me permite, lo que nos envilece. Porque de la comparación surge la envidia y la competitividad. Envidia y competitividad hacen de nuestro mundo lo que es: algo sucio e inhóspito.

¿De qué manera uno puede servir a los demás? Para que un esclavo pueda liberar a otros, primero deberá liberarse él mismo. Para que un esclavo pueda auto liberarse en primer lugar tendrá que apreciar su condición, deberá percatarse del estado en que se encuentra sumido. Darse cuenta de lo que somos es el inicio de la liberación. Ver lo que somos, sin



rechazarlo ni renegar de ello, es el proceso que conduce a la comprensión. La comprensión rompe cadenas.

Uno tiene que trabajar consigo mismo. Ese es el paso previo para cualquier cosa. Es del género estúpido tratar de ordenar la casa ajena mientras en la propia reina el desorden. Si diluyo mis defectos, y así los trasciendo, estoy mejorando; y al hacerlo, de un modo natural, estoy aportando alguna suerte de mejoría a esa atmósfera que nos afecta a todos. Si retomo la armonía estaré insuflando armonía al mundo, si gano en salud aportaré salud. Uno aporta lo que es. Uno no puede cambiar nada si primero no cambia él. La más breve marcha siempre comienza por un primer paso, por uno mismo. De no ser así, no nos empeñemos, no hemos emprendido ninguna marcha.

## 28. FRUTOS

### EVANGELIO

*Saliendo de Betania Jesús sintió hambre. Una higuera a la que se dirigió sólo tenía hojas. Entonces le dijo: "Nunca más comerá nadie fruto de ti, eternamente"*

### DON MARCOS

El hambre ha de ser saciada. Nada hay más sagrado para el ser humano que la vida. Y la vida exige para desarrollarse que la persona satisfaga unas necesidades primarias: el alimento, el techo y el vestido. Nadie en nuestro mundo debería ser privado de estas exigencias, entre otras cosas porque el mundo ha provisto para todos.

¡Qué espanto que algo tan palmario no suceda! Como seres humanos no podemos permanecer insensibles ante el hambre ajena, no podemos permitir que nadie en el mundo fallezca por inanición. Y sin embargo lo permitimos. Incluso nos acostumbramos, con muy poca alteración del pulso, a leer noticias escalofriantes en los periódicos sobre pueblos enteros azotados por el hambre, que no nos mueven más allá de un simple comentario de compasión superficial. Y cuando el drama de la vida que se consume por no disponer de alimentos es filmado, apartamos la mirada de la imagen para no ver, para no sufrir.

No queremos ver cosas desagradables. Tal vez porque esas cosas nos recriminan e inculpan directamente. Queremos librarnos de problemas ajenos. Y ese es el drama: lo ajeno; dado que con lo propio tenemos satisfecho nuestro cupo de preocupación. Lo ajeno no es nuestro, por muy lamentable que resulte. Y sin embargo, lo ajeno es nuestro porque nada en el mundo nos puede resultar extraño.

Si creemos que el hambre de un apartado lugar no nos afecta porque está muy lejos, nos equivocamos. La sociedad es sólo una, y esa sociedad la integramos todos, por muy lejanos que vivamos unos de otros.

La sociedad es una palabra, los individuos que formamos la sociedad somos una realidad. Por eso cuando decimos que la sociedad es cruel e insolidaria, lo que estamos manifestando cabalmente es que los individuos que integramos la sociedad -la realidad, no la palabra-, somos crueles e insolidarios.

Y lo somos cotidianamente cuando disputamos con nuestra esposa o hijos, cuando pugnamos con un competidor, cuando nos violentamos con un vecino, cuando reñimos con un amigo. Esa crueldad particular se convierte en un clamor cuando se conjunta colectivamente, y alcanza su máxima expresión cuando se le da cauce institucional. De ahí las guerras, que son responsabilidad de todos, y los gravísimos desequilibrios territoriales que se observan en la faz de la Tierra, que también son nuestra responsabilidad individual.

El pan, el techo y el abrigo deben estar resueltos para todos. En caso contrario seamos conscientes que estamos cometiendo, todos, un crimen. Aunque no sólo de pan vive el hombre, el pan es indispensable para que viva.

La higuera ha de dar fruto. De ese fruto se alimentan personas y también pájaros, abejas, hormigas. Personas, pájaros, abejas y hormigas abren a su vez otro ciclo que llega a otros seres que también, como la piedra que cae en el estanque, va ensanchando círculos. Todo tiene una misión y significado. No cumplir con la misión determina que recaiga sobre ello una maldición. Mejor seco, imposibilitado para todo, que inútil o perezoso.

Todos hemos de dar fruto, pues de ese fruto se alimentan otros.

Proyecto lo que soy. Como formo parte del mundo, soy mundo. Lo que proyecto afecta, concierne, al mundo.

El mundo es todo, lo conocido y lo desconocido. Influidos en él de todas las maneras imaginables, por pensamientos, palabras y obras; por acciones u omisiones. Cualquier cosa que hagamos o sintamos alcanza una proyección insospechada. Me refiero a pensamientos, deseos, acciones, tristezas, depresiones, esperanzas, desesperanzas, palabras, gestos, intenciones. Todo para el todo, en el todo ¿Cómo podría ser de otra manera?

Somos un resultado, somos el resultado o compendio de multitud de influencias. En el interior, del cual nos nutrimos, coexisten infinidad de impresiones, mensajes, experiencias. Algunas disfrutan de cierta solera, otras son más recientes. Muchas nos vienen vía púlpito, entre amenazas y esperanzas; otras de los libros, en los que un gran pensador plasma sus enseñanzas; otras las recibimos vía oral de parte de nuestros padres, amigos, compañeros; otras provienen de nosotros mismos, de esas heridas que supuran incesantemente, o de esos éxitos que tanto nos envanecieron y deseamos saborear, o de esos placeres que añoramos.

La cuestión es que todo influye. Y si todo influye en nosotros, lo nuestro también influye en los demás. Es un círculo real, factual. Nosotros influimos en nuestros hijos, en nuestros amigos y enemigos, en compañeros y vecinos.

Los sentidos registran una cantidad ingente de información. Por la vista, el oído, el tacto,... se cuelean una gran cantidad de imágenes, unas que conscientemente registramos y otras que pasan desapercibidas al nivel superficial de la conciencia. Y esa información se amalgama en el interior. El pensamiento, cuando recurre a la memoria para sustanciarse, topa con ellas. Del pensamiento surgen los actos. Pensamientos y actos influyen en otros. ¿Pensamientos también? ¡Por qué no! Lo físico está muy claro, le propinamos a alguien una bofetada y junto al mero aspecto físico de sentir la agresión se produce alguna suerte de reacción psicológica, que puede o no determinar también otra acción de réplica, que a su vez ocasiona alguna herida interior tipificada como humillación, rencor o como quiera que sea. La herida ya está abierta y cuesta mucho de cerrar. Cuando rezume nos hará sufrir. ¿Y cuándo rezuma la herida? Cuando nos acordamos de ella, cuando pensamos en el suceso que ya pasó porque algo o alguien -el gran mimetismo del pensamiento- lo rescate de la memoria. Así ponemos el hecho pasado en tiempo presente. Entonces, al recordar, sufrimos; y ese sufrimiento lo aportamos al mundo. Aunque sea un sufrimiento que denominamos interior, entre otras cosas porque lo interior se exterioriza e interiorizamos lo exterior.

Es el flujo y reflujo de la vida, aún en lo interior aportamos algo negativo, contaminamos, como contaminamos con nuestros actos que nazcan del dolor. Lo que nace del dolor es dolor, no puede ser otra cosa. Y el pensamiento, que es material, produce también efectos materiales. Si el hombre es un ser magnético, el pensamiento no puede ser extraño a esa condición, y algún tipo de manifestación y efecto habrá de producir en esta esfera en la que vivimos. Llamémosle vibración, corriente eléctrica o campo magnético. En cualquier caso influye en otros y en uno mismo, puesto que al registrarlo se incorpora al interior. Con ese abono producimos frutos. Ahora bien, la cuestión es considerar si esos frutos, de los que se alimentan muchos seres que influyen y afectan a este nuestro mundo, son los correctos, los que debíamos dar; o por el contrario son frutos podridos que emponzoñan a quien los coma. Si fuera así nos valdría que nos cayera encima una maldición que nos secase para siempre. Al menos no alimentaríamos más podredumbre.

- Según Don Marcos -

## 29. ORAR

### EVANGELIO

*Al entrar en el templo Jesús expulsó a los que vendían y compraban, derribó las mesas de los cambistas y los puestos de vendedores de palomas. Jesús dijo:  
“¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración por todos los pueblos?  
Pero vosotros la habéis hecho una casa de ladrones.*

### DON MARCOS

La casa de oración es la casa de todos. Si yo me denomino cristiano, tú musulmán, el de más allá judío, otro budista, aquél ortodoxo y éste heterodoxo, contamos al menos con seis casas. ¿Cómo formar una sola? ¿Debemos convencer a cinco a que renuncien a la suya y se integren en la nuestra? ¿Cómo les persuadiremos que la nuestra es mejor que la de ellos? ¿Y si en lugar de seis son seiscientos? ¿Qué técnica debemos utilizar para formar sólo una? Es una misión imposible, ¿no es verdad? Las religiones desunen no unen. Mi religión frente a la tuya equivale a mi poder frente al tuyo. Dos poderes enfrentados degeneran en lucha, en guerra. Un poder se come a otro porque ese es el sino del poder. Ocurre como con el alacrán, resignado a usar su temible aguijón.

¿Por qué tantas religiones? Tiene que ver con el medio, con la tradición, con esa propensión del hombre a organizarse en grupúsculos auto defensivos, con la idea tribal. Las tribus se articulan también por motivos religiosos, y en esos motivos se promete una vida “espiritual”, la gloria eterna, o una ventajosa reencarnación. La oferta espiritual de las religiones articuladas no conduce, en la estricta realidad, a llenar de paz el corazón de los hombres; bien al contrario conduce a la confrontación y al enfrentamiento entre seres humanos.

La casa de oración es la casa de todos. ¿Y cuál es la casa común que alberga a todos? No puede ser otra más que el mundo. El mundo es la casa de todos porque en él vivimos todos. Pero eso también es sólo una frase porque la cruda realidad es que hemos parcelado el mundo, hemos levantado nuestras propias barreras y nuestras banderas; y en los intramuros de esas mezquinas parcelas nos hemos provisto de todos los servicios necesarios, religiosos incluidos. La consecuencia de esa egoísta decisión, hoy

rabiosamente imperante entre nosotros, sólo hay que verla asomándonos al cruel escaparate que la sociedad -nosotros- nos ofrece.

¿Hay que orar? ¿Quiere ello decir que hay que repetir mecánicamente una serie de oraciones? ¿Puede tener algún valor la reiteración fatigosa de unas frases gastadas por el uso? Naturalmente que una práctica así aplanada y adormece, serena momentáneamente. ¿Debe ser ese el valor de la oración, provocarnos efectos sedantes, o debe ir más allá de la mecánica?

Insisto en que para mí vivir es enterarse de que se está viviendo. Para que alguien pueda enterarse de algo tiene que estar atento a lo que ocurre en él, a lo que ocurre en los demás, a lo que ocurre en su entorno. De esa atención uno aprende. Aprendiendo se conoce. Conociéndose sabe cómo actuar, y actuando correctamente uno, en realidad, está viviendo la vida. Mi concepto de oración va por ahí. El repetir frases, asistir a oficios - que es otra reiteración-, o llenarse de incienso, no es más que retomar una idea de la religión que a mí me parece muy poca religiosa.

Las iglesias son sistemas, eso es obvio, como lo son los partidos políticos, las sectas o una fundación que tenga algún objetivo concreto. El objetivo será la salvación del alma, el socialismo, o la defensa del oso panda. Hay un objetivo y unas normas, y unos preceptos y una liturgia. Al marcarse uno un objetivo ya queda atrapado en él, de tal suerte que el objetivo es más importante que el discernimiento, que la iniciativa, que la perspectiva y el *desapasionamiento*. En esta prisión las cadenas son las normas, todo lo que uno ha de hacer para llegar al fin. Pero fin y medios son la misma cosa. Si los medios son violentos, el fin será violento. La semilla imprime el carácter del fruto y para obtener un determinado fruto hay que recurrir a una determinada semilla. El orden de factores no altera el producto.

Cuando uno se integra en una iglesia renuncia a descubrir por sí mismo. Viene a decir, ustedes que saben muéstrenme el camino. Y así nunca descubrirá nada. Aceptará, con muchas dudas, lo que otros le dirán para así dormir medianamente tranquilo. Descubrirá lo que esa iglesia quiera que descubra. Y de las primeras cosas que aprenderá es la importancia de la propia iglesia. Porque eso es lo fundamental: la importancia del propio sistema como garantía suprema para que el sistema persista.

Para protegerme del frío utilizo una prenda de abrigo. Cuando me sorprende el frío el abrigo es muy importante. Las iglesias abrigan pues el hombre confía en que en ellas se orientará, sabrá lo que hacer, perderá el miedo a lo desconocido, alcanzará la iluminación

y recorrerá con firmeza los peldaños que le separan de la salvación eterna. Así pues la iglesia es muy importante. Además, para que me confieran más seguridad, que es a la postre lo que voy buscando, yo también deberé hacer por ella, o sea que yo también deberé confiar mucho en mi iglesia. De ese modo la fortalezco ante mí y ante los demás. Los sistemas derivan de ese modo en algo muy importante y se constituyen en un fin en sí mismos ¿En dónde quedan las personas? En acólitos de ese fin. Por encima de las personas está la organización, eso es lo que cuenta. Y cuenta así en todas las organizaciones.

El mercadeo es la consecuencia natural del sistema. Las organizaciones buscan pervivir y ninguna puede pasar del aire. Todos tienen su infraestructura, su logística, su orgánica particular que ha de ser sufragada por sus militantes, simpatizantes y adictos. Unos venden ideales, otros compran esperanzas, y otros se enriquecen con libros, reliquias, estampas o imágenes. Cristo no se anduvo por las ramas, dijo cueva de ladrones.



- Según Don Marcos -

### 30. PERDON

#### EVANGELIO

*Hablando de la fe en Dios, Jesús dijo:*

*“Todo lo que pidáis en oración creed que lo recibiréis y lo tendréis. Cuando os pongáis a orar, si tenéis algo en contra de alguien, perdonádselo, para que también vuestro padre celestial perdona vuestros pecados”.*

#### DON MARCOS

Mi oración es la atención, la alerta permanente, y lo que pido es no distraerme. Si acaso darme cuenta pronto de mi distracción para así volver a la atención. En todo caso estimo que cuando Jesús incide que creamos que recibiremos lo que pidamos, está refiriéndose a la confianza que es necesaria para que las cosas sucedan. Leído en un sentido negativo, refiere la gran obstrucción que para cualquier cosa implica el miedo, la desconfianza.

El miedo está indisolublemente unido al yo. ¿Y el yo qué puede pedir? Lo que nace del yo es para el yo. Cuando uno acude a una iglesia y pide salud para sí y para los suyos, pide que el trabajo no le falte, que sus negocios no se descarríen, suerte en el matrimonio, etcétera, ¿qué otra cosa está haciendo que procurar para sí mismo?

Si está enfermo reza para sanar, si no tiene trabajo para encontrarlo, si ha pecado para que el pecado le sea absuelto y su alma pueda alcanzar la salvación. Lo de uno para uno, ese suele ser el sentido de los rezos.

¿Y creyendo firmemente que uno lo va a conseguir, lo consigue? Los que dicen conocer la mente aseguran que poniendo mucho interés en que algo suceda y confiando ciegamente en que va a suceder, se crean los esquemas o arquetipos para que se produzca lo deseado. ¿Estamos hablando de eso, de un poder mental que satisface necesidades personales?

Esta frase recogida en el Evangelio de San Marcos me sugiere a mí el valor de la salud en una doble vertiente: salud en la mente y salud en el corazón. Una mente sana no teme, confía, cree. Un corazón sano, limpio, no guarda ofensas, perdona.

En la oración por antonomasia, el Padrenuestro, se piden cuatro cosas: que venga a nosotros el reino de Dios, que no nos falte el pan de cada día, que se nos perdonen nuestras deudas y que evitemos caer en la tentación. A cambio nos comprometemos a perdonar a nuestros deudores.

Uno no puede llegar a Dios. Es Dios, la Verdad -o como queramos llamarle-, quien llega a uno. Para ello hemos de estar dispuestos, hemos de tener nuestra casa en perfecto estado de revista. Sin pan no hay vida. Apelamos a la providencia para que nos provea de vida. Solicitamos alerta, atención para que la tentación no nos sorprenda. Y solicitamos perdón, pues nosotros perdonamos.

Para perdonar una ofensa, en primer lugar uno ha de haberse sentido ofendido. Volvemos a lo de siempre: ¿qué es lo que siente en uno la ofensa? Se ofende el yo, la imagen que hemos construido de nosotros mismos. Esa imagen, ese yo, es un elemento perturbador de la convivencia por cuanto representa lo que separa al individuo del mundo, representa el individualismo egoísta, la exaltación de la parte. Sólo desapareciendo el yo, la parte se diluye y se queda el todo, lo que en realidad somos. Perdonar las ofensas puede querer decir diluir el yo, descondicionarse, recuperar la independencia. Si yo estoy ofendido con un vecino que me llamó idiota, el primer problema es mío por estarlo, por haber registrado la ofensa, por haber caído en la tentación. Así todo es más difícil pues resultará que yo no veré a ese vecino más que a través del filtro de la ofensa, y para librarme de esa carga, al más puro estilo de la ley de Talión, deberé ofenderle a él también. Un clavo saca a otro clavo y así nos vamos crucificando. Perdonar la ofensa es olvidarla, evitar que nos influya y carcoma.

Uno no puede ofender a Dios. Ello significaría que uno es tan grande como Dios, o que Dios es tan pequeño como uno. Uno se ofende a sí mismo y por ende a los demás. Al ofenderse y ofender uno ha agraviado a la totalidad y ese es el perdón que solicita. No podemos alcanzar el perdón si no perdonamos.

Quien no perdona es rencoroso y al serlo lo es también consigo mismo. Uno es lo que es, y lo es en toda circunstancia por más que ejercicios de hipocresía traten de encubrirlo. Si siente rencor hacia los demás, él es ese rencor; y ese rencor cae inevitablemente sobre sí mismo.

Queremos que nos quieran, de esa forma nos sentimos seguros y llenos. Ofender es una manifestación de no querer. De quien no nos quiere nos prevenimos, pues tememos algún daño. Si me agreden, agredo, y así reivindico mi imagen -el yo-, y aparentemente dejo de temer pues entiendo que he trasladado a mi contrincante el miedo hacia mí, por

lo que prudentemente se abstendrá de volver a ofenderme. De esa manera alentamos el círculo vicioso de la acción-reacción que puede no terminar nunca y que tan grandes estragos causa.

Viendo eso uno no entra en el juego, se queda fuera, al margen. Si lo conseguimos de verdad no nos sentiremos ofendidos, y si no lo conseguimos del todo y nos ofendemos, debemos perdonar y perdonarnos. La salud del corazón nos lo exige, y la de la mente también.

- Según Don Marcos -

## 31. SISTEMA

### EVANGELIO

*Algunos fariseos y herodianos se acercaron a Jesús para tentarle. Le preguntaron si debían o no pagar impuestos. Él les pidió una moneda. Ellos se la trajeron. Y les dijo:*

*“¿De quién es la imagen y la inscripción?”*

*Del emperador.*

*Y Jesús les dijo: Lo del emperador, dadlo al emperador, y lo de Dios, a Dios”*

### DON MARCOS

¿Qué creemos que es el emperador, el César? ¿El estado, la autoridad, el poder? Viviendo en la sociedad se le reclaman a uno impuestos para atender gastos sociales, como hacer carreteras, hospitales, cubrir las necesidades de los desempleados y ancianos, prestar atención médica gratuita, etc. ¿Nos referimos a eso, a que hay que pagar impuestos, a que hay que acatar las leyes, a que hay que someterse a los usos sociales? Si uno vive bajo un régimen dictatorial ¿Ha de contribuir a su fortalecimiento, ha de integrarse porque es el César? Si uno vive bajo un régimen llamado democrático ¿ha de cumplir con deberes militares que, vaya a usted saber, le lleven a invadir otro país so pretexto de instaurar allí la democracia?

Los hombres nos constituimos en sociedad. Toda sociedad establece unas normas que disciplinan a los individuos. Dentro de las normas el individuo está integrado; fuera de ellas se convierte en un ser peligroso pues puede subvertir el orden establecido y eso es malo para la sociedad. La sociedad es una abstracción; los hombres que la integran, una realidad física. Tal y como sean y se comporten los hombres que conforman la sociedad, será la sociedad en sí misma. Unos hombres, los más poderosos e influyentes, a través de distintos mecanismos legislativos, dictan un marco de actuación, unas leyes que imperan, teóricamente, sobre todos.

Dentro del marco todo está bien; fuera peligra el concepto de sociedad, pues no se responde a lo que la sociedad dice ser. Las leyes recogen derechos y obligaciones: derecho al trabajo y obligación a satisfacer impuestos, derecho de protección y obligación de servir a la patria. También recogen amenazas: amenazas de cárcel por atentar contra

la vida o la propiedad, o por quebrantar el marco de la convivencia. Todos los sistemas políticos producen una exaltación nacionalista, una intoxicación de tradiciones y decisiones, religiosas o laicas; una propaganda que impele a producir más, a hacer el estado más grande o poderoso, a tener más o menos hijos según los brazos que se precisen para el ejército o las bocas a alimentar por subsidios, a votar porque se está en democracia o afiliarse al partido único porque se está fuera de la democracia.

Todos los sistemas establecen lo que está bien y lo que está mal. ¿Esa ha de ser la autoridad indiscutible del César: asumir como bueno lo que se estipule como tal, sin más consideraciones, sin ninguna reflexión?

Obviamente uno ha de conducir por la derecha en unos países o por la izquierda en otros, pues hacerlo al revés de lo establecido equivale a propiciar accidentes. Uno ha de cumplir, en términos generales, sus obligaciones ciudadanas por grado y no por fuerza; pero uno ha de tener muy en cuenta dónde termina la obligación ciudadana y dónde empieza el vasallaje cerril.

Si uno ve que organizar tribus es una acción temeraria ya que todas las tribus dicen ostentar el paraguas más amplio bajo el que protegerse -y eso es exaltación del nacionalismo- y que todos hacen lo mismo por lo que se crea una dinámica de confrontación de unas con otras: ¿ha de integrarse en ese molde?

Si uno ve que los ejércitos no son una maquinaria de disuasión sino la razón misma de la fuerza que atropella y mata, ¿deberá integrarse en ellos?

Si uno ve que la política no es un servicio sino ambición de poder, y que el poder corrompe, ¿deberá integrarse en el sistema de partidos y votos, deberá alentar sistemas políticos?

Si uno ve que las religiones -organizaciones al fin- se oponen, en un necio afán de exclusividad, unas contra otras, ¿deberá formar parte de la feligresía de alguna de ellas?

Quien ve con mucha claridad algo perjudicial se aparta de ello como se aparta del borde del precipicio quien ve el peligro de despeñarse en él. Es una cuestión de decisión, no de voluntad. La voluntad implica esfuerzo, porque lo que se está haciendo se hace sin profunda convicción. La profunda convicción la confiere el ver las cosas con claridad; de esa claridad surge la decisión inmediata: hacer o dejar de hacer resueltamente, sin esfuerzo, lo que corresponde, lo que es pertinente. Quien vea los frutos que cuelgan en los árboles de los sistemas, se abstendrá de comer de ellos resueltamente. Lo que el sistema después determina, o no, contra él, carecerá de importancia, no afectará a la decisión que ya se habrá llevado a la práctica, que ya será acción. Y una acción es, también, no hacer.

Al emperador -es decir a lo que no es de Dios- lo que es del emperador. Al cuerpo su alimentación sana, su descanso razonable, su ejercicio conveniente, su contacto con la naturaleza. A la mente su papel, su dimensión, el desarrollo de sus propias facultades. Al pensamiento su claridad. Al medio ambiente respeto, a los animales afecto,.. Nos queda la ciudadanía: a los convecinos, es decir, al mundo, bondad; y a la sociedad, para vivir en ella, los tributos que favorecen la ordenada convivencia.

¿Será más o menos así la obligación que hemos de asumir con el César?



- Según Don Marcos -

## 32. UTOPIA

### EVANGELIO

*Los Saduceos tienden a Jesús una trampa: la viuda de siete hermanos de cuál será mujer cuando resuciten. Jesús replicó: "Cuando se resucite ni se tomará mujer ni se tomará marido, sino que se estará como los ángeles en el cielo... no es Dios de muertos, sino de vivos. Mucho os engañáis."*

### DON MARCOS

La resurrección, las distintas moradas de la casa de Dios, la reencarnación - encarnados aquí y desencarnados en otros planos-, ángeles y demonios,... todo ello son consideraciones demasiado abstractas para mi exploración personal.

Entiendo que la más larga marcha empieza siempre por un primer paso. Yo he procurado dar ese paso y desde el mismo, poquito a poquito, intento progresar hasta donde alcance. ¿Si no conozco lo más inmediato, cómo puedo entender lo que me resulta muy lejano? He de saber qué soy, cómo funciona y por qué, qué pasa en el mundo, a cuento de qué tanto desatino, qué es lo que puedo hacer.

Llegando a este punto, respecto a lo que puedo hacer, siempre considero que si no cambio yo, nada puede cambiar a mi alrededor. Proyecto lo que soy, recibo lo que proyecto, me repito. Lo se y no lo evito. Conviene machacar los principios.

¿Qué es más urgente discurrir: si uno resucita o no? ¿Qué se sobreentiende por resucitar, en qué puede consistir eso? ¿Que si tiene sentido alguno prorrogar los parentescos de la tierra hasta el mismísimo cielo? ¿Que si esa fidelidad eterna significa algo? O por el contrario es más urgente, necesario y práctico, plantearse cómo mejorar la relación con la familia ahora mismo, con la pareja, con los hijos, con los amigos,... hoy, no en la eternidad, si eso fuera posible. Qué afición a irnos por las ramas: ¡la resurrección!

¿Es la resurrección un artificio mental para conjurar el miedo a la muerte?

El ahora mismo es lo que interesa: ¿hay algo más cerca de mí que yo mismo?

Entonces he de poner manos a la obra y operar sobre mí. ¿De qué manera? Mediante el autoconocimiento. Es el primer paso. Conociéndome conoceré al mundo. Para cambiar

primero he de conocerme. ¿Cómo es posible cambiar algo que se desconoce? ¿Qué sentido tiene tratar de actuar sobre los demás si en mí mismo soy un desconocido? Así entiendo el mensaje del Dios de vivos.

¿Por qué tememos la muerte? Al fin y al cabo la muerte es lo desconocido. ¿Es acaso por eso, porque es lo desconocido?

El pensamiento es lo conocido y teme lo que no puede abarcar, lo que no le es propio. Tememos la muerte cuando pensamos en ella. Si no pensamos, no tememos. El pensamiento es el que ocasiona el temor, como también es el que ocasiona problemas. Como es lo conocido, sólo se debate con comodidad en lo que conoce. Lo otro, es otro mundo que le sobrecoge. ¿Qué hacer entonces? Se inventa algo para después, y ese algo no tiene más remedio que ser una manipulación de lo conocido, pues es lo único que está a su alcance.

Es muy pueril todo esto. Me recuerda al niño que teme la oscuridad y duerme con la luz encendida. Por más que queramos encender las luces, la oscuridad es la oscuridad, está ahí, es un hecho insoslayable. Todos hemos de morir, pensemos en ello o no, le tengamos o no miedo. Y después, la noche más larga... Sabrá Dios por qué, habrá otra cosa o no; y haya lo que haya -o no haya nada-, pasaremos por todo ello, creamos o no.

¿No es el entretanto lo principal? ¿Si desperdiciamos lo de ahora devanándonos los sesos en función de lo de después, no significará que dejamos el vivir para más tarde, para ese después? ¿Y es eso entendible? El se vivió, y se vivirá, no es vivir.

La vida se compone de hechos y esos son realidades. La utopía es una tontería. La realidad no se corrige confrontándola con la utopía porque una cosa que existe no se altera con algo que no existe, con algo que es una ilusión. La realidad se transforma enfrentándose a esa realidad. Hemos de comprender que por el mero hecho de vivir hemos de morir. Sin más inventos ni otras elucubraciones. Ese es el principio de todo. Entonces la vida es algo transitorio, no hay que buscar permanencias estériles. En la transitoriedad -esa es su grandeza-, el hombre es independiente, libre. Hace lo que tiene que hacer sin atarse a otras consideraciones. En la voluntad de permanencia el hombre se hipoteca en función de la misma: trata de agradar, de complacer, de asegurarse el buen juicio de otro u otros que cree le garantizarán esa permanencia. No es libre, no es independiente, no enfrenta la realidad.

Dios es Dios de vivos, no de muertos.

### 33. MANDATO

#### EVANGELIO

*Uno de los sabios que le oía preguntó a Jesús:*

*-¿Cuál es el mandato de todos?*

*Jesús comentó: "El primero es amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y toda tu alma y todo tu entendimiento y toda tu fuerza. El segundo es amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandato mayor que éstos".*

#### DON MARCOS

El hombre no puede abarcar la esencia de Dios. Cuando el hombre piensa en Dios, eso en que piensa no es Dios, sino la imagen o concepto que se ha forjado de El. Y la imagen no es la realidad. El pensamiento es material, medible, limitado, tiene principio y fin; luego es temporal y es también relativo. Dios es inmaterial, eterno, no tiene principio ni fin, es lo absoluto, lo intemporal. Lo finito no puede alcanzar lo infinito, la parte no puede vislumbrar el todo.

Amar a Dios en todo caso es amar su obra. Amar el mundo es amar a Dios. No lo entiendo de otra forma. Y hay que hacerlo con todas las fuerzas, con todos los sentidos. Y no hay que distinguir entre mi mundo y el resto. Eso no es amar. Y no hay que esperar nada a cambio, eso tampoco es amar. Amar es sentir afecto, comprensión, compasión y bondad hacia todo sin ningún motivo. Eso vale más que todos los sacrificios y oraciones.

Hay que amar también al prójimo como a uno mismo. Uno, que es uno y es todo, no puede amar al todo si no se ama a sí mismo. Quien se desprecia no puede amar a los demás, puesto que desde un interior de desprecio no puede emerger un exterior de amor. Amarse no es vanagloriarse, no es envanecerse de propio aprecio; amarse es respetarse, es ser sensible, a través de la individualidad, de la universalidad que todos representamos y somos; es ser conscientes de que formamos parte del mundo y el mundo es la proyección de lo que nosotros hacemos, pensamos y sentimos. Todos somos responsables de todo.

Distraer la mente con un concepto de Dios, con una idea, es desenfocar la realidad. La mente que adora una idea creada por ella misma es una mente idólatra que, consecuentemente, carece de la cualidad del amor. Amar a Dios, y por tanto a uno y al prójimo, es amar la realidad de las criaturas de la creación.

Quién atenta contra el prójimo atenta contra mí, quien atenta contra sí mismo atenta contra el prójimo, quien atenta contra la naturaleza atenta contra el todo, lo mismo que quien atenta contra sí o contra los demás. El respeto, el afecto a uno y al mundo, es la única ley. Eso puede querer decir amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Al menos es como yo lo veo.

### 34. PROVIDENCIA

#### EVANGELIO

*Jesús advertía a sus discípulos que, por su causa, iban a comparecer ante jefes y reyes para darles testimonio. Una recomendación en particular les hizo:*

*“Y cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis de qué diréis, sino decid lo que se os ofrezca en ese momento. Pues no sois vosotros los que habláis sino el Espíritu Santo”.*

#### DON MARCOS

¿Puede haber inspiración en el pensamiento? ¿Se puede identificar el Espíritu Santo con la Inteligencia? ¿Es el pensamiento Inteligencia?

Si nos preocupamos por qué decir escribimos un guión, como yo hago, ensayamos algunas frases o argumentos, pensamos acerca del discurso a dictar. Nos esforzamos en pensar con claridad, que es lo máximo a lo que podemos llegar. Si lo que llamamos inspiración está al margen de la memoria, del ensayo, no tiene que ver con el pensamiento. Si inspiración es dejar la mente en blanco y esperar que lleguen los conceptos y palabras con las que expresarse, la inspiración no tiene que ver con el acto del pensar. En el pensamiento no hay inspiración alguna, hay un bucear por entre el archivo particular y hay un enhebrar argumentos conocidos. En el pensamiento lo que hay es experiencia, conocimiento, pasado en suma. Lo que brota sin pensar no es algo viejo sino que es algo que está naciendo en ese instante, es algo nuevo.

El análisis y la reflexión constituyen el acto de pensar. La recomendación que el Evangelista pone en boca de Jesús es la contraria al pensar: decir lo que se ofrezca en ese momento no comporta acción del pensamiento en absoluto sino, al revés, comporta ausencia de pensamiento.

Cuando el pensamiento se inhibe estamos en disposición de ser tocados por la inspiración, que está fuera del circuito de condicionamientos y temores particulares. Uno ha renunciado a su individualidad excluyente y se ha revestido de la totalidad universal. La Inteligencia Universal, ese foco de sabiduría de todos y para todos, le auxilia y le dicta la lección. Y esa lección no puede ser mezquina porque ha evitado el egoísmo.

La Inteligencia es claridad. El cerebro está sometido a infinidad de influencias, luego el producto del cerebro, que es el pensamiento, no es limpio, no es claro; está intoxicado por la propaganda, las tradiciones y las experiencias.

Inteligencia es saber qué hacer, y ese saber qué hacer debe tener tal fuerza que, sin solución de continuidad, impele a hacerlo. No vale entonces el pensar una cosa y hacer otra, creer que hay que decir algo y callarlo, verlo de una manera y exponerlo de otra. Pensamiento y acción van juntos. Cuando pensamos mucho en algo es porque no sabemos qué hacer con ese algo. Cuando uno sabe de verdad lo que tiene que hacer, no piensa nada, lo hace.

El Universo está regido por la Inteligencia que regula y orquesta su buen funcionamiento. La Inteligencia es universal, se ocupa del todo, y así se ocupa de las partes. El pensamiento no es universalista, el pensamiento procura para sí, es egoísta hasta el grado de haber inventado el yo como punto aparte, y piensa para ese espejismo extrayéndolo violentamente del todo. De ahí nacen los problemas.

El pensamiento no es Inteligencia. Aún más, el pensamiento es el factor que evita que la Inteligencia nos suministre claridad.

El pensamiento es confuso, atropellado, desordenado. La Inteligencia es Orden. Orden significa que cada cosa está en su sitio, que todo se ajusta de un modo natural a un propósito común en el que no hay cabida para lo mío y lo tuyo. Y se produce sincronizadamente, sin tensiones ni aspavientos.

Por todo ello deduzco que el pensamiento no es Inteligencia, y lo que es peor, que es el pensamiento el que imposibilita el florecer de la Inteligencia. Inteligencia con mayúsculas naturalmente.

Existe una Inteligencia creadora. Eso no admite ninguna duda. De la fusión de dos micro cuerpos se desarrolla esa compleja maravilla que es el cuerpo humano con todos sus atributos físicos e intelectuales que lo adornan. ¿Qué nos hace creer que la función de esa Inteligencia concluye ahí? Dicho de otra manera, ¿por qué, si existe una Inteligencia creadora, no presuponemos también que existe una Inteligencia de mantenimiento, de conservación? ¿Es de recibo que la función de esa Inteligencia sea tan sólo la de crear? ¿No es del todo plausible y razonable que también esa función sea la de preservar, corregir y sanar?

Todos sabemos que el cuerpo humano alberga anticuerpos que neutralizan invasiones externas que alteran su regular funcionamiento. También sabemos que la Naturaleza suministra remedios particulares en forma de hierbas, raíces, frutos... La pregunta es:

¿sabemos estimular eficientemente los mecanismos de defensa del cuerpo?, ¿sabemos conectar con esa Inteligencia de conservación y mantenimiento?

A las pruebas habrá que remitirse y las pruebas indican contundentemente que no es así. Uno normalmente ni considera que dispone, por así decirlo, de una Inteligencia de mantenimiento. ¿Qué hace en su lugar? Temer, obsesionarse por su enfermedad, mariposear entre remedios convencionales sin ton ni son, con vehemencia y desasosiego. Cuando uno piensa en términos de temor siente temor. Si no piensa no teme. Otra cosa es que experimente dolor físico, por ejemplo, pero el dolor es sólo dolor; mientras que temer que el dolor suceda, es miedo. Así al dolor físico le añadimos el sufrimiento del miedo, multiplicando sus perniciosos efectos. El pensamiento crea el miedo, desde luego. ¿Y qué ocurre cuando uno teme?

Eso debemos observarlo en nosotros mismos y así convencernos, o no, de lo que se está diciendo. En esta vida hay que seguir las enseñanzas que nos brindan los hechos. Los hechos son indiscutibles, no así las opiniones. Ustedes son estudiantes, obsérvense y observen el acto supremo del estudiante que es, desafortunadamente, el examen final. ¿Qué ocurre cuando uno está temeroso ante un examen? Se pone nervioso, le sudan las manos,... y ¿qué más? ¿Ese estado de nerviosismo ayuda a expresarse mejor o por el contrario es un estorbo? En un examen oral ¿favorece estar relajado, confiado y sereno, o por el contrario conviene estar nervioso, tenso y desconfiado?

Todos sabemos que el miedo descontrolado llega a paralizar, físicamente hablando, a las personas. El miedo bloquea. Bloquea las reacciones, los reflejos, y bloquea también el flujo sanador. Y no sólo es que bloquea o neutraliza, sino que propicia un flujo negativo o de enfermedad. Como pensar es sentir, al pensar en enfermedad, al nombrarla, sentimos la enfermedad, es decir, la agrandamos, le damos más intensidad.

Ese es el formato que se produce en el interior, en el nivel psíquico. Recopilando un poco podemos sintetizar diciendo que existe una Inteligencia que sana y que también ilumina y que provee y que vela por todos. Es como un foco potente de energía a disposición de los humanos. Lo único que nosotros debemos aprender es a conectar con ella. Una vía claramente descartable para conseguirlo es la vía del pensamiento. Caminando por el pensamiento nunca llegaremos a la Inteligencia, a la iluminación. Sólo desde el silencio, la quietud, la armonía, ese estado en el cual el pensamiento no origina conflictos ni temores, uno puede recibir el don de la iluminación: la conexión con el foco de Inteligencia que alumbra, conduce, sana y provee.



El pensamiento es un instrumento, limitado por concepción y diseño, al servicio de uno. Uno a su vez es un instrumento del todo. No puede ser guía el instrumento del instrumento. El todo es el que guía, el que procura para uno. Para que uno entienda lo que el todo requiere y le demanda ha de evitar cualquier tipo de interferencias que aturullan, confunden y desorientan.

Uno es auténticamente instrumento cuando se abandona en manos de la Providencia. Es entonces cuando se funde con el todo y es también todo. Para ello debe arrumbar tanto temores como ambiciones, las dos caras de la misma moneda. Con esa guía uno no tropieza, con ese aparente abandono uno alcanza la máxima diligencia. No hacer es hacer. No entorpecer es dejarse llevar. Y así se va adonde se debe ir.

### 35. VELAR

#### EVANGELIO

*Jesús alerta a sus discípulos con frases como estas:*

*“Aprende la comparación de la higuera; cuando ya su ramaje se pone blando y brotan sus hojas, sabéis que está cerca el verano.*

*Mirad, vigilad: pues no sabéis cuál es el momento.*

*Velad!”*

#### DON MARCOS

Existen ciertos signos, ciertas pautas, que dan a conocer ciertos hechos. La vida se compone de realidades, no de quimeras. Las cosas son lo que son por más que nos empeñemos que sean otras cosas. Y así quien siembra vientos recoge tempestades. Es un todo continuo. Cuando comencemos a sembrar vientos seamos conscientes que la tempestad que estamos propiciando no tardará en llegar. Si somos conscientes de los hechos a medida que se van produciendo, ello indica que somos vigilantes de nosotros mismos. Esa vigilancia, conocida la inevitable relación vientos-tempestades, podrá evitar que uno siga irresponsablemente sembrando semillas no recomendables.

Retomaremos aspectos, no veo otro modo de expresarme, reiteradamente expuestos: la acción continua, los hechos como son, la observación que es aprendizaje y comporta su propia acción, y la alerta.

Velad, porque ignoráis el momento. ¿El momento de qué? Me parecería un poco pueril circunscribirlo todo al supremo momento de la muerte, esa muerte que no se sabe nunca cuando llegará y que si te sorprende en pecado te aboca a la condenación eterna. No es pueril, sin embargo, que por distracción -por no estar en vela- se nos cuele alguna herida en la conciencia y desde ella sangremos incesantemente, o que por distracción no percibamos la insinuación de la Inteligencia para obrar correctamente, o que por estar dormidos no sepamos corregir lo que desde la alerta es posible hacerlo.

Si uno observa en sí mismo o en los demás las implicaciones de los hechos, y está atento a la pugna por manifestarse de esos hechos, puede evitar que se produzcan. Alguien te hace daño del tipo que sea, físico o moral, y le declaras enemistad. Sabes muy bien lo que

eso significa: me hizo daño, me hizo sufrir, así que le pagaré con la misma moneda. No hay ninguna satisfacción en ello; abonando sufrimiento el fruto es de sufrimiento. El llamado dulce sabor de la venganza, no es dulce sino amargo. Ver a alguien como enemigo es renunciar de por vida a verlo como es, es operar desde el filtro del rencor en nuestra relación con el otro. Ello provoca una reacción viciada por una acción anterior -la que constituyó el agravio y que mantenemos presente en la memoria-, que es tomar la piedra y lanzársela a la cabeza. Este hecho originará por parte del otro también otra reacción viciada que se encadenará a otra nuestra en un ciclo sin final feliz. Uno observa eso, o algo similar, que le ha pasado a él o a algún otro conocido. Se da cuenta de la espiral de violencia e incomprensión que acarrea, de la energía personal que se desperdicia, del sufrimiento que acredita. Nada de eso le interesa. Lo ha observado con atención, ha examinado sus consecuencias, y ha aprendido que debe darle la espalda, no incurrir en ello.

Para que una acción continua no se produzca lo mejor es no iniciarla. Si lanzamos una piedra contra alguien, cuando la piedra ha salido de la mano su trayectoria es imparable ya, y las consecuencias se desatan en la forma ya conocida.

En primer lugar uno ha de considerar que no es inteligente formar imágenes, puesto que formar imágenes es renunciar a conocer a las personas, y por ello entenderlas instante a instante. Todos cambiamos, o podemos cambiar, y sólo aferrándonos a imágenes preconstituidas e interpretando el papel que esas hojas muertas dictan, es imposible apreciar ni en nosotros ni en los otros cambio alguno. Y la vida ha de ser fresca no estereotipo. Si uno ha formado de sí mismo o de otro la imagen de persona divertida, uno es cautivo de sí mismo o respecto de otro de lo divertido, y ha de interpretarlo o entenderlo, con gana o desgana, en esa clave; y ha de esforzarse para verse o ver así y no perder ese concepto trabajosamente labrado. Ello no es natural sino esclavo y la persona ha de ser natural y libre.

Habiendo formado la imagen, y la formamos por distracción, uno tiene que apreciar, ver, cómo la imagen actúa sobre él. El mero hecho de verlo, de observarlo atentamente, disuelve la acción viciada. Observarlo sin pronunciar palabra, sin intentar nada en contra, sólo observarlo cuidadosamente cuando se produce.

No pido actos de fe respecto de lo que estoy relatando, a nadie le pediré que crea en mis palabras; lo que si haré es animarles a experimentarlo. Experimentarlo. El yo es la gran imagen que uno ha cincelado de sí mismo. Cuando al yo se le contradice incurre en furia, porque el yo es muy suficiente, y le irrita no salirse con la suya. Cuando estén furiosos observen con atención ese estado, no cuando ya haya pasado sino cuando se está produciendo. Apreciarán que si ponen los cinco sentidos en esa actitud de ver, apreciar,

sólo eso, sin corregir ni reprimir, sin pronunciar palabra al respecto; apreciarán como ese estado se disuelve de forma espontánea. La espiral que se había iniciado suspende su desarrollo frenético. Por eso es importante abordarlo cuando aún es tiempo de corregirlo. Por eso es importante estar en vela, estar vigilantes. Practiquen lo que les he dicho, siempre y cuando estén de acuerdo con lo que han oído.

La alerta impide la formación de imágenes, evita que germinen en la mente pensamientos no recomendables, que la propaganda nos intoxique, que incurramos en reacción. Evita temores y recelos. Favorece la inocencia y la frescura.

Para mí velar es estar alerta, y orar significa estar permanentemente alerta.

- Según Don Marcos -

## 36. VALOR

### EVANGELIO

*Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, una mujer rompió un frasco muy valioso de alabastro lleno de perfume de nardo puro y se lo esparció por la cabeza. Algunos de los presentes se indignaron entre sí por este derroche y la reprendieron, pero Jesús dijo:*

*“Dejadla ¿por qué la molestáis? Ha hecho una buena obra conmigo. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis les podéis hacer bien, pero a mí no me tenéis siempre.”*

### DON MARCOS

Se le reprocha a la mujer haber derramado algo tan valioso en lugar de haber vendido y distribuido entre los pobres el producto de la venta. ¿Qué es lo valioso? Valiosa es el agua cuando se tiene sed, y el pan cuando se padece hambre. Valiosa es la salud y la alegría, valiosa es la lumbre cuando se siente frío, y la lluvia cuando la sequía azota. Valioso es el sosiego, y valiosa la paz interior.

Valor y precio no son lo mismo, ¿a que no? Aquello que cuesta mucho dinero es caro y, sin embargo, no tiene por qué ser valioso. El hombre se ha inventado el dinero como medio de pago, como fórmula para adquirir bienes y servicios. Cuanto más dinero cuesta adquirir algo, más aprecio le tenemos a ese algo. El reparto de riqueza es en este mundo, desigual. Unos pocos detentan mucho, y la mayoría no tiene bastante, y algunos - demasiados- no alcanzan ni los mínimos de subsistencia.

Es probablemente el dinero el factor de desestabilización personal, y por tanto social, más fuerte que existe. Para vivir sólo se necesita alimento, techo y abrigo. Escuetamente así expuesto no es gran cosa lo que se precisa. Sin embargo el hombre pugna, lucha, se esfuerza frenéticamente no sólo en procurarse alimento, sino en disponer de él abundantemente, y en satisfacerse de productos escasos y caros. Tampoco el hombre quiere tener sencillamente un techo en el que cobijarse, sino que aspira a tener una gran mansión y buenos coches y fincas de recreo. ¡Y qué decir de la ropa! El fin primordial del vestido, que es protegerse del frío y del calor, ha pasado a convertirse en pura ostentación, en signo aparente de distinción, en alarde de joyas como complementos

básicos, etc. Son las credenciales por las que uno certifica que es más que los demás. Para que el círculo del dinero sea aún más infernal se asume el reto de los herederos: uno arroga la misión de procurar y ayudar a su familia, que son como uno mismo, por lo que el rodar de la rueda no parece tener fin.

Mediante el dinero uno compra, acumula cosas, patrimonio, muebles, joyas. Cuanto más tiene uno, más rico se le considera. Cuanto más rico es uno, más satisfecho está de sí mismo, más realizado, más influyente, más respetado. Eso confiere una aparente seguridad que todo el mundo anhela. La ambición lleva camino de colmarse, pensamos, y al pensar así incurrimos en una gran falacia porque la ambición, por propia definición, no puede colmarse jamás. Por la senda de la ambición el ser humano sufre lo indecible porque el más y más es insaciable, un pozo sin fondo. Y en el devenir de hacerse rico uno lucha a brazo partido, a muerte, contra los demás. Se trata de escapar del grupo de la mayoría para integrarse en el de la minoría elitista. Uno se ve impulsado a hacer eso de una parte porque teme la indigencia, el desamparo; y de otra porque siente envidia de los que ya son ricos.

Miedo y envidia son virus que alientan la ambición, y el virus de la ambición se manifiesta en la lucha inclemente por las posesiones y riquezas. Ambición, codicia, búsqueda de poder y de placer, son ingredientes básicos que sazonan esa lucha en la que sobresale un enorme egoísmo, una total falta de sensibilidad.

Los opuestos son la misma cosa. Placer y dolor van juntos. El placer del sexo es también dolor cuando no se tiene, y por si no se obtiene. Las riquezas producen el placer de sentirse importante, de poder adquirir caprichos millonarios, casas lujosas,... y dan dolor, pesadillas, por temer quedarse sin ello, por verse privados de tanta ostentación.

En esa cultura estamos. Los sistemas favorecen la competitividad, que es envidia, que es pugnar por ser más que otro. La competitividad no tiene que ver con lo bien hecho por el mero hecho de que así hay que hacerlo, sino que siempre tiene el referente de otro al que hay que vencer, cuando no derrotar. Las riquezas son un valor social. El trabajo ocupa todos nuestros esfuerzos y energías. En cualquier parte el hombre es un esclavo de su trabajo. A esto dedica todas sus fuerzas y no parece haber lugar, ni espacio, ni tiempo, para nada más. Se descansa para trabajar más. En unos casos para mantener un empleo humilde, en otros para mejorar, para figurar, para comprarse una casa mejor o un coche nuevo como el del vecino. Esa es la vida de la inmensa mayoría de las personas. Y ese tipo de vida está favorecido por los sistemas, las leyes, la propaganda,...

En ese tipo de vida se consolida la explotación. Conviene que la mayoría tenga poco para que pocos tengan mucho. Es sabido que el lujo de los ricos se hace a costa de la miseria de los pobres. ¿Suena fuerte, demagógico? Es la vida misma, nuestra realidad social sin tapujos. El trabajo es una obsesión, el dinero un objeto de deseo, y lo caro la fruta más apetecible.

Lo caro pues, no se derrocha, se guarda como oro en paño, o se consume muy selectivamente. Así es el tipo de sociedad que los hombres nos hemos dado, una sociedad insolidaria, despiadada y corrupta. ¿No hay en ella ningún valiosísimo frasco de alabastro que podamos derrochar a manos llenas para que su perfume nos embriague a todos?

Si así fuera otro gallo nos cantara, otro tipo de sociedad hubiésemos constituido. Naturalmente que todos los humanos deberíamos ser depositarios del máspreciado perfume de nardo puro, el perfume del Amor. ¿Y qué deberíamos hacer con él? Lamentablemente en la mayoría de casos, el hombre no sabe si quiera que existe ese perfume. Lo justo sería que estuviese en nosotros, en todos y cada uno de nosotros, y que disponer del mismo tampoco resultase tan complicado. Bastaría con dar sin esperar nada a cambio, en dar siempre y en dar a todos. ¿No es eso derramar el frasco de las esencias? ¿Y tiene que ver esa esencia con la ambición, la envidia, la acumulación, la vanidad, la codicia, la explotación,...?

Depende de nosotros mismos, sin ir más lejos.



- Según Don Marcos -

## 37. REZAR

### EVANGELIO

*Jesús, al observar que sus discípulos se han dormido dice a Pedro:*

*“Simón ¿duermes? ¿No has podido velar una sola hora? Velad y rezad para que no entréis en la tentación. El espíritu es animoso, pero la carne es débil”.*

### DON MARCOS

Mucho he hablado en torno a la alerta y me temo que conviene seguir haciéndolo. Alerta es estar en guardia permanentemente. Si estamos en guardia no caeremos en la tentación. Si estamos en vela veremos al enemigo acechar desde lejos, con la atención el enemigo desistirá porque el factor sorpresa no se puede producir. El enemigo nos invade por sorpresa; si permanecemos alerta no podrá vencernos pues la atención es más fuerte que la tentación. ¿Y qué debemos entender en esa frase que emparenta el velar con el orar? ¿Qué significa en este contexto la oración?

En mi entender significa trabajar, investigar, examinar, dudar, preguntar, y responder. No esperemos que todo se nos de hecho. Tomemos iniciativas. Lancémonos a la piscina, dado que esa es la única manera de aprender a nadar. Uno no puede quedarse en un plano meramente intelectual, de comprensión verbal de lo que sucede. Uno ha de actuar, lanzarse al agua y nadar, no conformándose con entender lo que significa y en qué consiste el acto de nadar. Ha de experimentar por sí mismo, debe probarse, caminar sin muletas. En la vida hay cosas sobre las que podemos actuar y otras ante las que nada podemos hacer. No podemos cambiar la intensidad de un terremoto, pero sí podemos corregir nuestra envidia. Entre las cosas sobre las que podemos actuar hay algunas que son importantes y otras que no lo son. Deberemos entonces discernir. El discernimiento consistiría en actuar sobre lo que es posible, mostrar indiferencia ante lo que no lo es, tomarse interés por lo importante, y dejar pasar lo intrascendente.

No podemos trabajar para alcanzar la felicidad. La felicidad no es el premio que obtenemos al final de una carrera que realizamos con mucho esfuerzo. La felicidad nos llega sin esfuerzo y por sorpresa cuando en nosotros se dan las condiciones para que pueda llegar. Tampoco podemos apropiarnos de la felicidad. Cuando nos damos cuenta

de las ráfagas de felicidad, éstas ya han pasado. No podemos embridarla ni someterla. No es cosa de la mente. La envidia sí es un producto mental, y los celos, y la depresión, y la tristeza, y el temor. Esa es la tierra sobre la que debemos trabajar, y así transformarla, para poder ser tocados por la gracia o la verdad. Eso es orar. Eso es rezar.

*Don Marcos nos leyó ese día unas cuartillas, un poco a contramano y sin darnos más explicaciones. Las cuartillas en cuestión desarrollaban el siguiente dialogo, se supone entre un maestro y su alumno.*

- *Maestro ¿qué es Dios?*
- *No lo sé.*
- *¿No lo sabes?*
- *Me temo que no lo puedo saber.*
- *¿Por qué?*
- *Por definición. No puedes abordarlo. Recuerda, Dios es inmaterial, eterno, no tiene principio ni tendrá fin. ¿Cómo alcanzar tal dimensión? Nosotros somos mortales, vivimos porque nacimos, pero moriremos. Es la ley de la que nadie se libra. Somos materia. ¿Qué hacer?*
- *¿Entonces...?*
- *¿Entonces...? ¿Acaso el águila puede anidar en el fondo del océano? ¿Puede tal vez la ballena reposar en la cima de la montaña? Imposible, tanto como que la parte pueda comprender y asimilar el todo.*
- *¿El hombre es solo materia?*
- *El cuerpo lo es, y el cerebro, y el pensamiento.*
- *¿Cómo podría yo buscar a Dios?*
- *A Dios, a la Verdad, a la Bondad, al Amor, o a como queramos llamarlo; no se lo puede buscar. Él te halla a ti.*
- *Ayúdame un poco más.*
- *Permanecer en alerta es lo que puede distinguir una cosa de otra. Buscar es un afán mental. La alerta aquieta la mente. La mente quieta, tranquila, puede descubrir la Verdad.*
- *¿La mente no conduce a la Verdad?*
- *La mente conduce a su verdad.*
- *¿No es bueno buscar?*
- *No es bueno saber lo que vas a encontrar. Quién perdió el reloj, busca un reloj, y encuentra el reloj. Quien nada perdió, nada en concreto busca; así, en permanente alerta, puede descubrir.*

- *¿Descubrir qué?*
- *Si lo descubres lo sabrás.*
- *¿Qué es la alerta?*
- *Darse cuenta de lo que sucede en ti y en tu alrededor. Al darte cuenta que estás distraído recuperas la atención.*
- *¿Qué es la armonía?*
- *La ausencia de conflicto.*
- *¿Qué es pensar?*
- *Responder desde la memoria.*
- *¿Lo contiene todo la memoria?*
- *Todo lo que te han dicho, lo que has leído, lo que has reflexionado por ti mismo, la propaganda, la educación, las tradiciones,... todo ese lastre llevamos a cuestas.*
- *¿Y eso es malo?*
- *Es lo natural, es lo que sucede. Ni bueno ni malo.*
- *¿El hombre es un ser condicionado?*
- *Absolutamente.*
- *¿Y cómo puede descondicionarse?*
- *Percatándose de su condicionamiento. Esa percepción es el principio de la liberación.*
- *¿Qué es la verdad?*
- *La verdad es lo que es. Ver las cosas como son es pensar claramente.*
- *¿Es muy poderosa la mente?*
- *Extraordinariamente poderosa. Capaz de producir enormes avances tecnológicos, y las mayores aberraciones como son las guerras. Todo nace en ella.*
- *¿Por qué le cuesta tanto a la mente aceptar lo que es?*
- *Por el proceso de intoxicación a la que ha estado sometida durante miles de años. Puede que en el fondo, y debido a esa pertinaz contaminación, no encontramos más que miedos y apegos.*
- *Me dijiste que la parte no puede comprender el todo...*
- *No, no puede.*
- *¿Qué se supone que puede hacer la parte por el todo?*
- *Somos unitotales. Somos uno y también somos todo. El todo nos indica lo que hacer, y uno ha de estar en condiciones de receptionar el mensaje.*
- *A través de la alerta...*
- *Efectivamente, y al margen del conflicto, es decir, en armonía.*

- *¿Es posible apreciar claramente ese mensaje? ¿Cómo puedo saber que no es una jugarreta de la mente?*
- *Lo mental siempre tiene un fin, un objetivo; se hace por algo o para conseguir algo. Lo mental se elabora, se piensa, recurre a lo viejo, a la memoria, no es fresco.*
- *Sin embargo lo que no es mental ha de manifestarse forzosamente a través de la mente, ¿no es así?*
- *Una cosa es servirse de la mente y otra servir a la mente. La mente es el instrumento, para entendernos, de andar por casa.*
- *Maestro, ¿por qué insistes en que hay que velar?*
- *Porque hay que estar despierto permanentemente.*
- *¿Y orar?*
- *Porque hay que trabajar. La providencia provee de comida a los gorriones, pero los gorriones se esfuerzan en conseguirla.*
- *¿Qué quieres decir con trabajar?*
- *Investigar, esforzarse en descubrir la verdad. Inquirir por uno mismo, sin miedo y con honestidad. Y desde la libertad. De no ser así vislumbrar la verdad es tarea imposible.*
- *Maestro...*
- *No soy tu maestro. Si lo fuese tú serías mi alumno y ambos destruiríamos la capacidad personal de investigar en libertad. Una de las primeras cosas a hacer es desprenderse de dependencias y así volar por sí mismo. No hay otro modo de ser libre. Y sin libertad la vida carece de sentido.”*

## 38. TEMPLO

### EVANGELIO

*Jesús es llevado ante el Sumo Sacerdote. Entre los testimonios falsos y desiguales que se le imputan para condenarle figura éste:*

*“Yo destruiré este Templo hecho por mano de hombre, y en tres días construiré otro no hecho por mano de hombre”.*

### DON MARCOS

Y la tradición cuenta que un montañista extraviado encontró una imagen de la Virgen en el fondo de la cueva en la que se había refugiado para guarecerse de la tormenta. Cuando volvió la calma corrió alborozado hasta el pueblo con la Virgen en brazos, clamando a los cuatro vientos su mágico descubrimiento. Hubo repique de campanas, y la comunidad ilusionada con el suceso resolvió adoptar la imagen y entronizarla como Patrona. Al bendecirla el obispo parece que se le confiere formalmente carácter sacro. Se le impone un nombre que recuerda el lugar del hallazgo. Se le dedican cánticos y el organista le compone un himno triunfal. Es paseada en procesión. Tanta emoción requiere un templo para que los fieles se reúnan en torno a ella y le ofrezcan Misas y oficios. Desde entonces, como protectora del pueblo que es, la feligresía le pide favores y le promete sacrificios caso de cumplirse los primeros: que el hijo encuentre trabajo, que el marido remonte la enfermedad, que la esposa tenga un buen parto; a cambio rezará una novena o acudirá descalzo a la procesión o dará una generosa limosna para las obras de ampliación del templo.

¡Qué manera de desvariar!

El montañista, que es un hombre, halló la imagen que talló otro hombre. La imagen se venera en un templo que levantaron hombres, y las canciones que le cantan también están compuestas por hombres. Decir hombre me parece más contundente, pero naturalmente me refiero a hombres y mujeres por igual, sin distinguos absurdos. ¿Dónde encuentra uno en esto la mano de Dios?

La feligresía se preocupa por sí misma. Pide solución a sus necesidades y mercantiliza esa petición: si me concedes esto te prometo que te daré aquello. ¿Qué valor tiene eso?

¡Caso de que me concedas, te concedo! ¿No es ello rabiosamente mercantil, material hasta la raíz de los cabellos? ¿Nos desprendemos de algo o sólo realizamos un trato, algo a cambio de algo? ¡Cómo podemos ser tan insolentes de querer negociar con Dios? Cuando se ofrecen sacrificios, afortunadamente no sacrificios humanos o de animales, ¿qué es lo que se ofrece? Pongamos que dejamos de fumar durante la Cuaresma, es decir, somos fumadores y durante cuarenta días, con gran sacrificio por nuestra parte, nos abstenemos de fumar. ¿De qué vale eso, quién o qué aprecia algo que se hace forzada e interesadamente, para después retornar al punto de partida?

La mano del hombre no es sagrada. La de la mujer tampoco. La mano del hombre hace para complacer al hombre, no a Dios.

¿Necesita Dios templo alguno, o elevar un templo para glorificar a Dios es una necesidad del hombre?

¿Necesita Dios de rezos, plegarias e incienso, o es el hombre quien las precisa para combatir miedos, alentar esperanzas y suplicar favores?

¿El templo más magnificante de la Tierra, el más espectacular y deslumbrante, puede igualar en serenidad a una puesta de sol, o en poder a una tormenta en el mar, o en belleza y gracia a un rosal?

¿No hay más emoción en el canto del jilguero que en cualquier letanía, y más ritmo en las gotas de lluvia que en el teclado del organista, y más recogimiento en el silencio que en la plegaria?

El Universo es el único templo, lo demás son capillitas que desmembran el solo cuerpo que formamos todos. La desunión es obra del hombre. La obra del Creador es la Creación única y total. Colaborar en la obra de Dios es ser religioso, y ello no tiene que ver con acudir periódicamente a un templo, repetir mecánicamente unas frases y seguir unos ritos. Esa es una falsa religiosidad que evita, por distracción, que la auténtica pueda producirse.

La Vida es un proyecto común, no un proyecto mío y para mí. Mi templo, mi religión, mi alma, mi reencarnación, mi salvación eterna; son reflejos temerosos que nacen del yo, el desertor del proyecto común. La Vida, hecha de nacimientos y muertes, está por encima de mi nacimiento y de mi muerte particular. La Vida requiere, mientras que vivo, aportación a la corriente de todos para que ese ciclo incesante se depure, progrese. Lo que importa es el río, no las gotas de agua. Pero las gotas de agua conforman el río y según sean ellas lo será este. Integrados en la corriente hemos de mejorar para que este

progreso redunde en progreso universal. Para ello no hay que temer ni ambicionar. En un corazón puro no caben ni el miedo ni la recompensa.

A los limpios de corazón Jesús, resucitado, les dirigió estas palabras: “A los que crean, les acompañarán estas señales: que echarán los demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, tomarán serpientes en la mano, y si beben un veneno mortal no les hará daño: impondrán las manos a los enfermos y los curarán”.



- Según Don Marcos -

## EPILOGO

La perseverante lealtad de mi profesor Don Marcos hacia el Evangelista San Marcos en su recorrido en torno a las impresiones que le causaban los Evangelios, tenían una excepción, una sola excepción que se la concedía a San Juan. El pasaje era el siguiente:

*Jesús se fue al monte de los Olivos. Pero al amanecer volvió a presentarse en el templo y todo el pueblo se acercó a él. Y él se sentó a enseñarles. Entonces los sabios y los fariseos le trajeron delante una mujer sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio, le dijeron:*

*- Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. En la Ley, Moisés nos mandó matar a pedradas a éstas: entonces, ¿tú qué dices?*

*Esto lo decían tentándolo para tener de qué acusarle. Pero Jesús, agachado, escribía, con el dedo en la tierra, hasta que, como insistían en preguntarle, se enderezó y les dijo:*

*- Aquél de vosotros que no tenga pecado, sea el primero en tirarle la piedra. Y agachándose otra vez, escribía en la tierra. Ellos, al oírle, se marcharon uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último. Y se quedó sólo Jesús con la mujer, que estaba de pie, delante. Jesús se incorporó y, al no ver a nadie más que a la mujer, le dijo:*

*- Mujer ¿dónde están esos que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado?*

*Ella dijo:*

*- Nadie, Señor.*

*Jesús le dijo:*

*- Yo tampoco te condeno: vete y no peques más.*

Concluida la lectura del pasaje Don Marcos solía acabar diciendo: Sin comentarios.

- Según Don Marcos -

<b>A modo de Introducción .....</b>	<b>5</b>
<b>1. AUTORIDAD .....</b>	<b>7</b>
<b>2. PECADO.....</b>	<b>9</b>
<b>3. MIEDO.....</b>	<b>13</b>
<b>4. AYUNO .....</b>	<b>17</b>
<b>5. PALABRA.....</b>	<b>19</b>
<b>6. SABADO .....</b>	<b>23</b>
<b>7. FAMILIA .....</b>	<b>27</b>
<b>8. YO.....</b>	<b>29</b>
<b>9. BLASFEMIA .....</b>	<b>35</b>
<b>10. AUTOCONOCIMIENTO.....</b>	<b>41</b>
<b>11. MEDIDA .....</b>	<b>45</b>
<b>12. FE.....</b>	<b>47</b>
<b>13. ALIMENTO.....</b>	<b>51</b>
<b>14. HIPOCRESIA .....</b>	<b>55</b>
<b>15. INTERIOR.....</b>	<b>59</b>
<b>16. PAN .....</b>	<b>61</b>
<b>17. VER Y OIR .....</b>	<b>65</b>
<b>18. NEGAR.....</b>	<b>69</b>
<b>19. GANAR .....</b>	<b>71</b>
<b>20. DESPERTAR .....</b>	<b>75</b>

<b>21. VIDA</b> .....	79
<b>22. CUERPO</b> .....	87
<b>23. REALIDAD</b> .....	91
<b>24. NIÑO</b> .....	95
<b>25. RIQUEZA</b> .....	99
<b>26. RENUNCIA</b> .....	101
<b>27. CAMBIO</b> .....	103
<b>28. FRUTOS</b> .....	105
<b>29. ORAR</b> .....	109
<b>30. PERDON</b> .....	113
<b>31. SISTEMA</b> .....	117
<b>32. UTOPIA</b> .....	121
<b>33. MANDATO</b> .....	123
<b>34. PROVIDENCIA</b> .....	125
<b>35. VELAR</b> .....	129
<b>36. VALOR</b> .....	133
<b>37. REZAR</b> .....	137
<b>38. TEMPLO</b> .....	141
<b>EPILOGO</b> .....	145

- Según Don Marcos -

Don Marcos fue profesor de filosofía. Educado católico tuvo la oportunidad de conocer a Krishnamurti, del que hablaba apasionadamente. Esa mezcla de educación de lactancia y reeducación adulta se manifestaba en sus clases, especialmente cuando al margen del temario oficial abordaba la lectura de algunos pasajes del Evangelio de San Marcos. Entonces los esquemas absorbidos de su convivencia con Krishnamurti se fundían con su arraigada formación cristiana, dando lugar a unas originales y profundas reflexiones que regalaba generosamente a su alumnado.